Jorge Adoum
(Mago Jefa)

REVIVIR LO VIVIDO

KIER

Dr. JORGE ADOUM
(Mago Jefa)

REVIVIR LO VIVIDO

TERCERA EDICION

EDITORIAL KIER, S.A.
Av. Santa Fe 1260
1059 Buenos Aires

Al Sr. Dn.

José R. Saadi

Guayaquil.

Amable amigo:

En una carta suya, Ud. ha dicho que mis obras son frutos exquisitos para el espíritu, y yo, imitando al árbol, tengo un gozo íntimo y un placer espiritual en dedicar este nuevo fruto de mi sentir, "REVIVIR LO VIVIDO", al sublime Espíritu suyo.

Acepte, querido amigo, y yo seré el agradecido en espíritu y en verdad.

Jorge E. Adoum

PROLOGO

Si se quisiera colocar la obra del Dr. Jorge Adoum en el viejo y acostumbrado casillero literario, habria que colocar cada uno de sus libros en una sección aparte. Y no se trata del escritor que comienza y trata de encontrar su ubicación, sino que es más bien el deseo de llegar a todos los elementos del público lector, heterogéneo y amorfo. Hubo el ensayo lirico-filosófico de "PODERES" y la obra profunda de "LAS LLAVES DEL REINO" y "LA ZARZA DE HOREB", y luego la novela apasionada, "ADONAY", y también los estudios histórico-sociológicos de "EL PUEBLO DE LAS MIL Y UNA NOCHES". Pero siempre aparecen dos caracteristicas inconfundibles, aquello que forma el común denominador de la personalidad: la de la finalidad trazada de antemano, el deseo de que la obra no sea solamente una fuga de la realidad o un ensayo de "el arte por el arte" sino que tenga una proyección hacia lo real, un fin que cumplir, una utilidad -pragmatismo que rara vez ha resultado- a la vez que un deleite. Asi vemos la faz apostólica entre todos los personajes de sus obras y la voz evangélica, mitad Biblia y mitad Breviario, resonando como un eco en cada una de las grutas que intencionalmente ha construido el autor. La segunda caracteristica de su producción es la de ceñirse a la realidad, al mundo que él vivió, a la atmósfera que tuvo que sentir presionando su ser. Siempre nos dio la sensación de autobiografia. Siempre recordó lo pasado. Siempre hubimos de volver con él la mirada y algunos encontraron la propia huella de sus pies en el camino que él describia. Y ahora, con una nueva obra "REVIVIR LO VIVIDO", trabajando en el molde del cuento, las dos caracteristicas constantes no desaparecen sino que confirman su posición de hombre que ha vivido y cuyas

plantas conocen de la tierra de todas las riberas y su posición de hombre que tras una experiencia sostenida sobre sus hombros abre los labios para que podamos escarmentar sobre cabeza ajena. Ha buscado esta vez el relato corto y variado. Esta variación obedece también al deseo de satisfacer a cuantos pudieran leerle. No es sino la aplicación de un solo volumen de aquello que ha demostrado a través de toda su obra. Son cuentos que alguna vez, refiriéndose a otro autor, Ricardo Ariel diría que encuentran su explicación en la poderosa imaginación oriental. Es el relato intrincado como una selva no descubierta todavía, enmarañado por la imaginación, aun cuando se nos presenta con todos los caracteres de la historia individual, de lo acaecido "hace tiempo y allá lejos". Aun cuando algunos de ellos llevan los nombres verdaderos de sus protagonistas y aunque en alguno, no podemos negar, hay algo de autobiografía, todos tienen un mismo sabor de leyenda, todos encierran la misma expectación de lo extraordinario que nos prendía en el cerebro infantil la sola expresión de "Habia una vez...". Sin embargo, a pesar de la variedad de los temas y aun de la técnica del relato, cruzando por la gama infinita de la tradición histórica a la fábula, de lo inverosímil a lo bíblico, en el fondo nos encontramos siempre con su afán de moraleja, de enseñanza tendiente a la superación ética del individuo. Sobre todo, en los fragmentos de una obra suya inédita, "EL LIBRO SIN TITULO DE UN AUTOR SIN NOMBRE", intercalados en el relato.

En esta obra encontramos la más serena y profunda meditación sobre el hombre, visto desde diversos rincones. Esta comprensión del destino humano, de la obra que se está llamado a realizar, este conocimiento que ya habia puesto de manifiesto en todas sus obras, no lo olvida Jorge E. Adoum ni en el relato que a veces, y muy equivocadamente, nos da la sensación de descanso o de abandono. Y este final siempre evangélico, que evidentemente va en mengua del valor puramente artístico, cuando se considera el arte como lujo de dilettante o snob, nos hace suponer, por lo menos, que ha de rendir sus frutos.

mientras haya oídos que oigan y ojos que vean. Cuando todos estamos empeñados en una transformación humana, cuando queremos, por diferentes medios, que se subsanen los daños acarreados por torcidas interpretaciones de la civilización, cuando lamentamos en carne propia los desvíos individuales o colectivos, ¿qué importa un descenso o un declive en lo exclusivamente estético, en lo extraordinariamente original, si lo que necesita el mundo no es propiamente una diversión más, un medio más de distracción y olvido, un vehículo de evasión o de fuga del mundo, sino un índice que señale los errores y una mano que otorgue el remedio para los enfermos? ¿Qué importa que no haya orfebres de la imaginación, fantásticos constructores de paraísos, ni paisajistas de la realidad humana, cuando surgen en su lugar el observador analítico de un laboratorio humano y el transformador -político, religioso o médico- que hace de toda idea y de toda palabra arma e instrumento para cumplir con aquello que es misión de todo ser que piensa, y que pocos, muy pocos, supieron comprender que ése era su destino y su misión?

Al terminar de leer "REVIVIR LO VIVIDO", nos queda un sabor amargo en el alma. Es toda la sal humana acumulada, la misma que sentimos a diario en nuestros labios y que hacía falta que la encontremos convertida en algunos renglones negros para meditar, siquiera un momento, en la forma y dimensión del mundo que gira bajo nuestros pies. Pero queda también -y ése es el valor de las obras constructivas- la esperanza de que algún día podrá cambiar y cambiará la condición del hombre. Queda la seguridad de que lo único que hacía falta era la voluntad. No ya la voluntad de sufrir, de los decadentistas ni de los mártires envueltos en silicios. No ya la voluntad de dominar y encadenar cervices y conciencias. Es solamente la voluntad de sanar, de destruir para construir, de construir sobre lo construido, de cortar y mutilar lo que está dañado... Nada más que la voluntad, que no en vano es tan difícil encontrarla, como la solución de un acertijo.

Esta obra nueva que sigue el mismo camino hacia la luz

tiene el valor de enseñarnos el contenido de la humanidad que no descubrimos en los Evangelios. Tal vez porque más de cerca vimos el usufructo que de ellos se hacia. Tal vez porque quienes debieron explicárnoslo negaban con las manos lo que decían los labios. O tal vez porque nos sonaba a hueco. O porque era demasiado divino... Esta obra, sin ninguna pretensión, y quién sabe si ignorándolo, lo ha hecho humano. Tan humano que lo comprendemos y lo sentimos.

J.E. ADOUM (h.)

LA ROCA DE LA VENGANZA Y DEL AMOR

Eran las tres de la mañana en Abu el Asal, un Oasis en el desierto de la Arabia, cuando me despertó el beduino guía:

-Cidi (señor), ya es hora de emprender la marcha.

Me desperté con mucha pereza, como si no hubiera dormido. El cuerpo me exigía reposo, pero el deber me llamaba a cumplir esa misión secreta en Máan, ciudad estación que se halla en mitad del camino férreo entre Damasco y Medina.

Tuve que vestirme bostezando a cada momento. Es la maldita guerra que nos exige todos los sacrificios, para preparar una emboscada que aniquile totalmente a nuestros hermanos, llamados por la guerra "enemigos".

Sí, era la guerra de 1918. En aquel tiempo yo era árabe y mis enemigos eran turcos.

Un nuevo bostezo más fuerte todavía invadió mis mandíbulas cuando me acomodé en la montura de mi camello.

El noble animal se levantó sobre sus patas traseras, con tanta rapidez que casi me lanzó a algunos metros de distancia, si el instinto de conservación no me hubiera inducido a agarrarme fuertemente en la madera delantera del galápago. Sin embargo, sentí en aquel momento un dolor intenso en cierto lugar de mi cuerpo, del que, por vergüenza, no hablé al beduino. Tampoco ahora tengo deseos de hablar de él.

Mi guía iba a pie.

La luna,roja, tal vez de vergüenza de la barbarie humana, se había ocultado detrás del horizonte de las arenas del desierto para no contemplar a aquel feroz animal llamado racional.

Emprendimos el viaje. El guía iba detrás, agarrado de la cola

del camello, con el objeto de arrearle y con la intención de economizar energía al ser halado por el animal.

Después de una hora de marcha, el beduino dijo:

-Cidi, el sol de hoy día lanzará flechas y agujas.

-¿Cómo lo sabes? -le pregunté.

-Por esta fresca brisa -contestó.

El árabe del desierto es el mejor astrónomo del mundo: Cada estrella es para él una brújula. Es mucho más entendido en su desierto y sobre su camello, que un capitán de barco en el mar.

Sus ojos de águila ven las cosas mucho más nítidas que con los mejores gemelos de larga vista; su olfato distingue el olor de su tribu a una distancia fantástica, mientras que su oído percibe hasta el susurro de una hierba o de una flor.

El árabe nómada sigue siendo hasta nuestros días el verdadero hijo de la naturaleza, comprende los misterios de la inmensidad y sabe gozar y sufrir los dones y las privaciones de la infinita extensión.

El árabe del desierto es noble, generoso, hospitalario y, por añadidura, filósofo nato y genuino.

Nunca manifiesta cansancio, nunca se queja de su suerte; vive siempre feliz en aquel espacio sin límites en donde el sol abrasa continuamente.

La tristeza continua en el desierto, su aridez, sus monótonas noches e inacabables días calurosos, su igual temperatura en todas las estaciones del año, su lluvia de arenas, sus vientos de simún y todas sus calamidades retroceden y huyen ante la férrea naturaleza de aquel nómada.

Parece que la madre naturaleza ha desconocido y abandonado desde el comienzo de los siglos a su hijo, el desierto, pero ha otorgado a su nieto, el nómada, todos sus dones y todo su poder.

El nómada no vive del cultivo de la tierra. Se alimenta con leche y carne. Bebe agua pura y límpida. El alcohol es desconocido para él. Teje sus vestidos, con sus propias manos, de la lana de sus ovejas, y construye su tienda con el mismo tejido.

El no obedece sino a su propia intuición. Desde la niñez se

dedica al arte de manejar la espada y el rifle y a guardar los rebaños. Con una maestría sorprendente llega a lanzar, con la mano, una piedra que atraviesa el espacio silbando como las de la honda de David, para dar infaliblemente en el blanco. Esta destreza la adquirió en su práctica de pastor y aquella piedra lanzada a tanta distancia le ahorra la molestia de correr tras de una oveja descarriada.

A los quince años ya es enamorado, poeta, buen jinete y veterano guerrero.

Los oasis del desierto son como las islas en alta mar. Las tribus viven en aquellas islas del desierto; pero continuamente viajan y se trasladan con sus tiendas y rebaños de un oasis a otro,en busca de pasto.

• • •

El sol, aquel cariñoso y bondadoso padre de todo ser vivo, en el desierto se yergue como el enemigo más acérrimo y vengativo. El Sol, el ser más leal, en el desierto aparece como el más cínico y mentiroso. ¿Será porque el falso y finito hombre, ante la inmensidad, se vuelve inconsciente ante el poder Cósmico?, ¿o será la vanagloria de la mente que se descubre ante la desnuda verdad?

-Ahmed, ¿el sol sale hoy por el Occidente? -le pregunté.

-No, Cidí... El engañador fácilmente se engaña -me contestó con una sonrisa en los labios.

Francamente, esa contestación me hirió; pero tuve que morderme la lengua un momento para no lastimar a mi guía; no por temor a él sino por temor al desierto.

Después de un momento, aparentando dulzura le pregunté:

-¿Nunca has engañado a nadie, Ahmed?

Con tono precipitado y antes de que yo acabe mi pregunta contestó:

-No, ¡por Alah!

-¿No has herido ni matado a nadie?

-A muchos, Cidí -me replicó-, pero yo siempre prevenía des

de muy lejos al enemigo, gritándole: "Entrégate o defiéndete".

Nuevamente la réplica produjo una descarga de nervios en mi sistema como quien recibe un susto fuerte. ¿Estaria leyendo mis pensamientos aquel hijo del desierto? ¿Habria sospechado que yo iba a tender una emboscada al enemigo? No, pero era el remordimiento de mi conciencia el que aplicaba un aguijón en cada palabra de mi compañero.

El nómada, intuitivamente, representaba el papel de mi conciencia.

Ambos callamos: yo seguia meditando en el valor de aquel hombre que, antes de la lucha, previene a su enemigo, mientras que nosotros, los civilizados, llamamos a esa gente con el nombre de "salvajes".

Después de caminar un largo trecho quise romper la monotonia del desierto y pregunté al compañero mio:

-Ahmed, ¿cuál será nuestra próxima estación?

-Cidi, cuando llegue el sol al cenit estaremos a la sombra de la roca de la Venganza y del Amor.

El nombre de aquel paraje me impresionó hondamente y le pregunté:

-¿Será un Oasis fértil?

-No, Cidi, es el oasis de la Venganza y del Amor, aunque corre en él un hilo de agua.

-Debe tener una historia.

-Si, y muy dolorosa por cierto.

-¿Puedes relatármela?

-Ahora no, porque el recuerdo me aniquila las fuerzas y después no podria caminar; pero a la sombra de aquella roca le relataré una historia de amor más ardiente que los rayos de este sol.

* * *

Hasta hoy no comprendo cómo pudimos salvar aquel infierno.

Las arenas hervian, los rayos del sol eran como combustible

para el desierto infernal. La mar inmensa abrasaba. En aquel mar de fuego no vive sino el Yarbuh, gerbo, animal pequeño semejante al ratón, a pesar de la ausencia del agua y los alimentos.

A una distancia incalculable el viajero contempla un mar de agua azul, limpida. Es el espejismo. Una nueva tortura proporcionada por la vista para una boca sedienta y para una lengua seca. Los incrédulos que no creen en el suplicio de Tántalo deberian viajar solamente un dia por el desierto, para que se conviertan en los más asiduos creyentes de ese mito.

Como el rico del evangelio que solicitaba de Abraham una gota de agua para remojar la punta de la lengua, yo pedí a Ahmed para que me diera una gota de agua del odre que cargaba el camello; pero al remojar mis labios y mi lengua, tuve que escupir el agua por caliente. A más de caliente olia a cuero podrido y tenia el sabor salado, lo que hace exacerbar la sed.

Trataba de respirar por la nariz o la boca y por ambos conductos aspiraba fuego.

Hasta Ahmed, el hijo del desierto, el hombre férreo, comenzó a soltar ciertos resuellos que semejaban a los del fuelle de un herrero.

-¿Estamos todavia lejos de la roca? -preguntaba yo desfalleciente.

-"Ahora" llegamos.

Yo comprendia lo que significa la palabra "ahora" pronunciada por un beduino del desierto. "Ahora" quiere decir muchos kilómetros más y un tiempo indeterminado para el que desespera.

-Ahmed... ¿el sol está ya en el cenit?

-Todavia no, Cidi.

El camello y Ahmed seguian su marcha; pero parece que el sol se detenia para dirigir mejor sus flechas contra mi.

-¡Qué desesperación y qué sufrimiento!

Después de cien minutos o después de seis mil lentos e inacabables segundos, y al voltear una duna de arena, mi vista tropezó con una colina que tenia la forma de un pastel cónico y cortado por la mitad. Tuve que limpiar mis ojos varias veces para

asegurarme de que no era un espejismo. No... ¡era realidad!, eran arbustos, era verdor, era sombra, y era agua. Colón gritó: "¡Tierra!". Mi corazón saltó y clamó: "¡Agua!".

No recuerdo si en aquel instante había llorado o me había reído; pero creo que lloré y me reí al mismo tiempo; igual a una madre que vuelve a encontrar a su hijo, después de muchos años de ausencia.

No sé cómo me precipité de mi montura, ni cómo me arrastré a la sombra de una enorme roca que parecía incrustada por la mano de Dios en el vientre de la colina, y en aquella sombra me desprendí de mi manto, de mi pañoleta sostenida por el grueso cordón en mi cabeza y me eché al suelo, boca arriba, en forma de cruz, resollando un suspiro que significa satisfacción o una acción de gracias.

Ahmed condujo el camello a la sombra; luego acudió con un recipiente al manantial, lo llenó y volvió hacia mí.

Después de regar el contenido de un vaso sobre una piedra que estaba cerca de mí, me entregó otro diciendo:

-Hay que tomarlo a sorbos, Cidi; si no, le hará daño.

Yo no tenía oídos para escuchar consejos, tomé el vaso con una temblorosa mano y lo apuré, pero no tenía más que un solo sorbo.

El prudente nómada sabía lo que hacía.

Me dio el segundo, el tercero, el cuarto, hasta el décimo. Luego me dijo:

-Basta por ahora.

Después remojó un trapo y comenzó a refrescarme las sienes y el rostro.

Antes de cinco minutos me dormí y soñé que estaba bañándome en un río muy límpido.

A las dos de la tarde me despertó el beduino diciendo:

-Cidi, el almuerzo.

Con mala gana me desperté. El agua fresca me abrió totalmente los ojos.

El almuerzo consistía en leche dormida, seca y remojada en agua, galletas en tarros, dátiles y tamarindo remojado. No quise

abrir ningún tarro de conservas para no aumentar la sed.

-Nos hemos escapado de una y buena -dije a mi compañero.

-El desierto, Cidí, es como Dios: severo, pero bondadoso.

-Me gusta tu filosofía, Ahmed -dije.

-¿Qué es filosofía, señor?

-Es la manera de expresar bien lo que se siente -le contesté simplemente para no entrar en detalles con una persona ignorante.

El meditó un momento y luego me lanzó esta pregunta:

-Entonces... el sentimiento sin expresión ¿no es filosofía?

Aquella pregunta me aporreó. Luego él continuó:

-Hace dos horas que estoy frente a esta piedra -y me señaló aquélla sobre la cual había regado el primer vaso de agua- y ella me dictó muchos pensamientos sin hablar una sola palabra, y si ahora le relato con mis frases lo que la piedra me dijo con el pensamiento, ¿cuál de los dos tiene filosofía: ella o yo?

Mi admiración llegaba a la perplejidad cuando oí aquella disertación y para no quedarmé callado le dije:

-Tú eres también poeta y quisiera saber lo que te dijo esa piedra.

-Déme un poco de tabaco para llenar mi pipa -pidió.

Le dí doble ración.

Llenó la pipa, la encendió, absorbió el humo hasta llenar los pulmones. Luego, con una voz lastimera y dulce, cantó estos versos en el idioma expresivo del desierto:

Eran dos: él, el Sol, y ella, la Luna;
ansiaban conjunción en esta vida;
mas la fatalidad, arma homicida,
despiadada en la tumba los aúna.
Eran dos y en amor han sido uno;
pero siguieron dos
porque así quiso Dios.
Ambos deben vivir, si no, ninguno.

Cuando terminó el cantor estos versos, emitió un suspiro lar-

go, calló un momento y luego me contó esta historia: .

-Hacia el sur y a una corta distancia de aquí, se halla la tribu de Luam, que cuenta con cinco mil rifles (5.000 guerreros, según el lenguaje de los beduinos); es mi tribu. El Emir Hasán, jefe de la tribu tenía una hija llamada Laila y era la más hermosa mujer de todas las mujeres del desierto. Su padre la adoraba. Desde muy niña, Laila manejaba el rifle como el mejor guerrero, la espada, como el más destacado; su brazo descargaba la lanza como un gigante. Cuando montaba a caballo, todos creían que era una sola pieza con la montura. Laila, según los poetas árabes, tenía los ojos de una gacela; fascinaban; una belleza que encantaba; cuerpo esbelto y elegante, sus brazos turgentes dominaban a su contendor. Describir la belleza y el valor de Laila es profanarlos; porque la belleza, Cidi, es algo abstracto, pero sentido por el hijo del desierto.

Comparar un cuerpo esbelto con una palmera o el color del rostro con una manzana, los ojos con los de la gacela, la negrura del cabello con la noche, los senos erguidos con las granadas, todas estas comparaciones son absurdas, fofas y huecas ante la realidad. Hay que sentir, Cidi, la belleza, mas no describirla.

En la parte norte, y a la misma distancia de aquí, vive también la tribu Jozha cuyo emir es Nurí, quien tenía un hijo llamado Munir, un perfecto ejemplo de juventud, de nobleza y heroicidad.

Entre las dos tribus reinaba una maldita venganza que databa de muchos años atrás, cuyo origen de odio y enemistad no pudo ser borrado con el transcurso de los días y las noches.

Un día el tejedor de los destinos reunió por casualidad, como decimos por aquí, a los dos enemigos, hijos de enemigos, nietos de enemigos: a Laila con Munir, en este mismo lugar donde estamos sentados, bajo esta roca.

Munir nunca había visto a Laila antes y la creyó una hurí descendida del cielo. Quedó encantado ante tanta belleza, tanta gracia y tanta viveza. Laila, por su parte, desconociendo a su enemigo, admiró en Munir su nobleza, su elocuencia y su dignidad.

Bajo la sombra de esta roca se saludaron, al principio, con recelo de parte de Munir y pudor de parte de Laila. Luego hablaron. ¿De qué? No se sabe; porque el lenguaje del amor es siempre inspiración del momento y es un absurdo tratar de recordar todo lo inspirado en aquel instante.

Después compartieron el pan y la comida que se componía de carne cocida y fría, dátiles y demás fiambres que utilizan los hijos del desierto. Pero al fin se amaron locamente sin que ninguno de ellos se atreviera a declarar su amor a su compañero.

Una vez satisfechos y contentos, Munir dirigió esta pregunta a Laila:

-¿Puede decirme esta belleza, quién es?

Laila, sonriendo y mostrando sus dientes, semejantes a un collar de perlas, contestó:

-¿Por qué nó? Yo soy Laila Luam, hija del Emir Hasán. Y tú, ¿quién eres?

Munir abrió desmesuradamente sus ojos y quedó petrificado en su puesto sin poder articular una palabra.

Laila insistió:

-¿Por qué no contestas?

El, repuesto de su perplejidad, dijo:

-Sería preferible que ignoraras mi nombre.

-Ahora más que nunca exijo saberlo.

-Has de arrepentirte de tu exigencia.

-Es mil veces preferible a la duda.

-Pues bien, Laila, tú lo has querido. Yo soy... Munir el Jozha.

Bruscamente Laila se puso de pie como quien quiere defenderse de una víbora y empuñó su revólver. Munir siguió sentado en su puesto, pero sus ojos contemplaban el menor movimiento de su adorada enemiga.

Durante un lapso se miraron como dos leones que se preparan para la lucha.

Al fin, Munir habló:

-Laila, hemos compartido y comido el mismo pan.

Aquellas palabras desarmaron a la joven. Una tristeza infinita

se apoderó de ella. Se echó nuevamente al suelo, silenciosa, y contemplando el lejano horizonte.

-Laila -continuó el joven con frases jadeantes-, el destino ha sido muy cruel para con nosotros. Sin ti, ya no puedo vivir y contigo es imposible vivir. Sé caritativa conmigo. Yo soy el ser más desgraciado del mundo. Somos enemigos, no hay esperanza ni misericordia para mí. Líbrame, amada mía, de mi tortura, de mi vida. Descarga tu revólver en mi pecho y harás, de ese modo, dos buenas acciones: la primera, la de matar a uno de tus enemigos, y la segunda, la de darme el descanso eterno. Ten compasión de mí.

Al oír Laila aquellas frases, tapóse la boca con la mano para ahogar un gemido semejante al quejido de una leona que vuelve a su guarida y no encuentra a su cachorro. Luego, de un salto se colocó ante el joven, se apoderó de sus dos manos y dijo con dificultad, como a quien le falta la respiración:

-¿Me amas, Munir?

-Hasta la muerte, Laila.

-Entonces... muramos los dos.

Dijo esto y sacó el arma y la dirigió contra su propio corazón; pero el joven, con la rapidez del rayo, se apoderó de la mano de ella. Laila se resistía con toda su fuerza; pero las manos de Munir la sujetaban como tenazas de hierro. Al fin, el amante le dijo:

-Este no fue el trato.

-Prefiero la parálisis de mi mano, antes de disparar contra tu corazón.

-¿Me amas, Laila?

La joven, al oír aquella pregunta, no pudo resistir más; soltó el revólver y se hundió en un mar de lágrimas.

Las mujeres, ante una desgracia, lloran, pero los hombres callan. La desgracia para los hombres es como la tempestad del simún: acalla a las aves.

Después de un largo silencio, Munir dijo:

-Laila, vamos a analizar la situación. Somos enemigos por tradición; pero nuestro amor es más fuerte que todas las tradiciones del mundo. Ahora debes limpiar tus lágrimas y serenarte

para resolver este problema... Vamos a ver: ¿Quieres seguirme adónde yo vaya?

-No, Munir, eso es imposible, porque mi acto, además de ser denigrante, acarrearia una guerra de exterminio entre las dos tribus, y la muerte de mi padre, como consecuencia de su pena y su dolor.

-¿Quieres que yo me entregue a tu padre, hasta en calidad de esclavo? Tal vez así tendría compasión de mi y así pactemos la paz entre las dos tribus.

-¡No, desdichado! Tú sabes muy bien que mi gente es tan vengativa como la tuya: no perdona la vida de ninguno de sus enemigos.

-Entonces no me queda sino atacar con mis guerreros a los tuyos y, después de aniquilarlos, raptarte por la fuerza.

-¡Qué cándido y necio eres! ¿Acaso crees ser más fuerte que nosotros? Y en último caso, supongamos que eres más fuerte; ¿podrías imaginarte acaso, que yo, la princesa Laila, consentiría ser raptada por la fuerza para ser mujer tuya?

Munir calló otra vez, buscando interiormente una solución satisfactoria y, al no hallarla, tuvo que decir:

-Entonces, no tenemos ante nosotros más que la muerte.

-Yo también pienso lo mismo... Con todo...

-¿Qué? -preguntó él, con tono de esperanza.

-No te ilusiones mucho para no sufrir el desengaño... Con todo no debemos precipitar los acontecimientos... Todo llegará a su debido tiempo... por el momento debemos vivir y esperar el fallo fatal del destino.

-¿Cómo puedo vivir sin ti?

-A la sombra de esta roca podemos encontrarnos dos o tres veces por semana.

-¿Y seremos el uno para el otro durante la vida?

-Y hasta en la muerte -dijo ella con sencillez.

-¿Me lo juras?

-Te lo juro.

-¿Qué prenda me darás?

-Un mechón de mis cabellos.

-Me basta, amada de mi vida y de mi muerte.

-A mi no, no me es suficiente.

-¿Qué más me pides entonces?

-Yo exijo el pacto de la sangre.

El joven tembló de alegria y quedó mirándola largo rato. Ella sostuvo su mirada con otra llena de ansia y decisión.

Después, con una calma aterradora, él desenvainó su daga, la agarró por la mano derecha y preguntó:

-¿De qué parte?

Ella a su vez habia tomado su arma, mientras que sus ojos seguian clavados en el ser adorado, y, cuando oyó la pregunta, contestó con toda naturalidad, mientras descubria su pecho:

-De aqui, de la región del corazón.

Y ambos, con la mano firme, se hirieron cada uno a si mismo.

Brotó la sangre...

Se acercaron, el uno al otro.

Con el brazo derecho sostienen el abrazo...

Con la izquierda, la ropa para dejar la carne descubierta...

Se acercan lentamente...

Cada uno contempla su propia herida...

La respiración de ambos se vuelve fatigosa...

Y con lentitud y silencio colocan herida sobre herida.

El pacto de la sangre: vida y muerte para ambos...

Asi quedaron un rato abrazados. Las miradas de los dos se compenetraban y se hundian en lo más intimo del espiritu.

Luego él dijo con voz entrecortada:

-Sellemos el pacto de la sangre con un beso.

Se besaron, entremezclando el aliento, la emoción, la alegria, el dolor, la felicidad y la desgracia.

Era un beso aniquilante que unió a sus espiritus, a sus almas, a sus corazones, a sus vidas. Pero no tenia el poder de unir sus cuerpos.

El pacto de la sangre los unió en la vida, y hasta en la muerte, pero el honor separaba sus cuerpos...

• • •

Aquí Ahmed volvió a llenar su pipa con el resto del tabaco. La encendió, absorbió el humo y volvió a lanzarlo hacia el cielo.

Yo, en aquel lapso, me sentía como un niño que escucha un cuento de su padre, quien súbitamente calla dejando inconcluso el cuento, para decirle: "Y ahora, a dormir".

También sufrí como, cuando ya grande, leía una novela folletinesca y llegaba al final del capítulo para ver estampada allí la fastidiosa palabra "Continuará".

El hijo del desierto notó mi desesperación por conocer el final y comenzó a jugar con mis sentimientos como un gato con su torturado ratón.

Al fin, después de una pausa que fue para mí interminable, el historiador prosiguió su relato.

-Yo considero, Cidi, los días de felicidad como los dátiles maduros: los comemos cuando tenemos hambre y por golosina también. Así Munir y Laila apuraban los días por hambre y por golosina. Al principio se reunían dos veces por semana a la sombra de esta roca, luego tres, después cuatro y posteriormente, casi todos los días.

El pacto de la sangre dejó ya sentir su efecto en la vida.

El Emir Hasán, padre de Laila, notó un cambio en su adorada hija. A veces la veía alegre, y con su alegría, distraía también a toda la tribu; pero en ciertas ocasiones, la joven sufría cierto abatimiento que contagiaba a todas las personas que la rodeaban.

Sin saber el padre a qué atribuir aquel cambio repentino en su hija, una noche le dijo:

-Laila, adorada de mi corazón, quisiera verte casada antes de mi muerte.

Laila tembló ante aquella propuesta y se puso pálida como un cadáver.

Contempló a su padre, silenciosa, pero después movió los hombros levantándose para salir de la tienda.

-¿Qué tienes, hija mía? ¿No te ha agradado mi propuesta?

Aquella pregunta llena de ternura arrancó la sonrisa de los adorados labios de Laila; pero era una sonrisa impregnada de

un dolor y de una tristeza que exprimen las lágrimas de los ojos más secos.

Aquella noche estaba yo presente durante la conversación y al ver a la amada Laila en aquel estado, sentí que el velo de las lágrimas nublaba mi vista. Esta fue la primera vez, en mi vida, en que sentí muchos deseos de llorar. El padre suspiró en silencio.

La joven, al vernos sumidos en aquella tristeza, cambió súbitamente su actitud, y con todo el cariño de su alma, se acercó a mí y con las yemas de sus dedos, acarició mi mejilla, diciéndome con un tono mezclado de reproche y de cariño:

-¡Ahmed!

Luego se dirigió hacia su padre, lo besó en la frente y le dijo con aquella voz que saben emplear las hijas con sus padres:

-¡Emir!, ¿ya estás despechado de mí? ¡Ah, pícaro! Ya sé, ya sé...

El Emir Hasán la atrajo hacia sus brazos y comenzó a devorarla a besos y, entre uno y otro, le lanzaba estas palabras:

-¡Ah, mimada! ¡Abusiva...! ¡Pícara! ¡Siempre estás ausente! ¿Qué haces en tus excursiones?

Laila reía a carcajadas. Ella adoraba a su padre. Nunca lo disgustó en nada; hasta sus caprichos sabía siempre satisfacerlos con el consentimiento del Emir.

Cuando oyó la pregunta de su padre, contestó también riéndose:

-Estaba buscando a mi novio.

-¿Y? ¿Lo has encontrado?

-Sí.

-¿Sí? ¿Quién es?

-Algún día lo sabrás.

-¿Por qué no ahora?

-Ahora él está muy lejos.

-¡Véte, mentirosa!

-Yo no miento.

-Dime quién es.

-¡No!

-¡Sí!

-¡No!

De esta manera, entre si y no, padre e hija se besaban, jugaban a veces, con el cariño de un padre viudo que no quiso traer una madrastra para sus dos hijos: Laila, que entonces tenia veintidós años, y Fauaz, que tenia once, y con el amor de una hija que encontró en su padre la ternura de la madre que perdió.

En muchas ocasiones he presenciado estas escenas de si y no, pero aquella vez fue la más tierna. Debo advertirle, Cidi, que yo soy primo de Laila; ella me estimaba mucho y me comunicaba a veces ciertos secretillos de su vida intima, secretos que no podemos contarlos a nuestros padres.

Munir y Laila volvieron a entrevistarse dos veces por semana, luego tres, después cuatro y por último casi todos los días.

Laila volvia a su casa, a veces muy entrada la noche, pero nadie se atrevia a preguntar de dónde venia ni adónde iba. Solamente el padre le advertia con estas palabras: "Cuidado con los Jozha, hijita; son enemigos terribles".

Y ella se reia diciendo: -"Ninguno de los Jozha se atreve siquiera a mirarme".

Aquella contestación me admiraba mucho; pero yo también estaba muy convencido de ello sin saber por qué.

En las reuniones frecuentes de los dos enamorados se desarrollaban escenas muy variadas. A veces reinaba la alegria que les hacia olvidar la situación, pero a veces se apoderaba de ellos un silencio aniquilante.

El se sentaba y apoyaba la espalda sobre esta piedra. Llegaba ella, lo besaba, se colocaba al lado de él para apoyar la cabeza sobre su pecho y asi pasaban, silenciosos, varias horas, hasta el momento de la separación.

Entonces se despedian con otro beso y cada uno montaba su corcel e iba por su lado. ¿En qué pensaban? ¿Qué proyectaban? Sólo Dios lo sabia, pero ellos presentian la proximidad de la desgracia.

Y... un fatal sábado, mi tio, el Emir Hasán, llamó a dos primos suyos y a mi para que le acompañásemos en su excursión.

Todos armados y montados en nuestros caballos, de pura raza, nos dirigimos antes de la aurora hacia el norte. Todos

estábamos de mal humor sin saber el motivo. Rara vez hablábamos. Mi tío notó aquel estado de ánimo y repitió más de tres veces esta frase: "Este día es mensajero de desgracias".

Por fin salió el sol; para mí no era el sol de todos los días, era algo distinto.

Seguíamos rondando entre las dunas, cada cual por su lado; al fin, cuando los rayos del sol comenzaban a herir, mi tío dijo:

-Ya es hora de volver al hogar.

Todos obedecimos y juntos, nuevamente, emprendimos el regreso.

La misma melancolía nos perseguía. Yo tuve, por segunda vez, el deseo de llorar.

Los caballos seguían braceando en el lecho de una larga duna. Un tiempo más y llegaríamos a la extensión plana, y efectivamente llegamos, pero...

Aquí calló Ahmed; cerró sus ojos, como quien quiere rememorar todos sus detalles. Yo, por mi ansia, no pude esperar más y dije:

-¿Qué sucedió?

El árabe abrió lentamente sus párpados llenos de lágrimas, cosa que me enterneció profundamente, y continuó:

-En aquel momento nos topamos con un joven y apuesto jinete. Montaba un caballo negro. Ninguno de nosotros lo conocía:

Al verle, nos detuvimos; él también nos vio y se detuvo.

El Emir Hasán, rifle en mano, gritó:

-¿Quién es el jinete?

El joven, con toda tranquilidad, como quien no espera ninguna sorpresa desagradable, contestó:

-Munir el Jozha.

Aquel nombre retumbó en nuestros oídos como un trueno.

Munir el Jozha, la presa más valiosa de todas nuestras venganzas habidas y por haber.

-¿Munir el Jozha, al alcance de nuestras balas?

Eso era increíble.

-¡Defiéndete! -tronó la voz del Emir.

Usted sabe, Cidi, que la palabra 'defiéndete', sola, significa "Quiero tu vida".

No pude darme cuenta de lo que sucedió en un solo segundo. Yo creo que Iblis vino en ayuda del joven o él mismo se convirtió en un demonio. Lo cierto es que antes de que mi tio terminara su palabra, él, sus dos primos y mi caballo estaban atravesados por las balas del enemigo y tendidos en el suelo; ninguno de nosotros habia disparado un solo tiro.

Antes de reponerme de mi sorpresa, me encontraba tendido en la arena y el enemigo, a mi lado, que me ordenaba:

-¡Levántate!

Me puse de pie...

-¿Quiénes son ustedes?

Yo, que tartamudeaba de dolor por la muerte de los mios no por miedo, le indiqué con la mano, diciendo:

-Este es el Emir Hasán Luam..., éstos son sus primos Amin y Fuad.

El joven, al oir mis palabras, golpeó su frente con la mano gimió:

-¡Maldita sea mi suerte!

De un salto alcanzó los cadáveres y comenzó a examinarlos uno por uno. La muerte habia sido instantánea. Tres balas atravesaron los tres cráneos y por la frente de cada uno de ellos manaba un hilo delgado de sangre; pero por el occipucio brotaba un chorro rojo.

Convencido de que estaban muertos, volvió hacia mi. Sus ojos y su rostro estaban inyectados de sangre. La tristeza cubria sus facciones. Me miró un rato. Luego dijo:

-Voy en pos de los caballos. Ya vuelvo.

Yo no me movi de mi puesto; estaba petrificado.

El regresó después de unos minutos con los caballos. Cargó los cadáveres sobre dos de ellos y me hizo montar sobre el tercero, diciendo:

-Tú, ¿cómo te llamas?

-Ahmed -le dije.

-¿Pariente del Emir?

-Sobrino.

-Si te conjuro por las almas de estos muertos, ¿puedes hacerme un favor?

-¿Cuál es?

-Decir a Laila que el asesino de su padre le manda a decir: "Viernes".

-¿Conoce usted a Laila?

El me miró con cólera y dijo:

-Tú no debes preguntar nada. ¿Quieres hacer llegar mi mensaje?

-Le prometo.

-Adiós, entonces.

Montó en su caballo y se dirigió a su tribu.

• • •

La desgracia que trastornó a la tribu Luam no pudo arrancar una sola lágrima de los ojos de Laila.

Después del entierro, ella se recluyó en su tienda.

No comia ni dormia. Iba yo a visitarla varias veces de dia y de noche. Tomaba ella agua en abundancia como si tuviera fuego en sus entrañas.

Todos respetaban su dolor; no le hablaban porque ella no queria hablar.

El dia jueves pidió ella por la mañana el desayuno. En el almuerzo comió algunos dátiles. Luego mandó a llamar a todos los principales de la tribu para una reunión por la noche.

Todos acudieron y ella les habló con este discurso, con frases entrecortadas como de una persona que se ahoga:

-Señores... murió mi padre... Mi hermano Fauaz será el jefe... Su tutor será Ahmed, mi primo... Los que estén descontentos pueden separarse libremente de la tribu... yo, sola, vengaré la sangre de mi padre y de mis tios... muy pronto serán vengados... y nada más. Adiós...

Todos los presentes permanecieron callados, como si el

ángel de la muerte estuviera ante ellos. Todos salieron enmudecidos, pero nadie pensó en separarse de la tribu...

• • •

Calló Ahmed, cerrando los ojos como quien quiere visualizar todos los detalles de los sucesos. Cuando los abrió estaban ya llenos de lágrimas. Sin embargo, después de un suspiro reanudó su relato:

-Era la aurora del día viernes. Laila y yo no habíamos dormido en toda la noche... Ella me ordenó:

-¡A caballo!

La luna alumbraba el desierto; era una mañana clara pero triste, que anunciaba la fatalidad, como anuncian las canas claras el duelo por la juventud.

Durante nuestro viaje, Laila, después de aspirar fuertemente varias veces para llenar de aire sus pulmones, me dijo:

-Ahmed... el hombre sacrifica todos sus bienes para conservar su vida; pero tiene que sacrificar su vida para defender el honor. Ahmed, te voy a contar la historia más rara que pueden tus oídos escuchar. Ahmed, yo amo a mi peor enemigo, al asesino de mi padre; yo adoro a Munir el Jozha.

Yo le amo desde mucho tiempo, y hoy, después de vengar el honor de la tribu, me uniré a mi amado hasta la eternidad.

Tú no entiendes, Ahmed, pero los hechos te aclararán mis palabras. ¿Sabes por qué te conduje conmigo? Pues, para asistir a mis nupcias después de la venganza y para transmitir la noticia con todos los detalles.

Callaba Laila para tomar aliento, y yo sufría interiormente, porque había creído que la mente de la joven estaba trastornada por las recientes desgracias y por eso desvariaba; pero ella continuó:

-El amor es un sultán tirano y poderoso; sin embargo, los corazones le obedecen ciegamente y las almas se prosternan ante él como ante Dios. Ante el amor no hay razón ni juicio, porque después de esclavizar la mente empleará a su servicio todos los

demás agentes y sentidos del hombre: La mirada será su mensajera; la contemplación, su orden; el pensamiento, su espía y la simpatía, su atracción desalmada y de esta manera vivirá la sombra del ser amado en nuestros ojos, su recuerdo en nuestra boca y todo él en nuestro corazón. Esto es lo que sucedió desde que celebré el pacto de sangre con mi amado Munir.

Yo, sin poder contenerme más, comprendí entonces y grité:

-¡¡¡El pacto de la sangre!!!

-Sí, y hasta la muerte- contestó.

Y entonces, ella me lo relató todo...

• • •

Era muy de día cuando llegamos acá. El príncipe Munir nos esperaba tranquilo a la sombra de esta roca; cuando nos vio, se acercó a Laila, quien, en vez de apearse, lo hizo entre sus brazos.

Ella, fuera de toda costumbre beduina, lo abrazó y lo besó en la boca con un beso desesperado.

Yo contemplaba esa escena perplejo y mudo.

Munir, cargando a Laila en brazos, la condujo hasta esta piedra que yace frente a nosotros y aquí la hizo sentar con delicadeza y cuidado.

Nadie habló una sola palabra. Sus besos fueron toda su expresión.

Después oí al joven decir:

-Laila... yo no lo conocía; él me pidió la vida y tuve que defenderla.

-Has hecho bien, amado mío -dijo Laila-,tu vida me pertenece a mí y ni a mi padre se la hubiera cedido.

El la besó y ambos guardaron silencio.

Luego él me llamó.

-Ahmed, ¿quieres aceptar esta espada como recuerdo mío?

Yo me acerqué impresionado, tomé el arma que me ofrecía y mi única frase de agradecimiento fue:

-¡¡¡Maldito destino!!!

Luego tomé asiento frente a los dos enamorados, mientras él preguntaba a Laila:

-¿Ya es hora, amor?

-Cuando tú lo ordenes, dueño y señor mio.

El entonces descubrióse el pecho y dijo:

-Vamos, Laila, el viaje debe ser largo. Por aqui, amor mío; éste es el lado del corazón.

Luego, con una sonrisa de satisfacción, continuó:

-¿Te acuerdas, Laila?

-Si, adorado mio -dijo Laila, aplicando el puñal sobre su pecho.

-Quisiera pedirte un favor, Laila: cuando se me ate la lengua y ya no pueda hablarte, mirame a los ojos y ellos te repetirán siempre: "Te amo, te amo".

Laila, al oir esto, mordió su brazo izquierdo para ahogar el grito.

Yo también tuve que taparme la boca con la mano para acallar el mio.

Después oi a Munir ordenar:

-¡Ya! ¿Qué esperas?

Y el cuchillo se hundió hasta el cabo en el pecho del principe.

El seguia sonriendo sin ningún gesto de dolor...

La sangre empezó a manar de la herida.

Pudo hablar y dijo: "Bésame".

Laila, como el mejor cirujano, arrancó el cuchillo del pecho del amado.

Con toda serenidad buscó en el suyo el lado del corazón.

Y... con toda la fuerza de sus dos manos, se lo hundió con rabia alegre.

Abrazó a Munir y le dijo:

-Tuya hasta... la muer... te... tuya... en la eter... ni... dad...

Munir ya no podia hablar. Un hilo de sangre brotaba de su boca. Laila aplicó sus labios sobre aquel manantial rojo; pero ella, en vez de absorberlo, tributó con el rojo presente que también manaba de su boca.

Yo los contemplé silencioso... callado y ensimismado. Y cuando me desperté a la realidad, habia miles de curiosas estrellas que nos miraban desde el firmamento...

José Ignacio. -Vamos a visitarlo.

Jonás. -No seas cándido, José.

José I. -Yo no comprendo el motivo de tu aversión. Ese hombre ha hecho muchas curaciones, que, según los decires, son maravillosas. Todo el mundo habla de él. Siquiera por curiosidad podemos ir un momento a verlo, a conversar con él y aquilatarlo. Nada se pierde. ¿No te parece?

Jonás. -¡Cómo no! Yo de mi parte siento que he de perder el respeto, ante mi mismo, al ir a conocer a un charlatán. Mira, José, yo no pretendo ser un sabio infalible en mis conocimientos, pero creo que he adquirido cierto grado de saber que me coloca en un nivel que me capacita para distinguir lo falso y lo verdadero. "Me parece muy interesante y, además, de gran utilidad hacer un resumen de mis ideas sobre aquella filosofía, antes de emprender el estudio de ella. De la moral no habría para qué acatar; de psicología, tampoco, porque soy un materialista acérrimo". (Palabras textuales). Mis pruebas son muchas. Partiré de una base: la realidad objetiva:

1° El mundo es real. En él está comprendido mi propio cuerpo.

2° Existe para mí, también, la naturaleza del yo: en el estado actual de nuestra evolución intelectual, no es determinable ni incognoscible.

3° No acepto que la introspección, ni tampoco la intuición, puedan demostrarnos la existencia y darnos el conocimiento

del alma, y porque también los métodos científicos no nos dan dato alguno cierto.

4° Por estar conforme y por estar de acuerdo con mi tendencia intelectual, consideraré el espíritu como una de las energías físicas ya conocidas tal vez solamente en estado de transformación (en estado transformativo).

5° El conocimiento del mundo exterior es posible y evidente.

6° Los sentidos son el lazo de unión entre el sujeto y el objeto.

7° Los sentidos son aparatos físicos y registradores de moléculas o de radiaciones.

8° ¿Cuál es la importancia del espíritu en el mundo? Para mí es secundaria. -El pensamiento no es sino una manifestación (¿fenómeno?) transitoria como la vida, que es su substratum. La energía psíquica tiene como base el protoplasma viviente. No tenemos experiencia de que la facultad de pensar se encuentre en la materia inerte-.

9° Según la mayor probabilidad, sacada de los datos e inducciones científicas, la vida debe desaparecer de nuestro planeta en un porvenir más o menos remoto. Desaparecerá también, entonces, la energía psíquica. (¿Seguramente?) ¿Es eterna? ¿Habrá, tal vez, vuelto al estado de materia que ya no parece ser sino energía concrecionada? ¿Habrá ido a otras partes más lejanas del Universo que es un todo?

10° La intuición, la fe, la adivinación, no son fuentes de conocimientos.

11° El único método eficaz y seguro que podemos emplear para conocer es la experiencia, aun tratándose de nuestros fenómenos anímicos.

12° No son sino... (¿representaciones?)... sensaciones, estados nerviosos (por tanto, fisiológicos) que influyen en los juicios que formamos y que, a conciencia de la ley de las probabilidades, pueden coincidir, a veces, con la realidad.

José I. -Ya te comprendo, Jonás; para ti no hay espíritu, ni alma ni mente superior...

Jonás. -Para mi no puede haber otra explicación del mundo que la mecánica. ¿Es capaz nuestra inteligencia de abarcar el Universo y de aprehender lo infinito y Eterno? Mi opinión es negativa. El Universo que nosotros conocemos no es sino el campo en que actúan las fuerzas. La idea de un dios abrumado de atributos no pertenece a la filosofía. No hay para qué tomarla en cuenta. ¿Puede aceptarse en filosofía la cuestión de la causa primera? En realidad tal vez no existe ni lo infinito ni lo eterno.

Me parece, pues, un absurdo pretender resolver el problema del origen del mundo. No podemos conocerlo; por tanto, para nosotros es exactamente como si no lo tuviera, porque ni la experiencia ni la intuición nos dan conocimiento alguno. Lo mismo puede decirse del problema de la finalidad; no podemos conocer nada de ella; es como si no existiera para nosotros. (Palabras textuales).

José Ignacio quedó un momento pensativo meditando en las palabras de Jonás Guerrero; luego le dijo:

-Entonces, según tu parecer, toda esa corriente de pensamientos, desde Zoroastro hasta nuestros días, es falsa.

-En la historia del desarrollo del pensamiento humano se presentan con bastante frecuencia sistemas filosóficos, opiniones, creencias y a veces doctrinas científicas que, después de una larga gestación en el obscuro limbo del intelecto, sufriendo allí tal vez un lento trabajo de metamorfosis, como el gusano en su capullo, vuelven después de largos años a adueñarse del entendimiento del hombre.

Puede ser que estos casos arrojen alguna luz sobre la lenta y pesada evolución intelectual que, partiendo de la triste pobreza conceptual del hombre primitivo, ha ido extendiéndose hasta

nuestros tiempos, como la llama de un poderoso incendio, dejándonos entrever para lo futuro una riqueza y una complejidad mucho mayores aún. En esto me parece que estriba la importancia de su estudio.

-¿No sería bueno y conveniente consultar a este nuevo mago para oir sus ideas sobre el particular?...

-Je, je, je, siempre estás pensando en tu nuevo mago. No cabe duda de que resulta interesante ver cómo un pensamiento informe y nebuloso como el inconsciente balbuceo de un niño, enunciado sólo para satisfacer aquella imperiosa necesidad espiritual de poseer una explicación de los fenómenos del mundo, de inventar una clave que los descifre y los convierta en esclavos del hombre, ha arraigado y se ha apoderado de casi todo el campo de la ciencia moderna, culminando en vastas y lógicas teorías...

Calló un momento Jonás Guerrero, para luego añadir:

-Tu mago ha de explicarte la teoría de la evolución. A mi esta doctrina evolucionista me parece verdadera porque explica satisfactoriamente los problemas biológicos. La doctrina de la evolución descansa sobre las causas y los efectos. Más, si queremos darnos cuenta de las causas que producen estos cambios, esto es, del porqué de la evolución, nos vemos reducidos a meras hipótesis, más o menos verosímiles, entre las cuales, con legítimo derecho, podemos aceptar aquella que más en armonía esté con nuestra contextura espiritual o en un caso extremo, rechazarlas todas para buscar una explicación diferente, siempre que ésta tenga como base la aplicación de las leyes naturales.

Te explico todo esto, querido José Ignacio, para que no te dejes embaucar por este nuevo charlatán, cuando vayamos a verle.

-Entonces, vas conmigo.

-Sólo por acompañarte.

* * *

Era el 30 de Octubre de 1936.

Mientras el que escribe estas líneas se hallaba en su consultorio, sentado frente a su escritorio, engolfado en la lectura de un manuscrito raro, tratando de descifrar sus palabras y sus significados, oyó algunos toques a la puerta.

Aquel golpe me hizo volver en mi bruscamente y con desagrado, como quien se despierta de un profundo sueño por una voz de alarma.

Con disgusto, dije:

-Adelante.

Entraron dos caballeros. Uno de ellos se presentó y luego presentó a su compañero diciendo:

-José Ignacio y el señor Jonás Guerrero.

-Tomen asiento.

José Ignacio era un tipo simpático y emocional por sus sentimientos. Las formas de su rostro son limitadas por segmento de elipse, frente unida y poco desarrollada, ojos en forma de almendra, cejas paralelas al contorno de los ojos, nariz clásica, boca carnosa, mentón redondo, estatura más que mediana, mirada dulce, lánguida, voz melodiosa y pausada y gestos distinguidos. En general,era el tipo armónico, sensitivo, de gran sensibilidad de corazón y vida sentimental intensa.

José Guerrero era el tipo completamente distinto del anterior. Aquí cabría decir que "los desemejantes se atraen". Jonás Guerrero tenía las formas algo primitivas, carnación maciza, groseramente esculpida, contorno general de rectángulo corto, frente más desarrollada en anchura que en altura, cejas espinosas y horizontales, ojos miopes. Usaba lentes muy gruesos; nariz recta, ancha y corta, mentón macizo, estatura algo alta, recia, de articulaciones pronunciadas, voz sorda. Poseía una poderosa vitalidad. Era un tipo que tenía el sentido práctico muy desarrollado.

Coloqué mi silla frente a los dos, y luego pregunté:

-¿Puedo servir a los señores en algo?

José Ignacio contestó:

-Doctor, el objeto de nuestra visita es conocerle personal-

mente y tener una conversación sobre diferentes tópicos espiritualistas. ¿Hay algún inconveniente en ello?

-Ninguno, señor, pero quisiera saber si ustedes vienen a tomarme un examen o a rendirmelo. Si es lo primero -y miré a Jonás Guerrero- no me hallo en condiciones de dárselo a nadie y si es lo segundo -dirigiendo la mirada a José Ignacio- tampoco me considero un maestro para recibirlo.

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras causó admiración a los dos y Jonás dijo:

-Yo no sé por qué el doctor dice esto. Nosotros al venir acá nunca habiamos pensado en lo que usted nos manifiesta.

Me callé un momento y luego dije:

-Mire, amigo don Jonás, vivimos en una época de incesante búsqueda y por lo tanto de escepticismo universal. Los hombres de hoy dicen: "Dadnos una prueba positiva, demostradnos con aparatos cientificos la verdad y nosotros creeremos a despecho de los progresos cientificos". Precisamente puedo repetir aqui con el Rabi de Galilea: "Esta generación perversa pedirá pruebas y no les serán dadas".

Don José Ignacio es un ser espiritualista que admite la influencia sutil aunque misteriosa, porque siente, mientras que usted, don Jonás, quiere ver para creer y yo, desgraciadamente, no tengo una balanza para pesar el honor, el amor, la compasión y la verdad.

Estas últimas palabras produjeron una risa general entre los tres.

Jonás Guerrero preguntó:

-¿Por qué cree usted que soy escéptico? Me gustaria saberlo.

Me sonrei y dije:

-Amigo Jonás: reconozco su adelanto intelectual, asi como su aferrado materialismo. Si estuviera en mis manos hacer que un ángel descendiese del cielo o un muerto volviera a la vida, usted creeria que lo he sugestionado o hipnotizado para hacerle ver cosas absurdas que nunca han existido. Dijo el famoso sabio

Eliphas Levy: "Nadie puede convencer a quien no está convencido de antemano", y ésa es la pura verdad.

Cuando Cristo sanó a aquel poseso (poseído por el demonio), todos dijeron: "Con el poder del demonio ahuyenta al demonio".

¿Cómo he sabido que usted es escéptico? Es otro estudio de la filosofía ocultista a la que usted repudia como supercheria.

Los ocultistas creemos que del ser visible podemos llegar al invisible, porque efectivamente la forma no es más que reflejo del espíritu o, como otros dicen, del alma, en lo que usted no cree. En esto no hay nada sobrenatural. Al examinar su forma deduje lo siguiente:

Tendencia Patológica: Inacabamiento o proliferación defectuosa de los tejidos: mal funcionamiento de algunas vísceras. Neurosis.

Predisposición fisiológica: poderosa vitalidad, pero captada en fuerte proporción por la vida vegetativa.

Caracteres psicológicos: Ética desarrollada, pero según convencimientos propios.

Intelecto: capta mucho pero es incapaz de una producción personal. Asimilación limitada al utilitarismo inmediato. Su mente doblega fácilmente a las costumbres de orden, método, exactitud.

Sensibilidad: Las emociones e impresiones sensoriales son las únicas que influyen en usted. Su imaginación acciona tan sólo bajo el imperio de los motivos físicos.

Su existencia es penosa y monótona, de hastío y preocupaciones continuas.

Los materialistas, casi siempre, por sus sufrimientos internos buscan el alivio en amar a algún ser. He conocido a un filósofo materialista que amaba a su gata blanca hasta la adoración. Otro amaba a sus padres. Usted también puede tener este cariño que raya hasta el sacrificio para su madre, hermanos o hermanas, y este cariño es la puerta de su salvación porque, como dice el Evangelio, "a quien ama mucho, le será dado mucho".

¿Qué más quiere que le diga? Su inteligencia es superior,

aprende fácilmente y retiene con facilidad, su tipo puede ser poliglota, puede aprender a la perfección muchos idiomas. Para usted la poesía no debe existir, así como tampoco el arte, sino como un adorno. Es usted un hombre positivo que se dedica a las ciencias exactas y serias. ¿Me he equivocado en algo?

Después de dirigir aquella pregunta, reinó un silencio sepulcral. Luego José Ignacio dijo:

-Su estudio psicológico, doctor, es perfecto y yo creo que el silencio ante lo maravilloso es la mejor veneración sincera que se le puede ofrendar.

-No es para tanto, amigo. Yo también tengo muchos errores y equivocaciones y me gusta que alguien me los corrija.

Jonás, que seguía silencioso hasta aquel momento, dijo:

-Puede decirme, doctor, ¿cómo ha podido descubrir en mi estas verdades?

-Ya le he dicho antes que en la forma visible se refleja lo invisible. Esencialmente espiritualista, la antigüedad filosófica enseñaba en secreto, en el silencio de los santuarios de la India, de Caldea, de Persia, de Egipto, lo que nos ha sido transmitido a través de las edades; concebía el problema del ser como una sucesión indefinida de existencias que conducían al conocimiento integral.

Antes de llegar a esta última finalidad, el alma, evolucionada desde el estado primitivo, a través de todas las fases necesarias para su perfecto desarrollo, recorría una serie de ciclos compuestos cada uno de un período de acción y de asimilación.

Según esta teoría, venimos al mundo condicionados de acuerdo con nuestras actividades físicas y psíquicas y nos encontramos situados en tal relación del "yo" al "no yo" que nos será preciso pasar por el estado de conciencia -a veces doloroso- indispensable al cumplimiento de un progreso espiritual que nos acercará al fin supremo.

Esto, señor, no es fatalismo absurdo y arbitrario; al contrario, es el encadenamiento lógico resultante, impreso al hombre desde su nacimiento, según sus pasados sentimientos a la verdad o al error, a los malos o a los buenos sentimientos, a la iniciativa ha-

cia el conocimiento o a la indolencia placentera de los instintos.

La voluntad no puede eludir la consecuencia de una falta, pero sí soportar la pena o daño implicados por esa falta por un esfuerzo deliberado equivalente y susceptible de operar en la consecuencia, una modificación correspondiente o superior a la prevista por la Ley.

No pretendo, don Jonás, convencerlo de la verdad de estas teorías, porque usted ha de decirme que el estado actual de nuestro entendimiento no nos permite percibir esta clase de verdad.

En virtud de lo dicho, podemos decir que el estado presente resulta de la totalidad del pasado y preparación del porvenir. Esta hipótesis parece indispensable para conciliar la de una justicia infinita con las desigualdades múltiples de nacimiento -estas desigualdades denominadas azar por aquéllos a quienes una palabra les basta como explicación-.

En todos los casos, nosotros no podemos creer en el azar y en la casualidad, mas sí en el fenómeno figura. En el individuo mismo se lo encuentra inscripto en dos partes del cuerpo que sintetizan todo el ser: en la cara y en las manos.

El misterioso subconsciente de los filósofos modernos no es más que el cuerpo astral de los herméticos y comprende la musa del poeta, la inspiración del compositor, el genio del gran hombre, el talento de algunos, las facultades y los instintos de otros. Conserva también los gérmenes virtuales de los éxitos o fracasos implicados por los méritos o deméritos pasados. Puede denominársele "la substancia del destino". Analizarlo según sus correspondencias exteriores es descubrir las marcas del destino.

-Entonces, ¿qué es el libre albedrío y para qué sirve exactamente el querer? -preguntó Jonás.

-El libre albedrío está muy lejos de ser equivalente en todos los seres, aunque se encuentra más o menos acusado en cada ser humano según el esfuerzo mayor o menor de cada uno. Se afirma y crece bajo el efecto de la subordinación del ser a las evoluciones inspiradas por la conciencia objetiva. Yo, personalmente, comparo al libre albedrío con la fuerza muscular. Todos

nacemos con esta fuerza, pero unos la desarrollan, por medio del ejercicio, más que otros. Aquí obra la voluntad porque asegura la supremacía del yo sobre las condiciones primitivas, de donde resulta el carácter, y sobre la fatalidad del destino.

Modificar las propias disposiciones es modificar los acontecimientos próximos o lejanos, porque de ese modo se hace que no actúa la causa común de los unos y de los otros. Otra comparación: Supongamos que usted me insulta; por mi libre albedrío puedo devolverle el insulto; luego viene la riña, después el escándalo y por fin el castigo de la autoridad; pero por mi libre albedrío también puedo dominar mis impulsos y hacerle ver que está usted equivocado y quedarnos así como buenos amigos. Esta reacción voluntaria contra el destino, a la larga, se expresa claramente en la fisonomía de la persona, en sus movimientos, en su modo de andar y hasta en su caligrafía.

Todos los hombres, lejos de pensar en vencer sus impulsos, ponen al servicio activo de esos impulsos su inteligencia y su voluntad. Hay algunos, aunque desgraciadamente son excepciones, que se apartan, con el esfuerzo, de los demás; que dirigen su destino como un hábil capitán que dirige su barco.

Cada hombre tiene una voz interior; unos la llaman conciencia, otros moral. No importa el nombre. Pero esta voz siempre grita y nos persuade de que debemos dejar de agitar nuestro espíritu y nuestros nervios, persiguiendo siempre la armonía. Ella nos revela que, para lograr ese estado, es necesario crearlo en nosotros mismos mediante la modificación de nuestros pensamientos.

La Gran Ley es toda equidad y preside todos los destinos. Quien pide el reino de Dios y su justo uso, infaliblemente, tendrá el reinado soberano sobre las consecuencias.

-Entonces, según usted, ¿no existe el destino y todo es efecto de una causa anterior?; pero esto, ¿es aplicable también hasta a las enfermedades? -preguntó con tono de triunfo Jonás Guerrero.

-Antiguamente, el hombre era dueño de su destino; hoy el

destino es el señor del hombre hasta en las enfermedades. ¿Por qué éstas deben escapar de la ley universal?

El hombre está impulsado por la experiencia, o mejor dicho, por sus hechos, a atrapar ciertas enfermedades, porque, para curarse de las mismas, tiene que apelar a las energías que en sí mismas representan un progreso para el conjunto de su evolución. Cuando se produce una situación de esta clase, en que el hombre se ha dejado, anteriormente, arrastrar por sus pasiones, se produce esa enfermedad que conocemos con el nombre de "difteria".

Ahora, ¿dónde podemos encontrar una influencia contraria que obre frente al principio del desequilibrio? Yo intuyo esta fuerza y este poder y también se puede emplearlo, pero...
(Silencio...)

-Y la pulmonía, ¿no es la consecuencia de un carácter disoluto y dado a vivir sensualmente, sea física o mentalmente? ¿Cómo se puede triunfar sobre todos los casos de pulmonía si no llega, precisamente, a reaccionar la individualidad humana contra las fuerzas sensuales atómicas?

Tal vez la tuberculosis pulmonar tiene una curación más fácil. Todo tuberculoso debe ser o haber sido materialista. La enfermedad puede sugerirle algo de espiritualismo y el ser humano interno puede combatir contra los efectos de la materialidad externa.

Entonces, el hombre que sale curado de su enfermedad ha alcanzado el fin propuesto que se va revelando en su enfermedad. Al triunfar sobre ella ha adquirido fuerzas mejores para reemplazar a las que, precedentemente, eran imperfectas, y que le permiten emplear las fuerzas nuevamente adquiridas para su propio bien y el de los demás. Entonces la curación es definitiva.

Pero, ¿y si muere? Es porque su ser le había hecho obtener ciertos resultados; pero no serían suficientes para poder auxiliar a los demás y entonces la muerte por la enfermedad sería la terminación de la obra comenzada.

Ahora, ¿cómo puedo enseñar a la humanidad la autocuración? ¿No sería maravilloso que cada hombre se curara a sí mis-

mo empleando cierta estimulación o perfección para triunfar sobre la enfermedad?

Si, pero el secreto consiste en atreverse a decir todo lo que se piensa y luego no tener miedo a la crucifixión.

La última frase causó risa a todos y Jonás Guerrero dijo:

-Doctor, usted tiene ideas muy raras y quisiera saber lo que dicen los médicos de estas nuevas ideas.

-Debe usted saber, señor Guerrero, que hay mucha diferencia entre un médico y un sanador. Con todo, hay muchos médicos que se convierten en sanadores; uno de ellos es Alexis Carrel. ¿Ha leído la obra de él titulada "La Incógnita del Hombre"? ¿No?, pues se la recomiendo porque la lectura de esta obra puede disipar muchas de sus dudas. Una persona puede curar a otra con masajes, drogas, etc... manteniendo en estos casos al paciente pasivamente, como la arcilla en manos del alfarero. No hay duda alguna de que estos tratamientos pueden hacer desaparecer las afecciones tratadas y puede el enfermo restablecerse temporalmente, porque no ha recibido la debida apreciación de las causas reales de su enfermedad y no comprende que ella es la consecuencia de la violación de las leyes de la naturaleza y seguirá, por lo tanto, violándolas, con el resultado de que la misma u otra dolencia vuelva a aquejarlo. La curación es un proceso físico. Sanar es radicalmente diferente, porque en este caso se exige que el paciente coopere espiritual y físicamente con el sanador. Hasta hoy suenan en nuestros oídos las palabras del Nazareno, quien, después de sanar al enfermo, le dijo: "No existe más que un solo poder ante el cual retroceden el dolor, las enfermedades y las desgracias: la moral".

¡Pero señores!, les estoy dando un examen sin darme cuenta y ésta no fue mi intención.

José Ignacio entonces exclamó:

-Le suplico, doctor, que nos siga instruyendo.

-Si, si -continuó Jonás Guerrero-, esto es nuevo para nosotros y muy interesante.

-Bueno, continuó. Los cuentos y las leyendas antiguas

siempre contienen una suma sabiduría. El hígado nos suministra justamente un ejemplo. Es precisamente el órgano de las ilusiones del mundo físico, siendo a la vez el órgano que nos encadena a la tierra. Ahora bien, aquél que, según la leyenda, dio a los hombres la fuerza, el fuego -Prometeo- fue encadenado a una roca donde un buitre le devoraba el hígado. El buitre de esta leyenda no significa el causante del dolor sino que nos demuestra que para poder emplear correctamente el fuego divino, debemos eliminar todas las ilusiones causantes del dolor y de las equivocaciones que radican en el hígado, y, Prometeo, el Cristo en el hombre, iba a permitir a éste dejarse enredar más en las ilusiones. La potencia enemiga de la ilusión debía venir y declarar que desde entonces en adelante, el dolor reinará sobre el ser humano.

De esta manera es como actúan en nuestra vida las potencias adversas causantes del dolor y de las enfermedades.

No debía haberlos conducido hasta estas honduras de la conversación, pero fue algo inconsciente y por ello les pido perdón.

José Ignacio habló:

-De mi parte, le estoy agradecido, doctor, y permítame obsequiarle, en recuerdo de esta entrevista, una obra titulada "Los Misterios de Oriente", la que se la traeré mañana o pasado y será un motivo para reanudar esta interesante conversación.

Efectivamente, después de dos días recibí la obra de aquel amigo, la que hasta ahora conservo con gratitud y agrado.

El señor Jonás Guerrero, durante la noche de aquel día, escribió en su diario, cuaderno N° LXXV, página 23, lo siguiente:

"Octubre 30. Hoy he conocido al doctor Jorge Adoum, terapeuta mental. Hemos conversado largamente, con José Ignacio y este libanés, en su consultorio. Los temas fueron muy variados pero todos alrededor del espiritualismo y de la filosofía ocultista. Cabe preguntar: ¿Es un iluso? A pesar de mi empedernido escepticismo en lo que toca a estos asuntos, me gustaría probar. Quizás este individuo me ayude; si es que encontrara el camino, la vida se me haría mucho más pasable, pero..."

• • •

Seguian los días saltando al precipicio de la Eternidad.

Jonás Guerrero comenzó a probar como se prometió. En su diario dice así:

"Noviembre 12. -Voy a comenzar la lectura de la obra de Carrel "La Incógnita del Hombre", a fin de hacer, como he pensado, una crítica de ella".

Y efectivamente, comenzó, según vemos en su diario, el estudio y la crítica de esta obra.

"Noviembre 13. -Carrel, "La Incógnita del Hombre", pág. 9.

El hombre es un conjunto indivisible de complejidad suma. ¿Es ésta una profesión de fe monista?"

Parece que las ocupaciones del señor Jonás Guerrero lo obligaron a abandonar el estudio de la obra de Carrel durante un año completo; por eso vemos que después de este tiempo vuelve a anotar sus críticas.

"Octubre 10, 1937. Carrel, "La Incógnita del Hombre", pág. 11.

Dice el autor que no percibimos al hombre como un conjunto y que en medio de procesión de fantasmas avanza una realidad que no conocemos.

¿No es ésta una imposibilidad característica de nuestro entendimiento?

Carrel, pág. 16.

Mucho más pequeños son los átomos, protones y los electrones y, a pesar de su pequeñez, sin embargo se han estudiado satisfactoriamente. No creo, pues, que sea el tamaño lo que impide su conocimiento. La causa, me parece que reside más bien en no haber inventado hasta ahora una técnica avanzada. Porque muchas cosas que parecían no poder conocerse jamás, han llegado ya a explicarse. Abrigo la convicción de que si es probable que aquellos factores desaparezcan".

• • •

Desde aquí en adelante ya no hay fechas y sólo cita al autor y las páginas de su obra.

"Carrel, pág. 22.
No tanto como seria de creer.
"Carrel, pág. 26.
Estoy absolutamente de acuerdo.
"Carrel, pág. 27.

Siempre he creido lo mismo. A mi juicio, los músculos se desarrollan en detrimento de la inteligencia. Casi todos los atletas, los hombres de gran musculatura, aun en universidades y colegios, son estúpidos. También he podido observar en mi mismo que después de un fuerte ejercicio físico, el cerebro trabaja mal. En cambio la euforia física es mucho mayor. Se siente más alegria de vivir. Pág. 27. Lo cual se explica fácilmente puesto que el alza del nivel intelectual no se consigue con la multiplicación de institutos docentes, sino con la manera de enseñar y con la cantidad de conocimientos asimilados por los alumnos.

"Carrel, pág. 28.

De acuerdo en absoluto. Sólo que yo no podria generalizar lo que pasa en este país.

"Carrel, pág. 43.

Asi pues, lo único razonable en el estado actual de la ciencia es la duda. Pero en mi opinión, si cabe, dado el temperamento intelectual de cada persona y según la clase de estudios que haya preferido cultivar, tener preferencia por una u otra de las dos hipótesis..."

Y de esta manera sigue Jonás Guerrero sus apuntes sobre la obra de Carrel. Cuando encontraba una hipótesis que concordaba con sus opiniones personales, la aceptaba de lleno y si no, la rechazaba. Por ejemplo, vemos este párrafo:

"Carrel, pág. 52.

Bastante inexacto me parece este párrafo. Por millares seguramente existen los libros sobre las pasiones del hombre, sus aficiones estéticas, su moral, etc... Las novelas psicológicas son incontables. Hay una legión de psicoanalistas dirigentes de la talla de Freud, Jung y Adler. ¿Por qué es nulo el resultado? ¿Por qué no existe técnica para ese estudio? Cada dia que pasa me

convenzo más de que todo método o técnica introspectivos resultan falsos e inútiles.

"Carrel, pág. 138.

Yo opino que ninguna "extraordinaria penetración" resultaría.

Creo que los clarividentes han de tener muy poca inteligencia.

"Carrel, pág. 125.

A pesar de todo, es decir, de la fuerza de razonamiento basada en los hechos reales, no me llego a convencer de que exista una teologia en los procesos orgánicos.

No podria, seguramente, rebatir satisfactoriamente los argumentos y mucho menos explicar estos fenómenos, o enunciar una teoria que estuviera libre de tacha; pero es lo cierto que mi espiritu se resiste desesperadamente a aceptar tal hipótesis, sin que pueda yo mismo darme cuenta de las causas de semejante impermeabilidad espiritual".

Como se ve, la obra de Carrel desbarató una parte del escepticismo de Jonás Guerrero y removió la otra parte. En su diario, con fecha 21 de noviembre de 1937, escribe lo siguiente:

"Asi, por ahora, me he propuesto leer detenidamente el libro de Carrel y hacer una crítica de él; pero me parece justo estudiar un poco siquiera de filosofia, para juzgar mejor la parte que de ella contenga la obra... y que modifica substancialmente las antiguas concepciones en puntos tan esenciales como el espacio y el tiempo, la causalidad, la materia y la radiación. Su efecto es la tendencia espiritualista de nuestros tiempos en fisicos y filósofos."

Y asi en las tinieblas de las dudas brilló un relámpago. Jonás Guerrero, además de su idioma, poseia el alemán, el inglés, el francés y el italiano; escribia en todos ellos con mucha perfección. Muchas veces en su diario apuntaba sus miscelâneas intimas y secrefas en una lengua extranjera. Estas notas son sagradas para el autor, por lo cual yo no puedo profanarlas.

Después del estudio de "La Incógnita del Hombre", Jonás se dedicó a estudiar muchas obras filosóficas. Aunque siempre du-

daba y criticaba, sin embargo, comenzó a practicar y desarrollar el poder de su voluntad.

En su diario, con fecha enero 2 de 1937, dice:

"Dejarse dominar por prejuicios e ideas erróneas es ser juguete de las pasiones y oscilar al vaivén de los caprichos del momento; es lamentable; quisiera ser duro como el acero, pero, como él, tenaz y flexible. ¿Es posible dominar el subconsciente por medio de la voluntad firme y reflexiva? ¿No podría trazarme una línea de acción y seguirla rigurosamente en todo momento y en toda acción?

No cabe duda de que mi voluntad es muy floja y débil. Debo comenzar una reeducación de ella, metódicamente. Lo que no puedo acertar a resolver es si este esfuerzo vale la pena hacerlo a la edad que tengo.

En este año que ha pasado, algún cambio, si bien pequeño, ha sobrevenido en mi vida".

En otro lugar dice:

"Me doy cuenta cabal de que el cultivo de las ciencias exactas y de las naturales hay que hacerlo muy temprano, y de que en ellas el medio ambiente es todo. Y, por tanto, hoy daría de mano a todas; me consagraría a la Historia de la Filosofía; y en cualquiera de las dos, a una rama (en la segunda a la Teoría del Conocimiento o a la Metafísica y en la primera, a una época determinada). Mas todo intento es vano al presente. ¿No vendría nunca la liberación?".

• • •

Seguían los días y los meses sepultándose en la Eternidad.

Jonás Guerrero seguía depositando sus intimidades en su diario.

Varias veces vino a verme y varias veces tuve que intervenir en la curación de algunos miembros de su familia, a la que Jonás quería con mucha ternura.

No quiso casarse para no traer a la adorada madre una nuera que posiblemente la molestara. También hubo otro moti-

vo: el factor dinero. No podía permitir que su familia sufriera necesidades, cosa que no podía evitar si formaba un hogar.

Seguía leyendo las obras místicas y teosóficas. Comenzó a estudiar la "Iniciación", de Steiner, y dice:

"No he pasado de los dos o tres capítulos, porque no podía creer en todo lo que dicen estos místicos que graciosamente nos ofrecen la taumaturgia como panacea universal de todos los males, y en especial para los enfermos del ansia de saber".

Con todo, él varias veces me agradeció por la curación hecha a un miembro de su familia, con estos términos:

-Tal vez éste es el Renacimiento de que tanto hablan los ocultistas: usted lo ha hecho renacer de nuevo.

Decía esto y sonreía bondadosamente.

Con el transcurso del tiempo llegó a tener una fe ciega en el poder curativo del espíritu, y por eso lo vemos estudiar la obra de Heyer titulada "El Poder Curativo del Espíritu". De repente venía a mí para consultarme sobre sus dudas; pero su nostalgia era muy grande.

Como un buen amigo, nunca olvidaba a los seres con los que compartía sus opiniones y sus dolores internos. José Ignacio era para él como un alma gemela.

Pero José Ignacio tuvo que abandonarlo para ocupar el puesto de cónsul en Bremen. Por eso vemos a Jonás nombrar a su amigo con frecuencia en su diario.

El 3 de octubre de 1937 dice:

"Ya son casi dos meses de la ida de José Ignacio. Cada día me siento más solitario, extraviado en este mundo".

Y en otro lugar:

"¿Por qué no podría yo dedicar todos los momentos libres a escribir y desarrollar, precisamente, en forma de conferencias -que, naturalmente, jamás las diré públicamente- mis opiniones y puntos de vista? Pues siempre experimento en mi fuero interno una especie de remordimiento al considerar lo sabio que me creen las gentes. Pero para escribir un libro como Carrel o los de Jeans o Eddington, se necesitan años y más años de paciente estudio y de reflexión.

"Mi afición antigua a la biología, con la lectura de la obra de Carrel, ha vuelto a cobrar impulso, y se ha encendido el deseo de tornar a su cultivo con más ímpetu".

Fue profesor de matemáticas y luego de geología en la Universidad Central. Ocupó algunos cargos públicos. Siempre pensó escribir algo sobre la geografía del Ecuador, dándole una fuerte base geológica. El objeto o idea directriz podía ser la interpretación de los rasgos fisiográficos del país por el levantamiento de la cordillera de los Andes y por la erosión subsiguiente:

"...Pero al mismo tiempo traducir, preparar las conferencias de filosofía y entenderse en las publicaciones (geológicas) parece un poco difícil".

Siguen los días desprendiéndose como hojas del árbol del tiempo y siguen las ideas del profesor Jonás Guerrero clavándose en su diario. El anota la lectura y la crítica de centenares de libros en todos los idiomas que perfeccionaba. No me es posible en este pequeño trabajo citar todas; pero puedo decir que trataba de culturizarse en todas las ramas de las ciencias antiguas y modernas.

Varias veces dejó de fumar y siempre volvía después de un tiempo al mismo vicio; no inventaba disculpas, como otros. Al contrario, se quejaba de la debilidad de su propia voluntad.

Durante los últimos años efectuó muchas excursiones interesantes para estudiar la geología del país.

Muchos reveses de fortuna lo acometieron, pero el golpe más terrible fue el producido por la enfermedad de su adorada madre, la que destrozó completamente su ánimo, aunque, al mismo tiempo, abrió ante él una ancha puerta para la meditación.

Un párrafo de su diario dice así:

"Y en mi caso particular, creo que de súbito he llegado a la comprensión de que ando extraviado y confundido al pensar que lo conveniente para mi estructura espiritual es la soledad, el replegamiento sobre mi mismo... ¡Amarga redención cuando me hallo ya en los umbrales de los 60 años! ¿Qué remedio, qué línea de conducta debo adoptar en vista de estas consideraciones?

Aquí el espíritu comienza a sentir una terrible confusión y a nadar en un penoso mar de incertidumbres. Porque lo lógico parece que sería tomar una resolución, un camino, y seguir por él con energía y sin vacilar. Pero no llego a ver claro ni a tener esa energía...

¿Qué es pues, lo que domina en el hombre de la civilización actual, el espíritu o el cuerpo? ¿No es posible escapar a la mutua dependencia? ¿No despliegan cuerpos mal nutridos, escuálidos, sin la menor fuerza física, energía sobrehumana? ¿No brilla y arde magníficamente en el interior de aquellas ruinas corporales una llama viva y fulgurante que sostiene y encauza todas las energías? Recuerdo a San Francisco de Asís, a Gandhi, a Pascal, a Carlyle, a Beethoven, a cientos y cientos más. La fuerza nerviosa y su capacidad es todavía un misterio. Y la fuerza, o el fluido, o la corriente nerviosa, ¿qué relación tiene con lo que hemos convenido en llamar voluntad? ¿No son ambas una sola y misma cosa: energía?

Acabo de leer "El Poder Curativo del Espíritu". Aunque la impresión que ha producido en mi mente es bastante fuerte, no ha sido capaz de remover por completo las dudas y desconfianzas que mi pobre espíritu enfermo y cansado, crónicamente, ha abrigado siempre. Sin embargo, la soberbia y orgullosa incertidumbre que mi antiguo materialismo erigió en dogma, ha sufrido con el correr de estos últimos tiempos, una sacudida. A pesar de todo, de su lectura he salido con un poco de tristeza. Procurando investigar la causa que la produce, creo encontrarla en el hecho de que he pensado en que, en esta tierra apocada y miserable, ni siquiera le es dado a una persona como yo consultar a un especialista de psicoterapia, que, seguramente, no tendría gran trabajo para curarme.

El ansia de libertad espiritual produce en mí una fuente inagotable de desasosiego y angustia. En fin, creo que estoy en buen camino para aprender a esperar.

"20 de noviembre de 1940. -Esta fecha quedará grabada para siempre en mi memoria. Después del cruel suplicio de tres meses y medio de dolores atroces y sufrimientos sin tregua, mi

adorada mamacita se fue para no volver nunca más. ¡Qué días de aflicción, qué ansia de huir y no pensar!

¿Por qué no la mimé más, por qué no la cubrí de besos cuando aún era tiempo, por qué mi cariño no la pudo salvar de caer en el abismo insondable y negro que se abrió ante ella?

Aún no puedo creer que sea un hecho real, aún ahora me parece que es una ausencia temporal y, cuando la verdad aparece de súbito en la conciencia, siento un choque brusco, como de un golpe físico que me causa un padecimiento indecible..."

Jonás escribe largamente y describe minuciosamente sus sufrimientos. Luego dice:

"Todas las filosofías, todos los sofismas de la razón, todos los consuelos que nuestra miseria inventa, son palabras vanas, meros ruidos vacíos sin sentido. ¿No hice tal vez lo suficiente para salvar su cara vida, tan preciosa para mí? ¡Qué remordimiento han terrible! ¡Qué ira, qué accesos de furor ante el hecho consumado, ante las cosas sin remedio!

Sí, no cabe duda, la fe tranquila y ciega en la supervivencia de lo mejor que hay en nosotros ha de ser una gran consolación. ¡Debe ser! Y sin embargo, no he podido ni pensarlo, ni sentirlo. Estoy pues condenado."

Y aquella noble alma se recrimina a sí misma diciendo:

"¿Por qué fui tan cruel, en darle motivos de aflicción? ¿Por qué no le entregué mi corazón en un abrazo?... ¿Qué va a ser la vida de hoy en adelante? No lo sé, ni me atrevo a pensar en ello. Sólo alumbra en mi espíritu la inquebrantable resolución de que su dulce recuerdo me acompañe en todo instante, de que por el gran amor que me inspiró y que jamás se ha de borrar, sea mi vida más pura, más intachable mi conducta en toda circunstancia, más elevados y más nobles mis pensamientos y más viva y ardiente mi fe en el ideal".

Efectivamente, la muerte de aquella madre querida desarraigó muchas ideas antiguas del pensamiento de Jonás Guerrero y sembró en su lugar muchas ideas nuevas y, así, aquella alma noble ahora se eleva cada día más, ahonda y penetra, porque vuela siempre con mayor rapidez, porque abarca

y concentra al mismo tiempo. Y esto, precisamente, no lo puedo expresar con palabras frías y someras.

"¿Por qué, pues, la expresión verbal no traduce la emoción que en el alma produce el agua que corre mansamente o se despeña furiosa y que da al viento un dulce rumor o un ensordecedor grito...? ¿Y los estados del alma? La música, en cambio, es un maravilloso instrumento de expresión para lo interno y externo. ¡Qué loco fui al no seguir cultivando la música!".

• • •

Tres años más de sufrimientos y abatimiento, de enfermedad y de mejoramiento, de lectura y de crítica de obras.

Animo deprimido, lucha continua consigo mismo y con los demás. Jonás Guerrero siempre ha deseado escribir obras, novelas científicas, textos de enseñanza: "Pero siempre tropiezo -dice- con la falta de tranquilidad para dedicarme a cualquier trabajo serio y con mi incapacidad manifiesta para dedicarme a la vez a varios trabajos que no tengan íntima conexión entre sí."

En otro lugar dice:

"Así voy dando tumbos en la vida, sin encontrar nunca ni la verdad, ni el camino; sin hallar tampoco la verdadera vida; como un sonámbulo, como un enfermo que está ya medio muerto".

Otras veces llegó a dudar y a afirmar otras; quería conocer las cosas por sus causas y siempre llegaba a la causa sin causa y allí se detenía desarmado.

El último día de su diario dice lo siguiente:

"Mayo 11 de 1944. -Acabo de leer "Mis Confesiones" de Máximo Gorki: como todas las obras de este gran novelista ruso, me ha dejado una grata impresión. Naturalmente la tesis sostenida en la novela me deja indiferente, hasta cierto punto, solamente. Pues creo firmemente que domina ahora la injusticia en todas partes, en la repartición de los bienes de la tierra; que es monstruosa y antinatural; que hay que luchar implacablemente contra ella hasta ahogarla, y que es indispensable instaurar un

nuevo régimen sobre las cenizas del actual. Pero no creo que sea el pueblo, la gran masa anónima, la que efectuará el movimiento y alcanzará el resultado feliz; le faltan luces y le sobran rencores y malevolencia. Pienso que ésta será la tarea de los intelectuales, pero de los que entre ellos tengan sano el espíritu y el corazón, de aquellos para quienes los conocimientos no han servido para corromperlos y pudrir su alma, y no de aquéllos que se han vuelto capaces de las mayores bajezas con tal de satisfacer su ansia de gozar."

En un día de los primeros del mes de junio fui llamado de urgencia por el profesor Jonás Guerrero.

Hacía algunos días que se hallaba gravemente enfermo y fue tratado inútilmente por algunos médicos. Angina de pecho. Los dolores eran fuertes y agudos. Mucho se quejaba de dolor y de desvelo.

Cuando llegué, me dijo:

-Doctor: aplique su mano aquí, en este corazón que me mata. Puede ser que usted tenga el poder de calmar los trastornos de esta nueva Ciudad de Jerusalén. ¡Ay, doctor! Yo soy como Moisés, que contempla de lejos la Tierra Prometida sin poder entrar en ella.

Yo, con una leve sonrisa y para tranquilizar su ánimo, le dije:

-Tenga paciencia, amigo; yo voy a calmarle sus dolores; pero, ¿qué entiende usted por Tierra Prometida?

-Tierra Prometida es la paz interna. Déme esa paz interna.

A los cinco minutos, Jonás Guerrero estaba dormido tranquilamente; pero aquel alivio momentáneo despertó en él el ansia de ser tratado por mí diariamente.

En los siguientes días me esperaba casi con desesperación; cuando estaba a su lado, se sentía feliz y alegre. El no creía en su restablecimiento, mas todo lo que anhelaba era solamente el alivio del dolor y la paz interna.

Al fin, el día 13 de julio, y sólo en presencia de su mejor amigo, José Ignacio Burbano, su alma desechó su cuerpo dolorido para volver al Océano de la Eternidad.

* * *

Hasta aquí el lector puede hojear una historia de la que no pude hacer una novela.

El resto no vale la pena de llamar la atención de nadie, ni de ser leído, porque no es más que un... sueño..., un sueño tal vez tonto..., producido por la impresión que causó en mi la vida y la muerte de Jonás Guerrero.

En una noche del mes de julio, estando yo solo, comenzó mi mente a divagar y a saltar de un recuerdo a otro hasta llegar al recuerdo de Jonás, y allí se detuvo.

Luego, quizá me dormí y lo vi sentado a mi lado con toda naturalidad. Aquel sueño o visión no me causó extrañeza. La impresión fue tal como si yo la esperara.

Jonás Guerrero me dijo, no con palabras, sino con el pensamiento:

-Estaba yo acostado; a mi lado se hallaba José Ignacio leyendo un libro; sentí un pequeño estorbo en la garganta, traté de eliminarlo con la tos, y tosí; sentí una brisa perfumada, oí con atención, vi que todos entraban en el cuarto y me pareció que decían "¡Murió!" y lloraban. Traté de hablar y no pude; sentí que con sumo cuidado me cerraron los ojos y entonces vi todo lo que me rodeaba; mi compañero me miraba en silencio y triste; toda la familia lloraba y yo decía entre mí: "¿Acaso habré yo muerto?" No puede ser, si yo lo veo todo aun a través de mis ojos cerrados; que no vayan a enterrarme vivo porque no me parece que haya muerto. Sí, mi cuerpo está pálido como la cera. Mi rostro, inmóvil. Luego vi a mi madre. Su amor me sacó de esa perplejidad. Ella me dijo: "Duerme, hijito adorado, duerme en mis brazos". Efectivamente dormí con todo el placer como cuando era niño. Después de no sé cuánto tiempo, me desperté; mi madre seguía a mi lado y me habló de muchas cosas y se despidió de mí para otra ocasión. No quise que se fuera, pero no pude retenerla...

Después me pareció que me separaba de mi cuerpo definitivamente y me sentí más ligero. Quise andar, pero no pude y volé como cuando soñaba, siendo aún niño. Todo era oscuro, llamaba a mi madre y oía su voz que me decía, al igual que

cuando era infante: "Ven solito, solito." Yo hacia muchos esfuerzos y llegué a ver una débil claridad suficiente para hacer destacar en el fondo del cielo una montaña y tenia que subir a su cumbre, que era muy alta e inacabable. Oí solamente la voz de mi madre que me decia: "Esta montaña está formada por tus ilusiones, tus dudas y tus apegos a lo que llaman los vivos, ciencias. Tienes que prepararte para nuevos trabajos, ahora que has muerto, para deshacer tus ilusiones.

-Nuevos trabajos -dije yo-. ¿Y dónde?... ¿Con quién? Al preguntar esto, vi que era de dia. ¿El dia que no tiene fin? ¿El día Eterno? Estaba solo, solo. ¡Qué martirio! Luego vi a mi madre muy lejos; la vi hermosa como cuando joven. Ella me sonreia con todo amor. Quise llegar a ella. No pude y le dije: "¿Cierto es, madre mia, que vivimos siempre?" Y ella me contestó: "Hijo mio, tienes que luchar mucho para llegar a sentir la vida eterna. Todo el mundo habla de muerte y por eso los hombres se matan entre ellos. El mundo debe pensar en la vida eterna; los hombres deben desarrollar el amor, el amor que regenera, el amor que salva".

Después de escuchar sus palabras me quedé solo, solo, ¡solo!... Veia allá lejos... muy lejos, figuras confusas. Aumentaba mi soledad. No sé el tiempo que permaneci sin saber a dónde dirigirme. Yo me desesperaba, corria, volaba, diciendo: "¡Quiero llegar a un punto sea cual sea! ¡Siempre solo!" Así estuve mucho tiempo; pero, ¿qué es el tiempo? Yo preguntaba: "¿Dónde están mis amigos?"

No veia a nadie. El pensamiento de mi madre seguia sonando en mi mente: hay que luchar para sentir la vida. Veia muchos espíritus, no sé si puede usted entender esta frase; veia muchos espíritus pero todos huian de mi y yo no podia alcanzarlos.

Quise volver a la tierra porque entre tanta confusión me encontraba tan mal, tan mal, ¡tan solo!, que recordaba a la tierra con placer.

Este es el hombre, cuando está en la tierra: al menor sufrimiento pide la muerte, y cuando llega acá por la muerte, quiere volver a la tierra. Allá en la tierra siquiera se trabaja. Vuelvo a la

tierra y a pesar de las bellezas de sus flores, que son como las palabras escritas en ella, encuentro los hombres, como carniceros, que se matan entre ellos. ¿En dónde está Dios? Nadie le ha visto. Es como la electricidad en la tierra: se sabe que existe, pero no se la ve.

Una vez me visitó un ser de luz, me habló y yo le pregunté: -¿Por qué no puedo volar yo con tanta rapidez? Y él me contestó con bondad:

"-Dios es una vibración rapidísima, porque es amor. Aquél que ama más, vibra más; es la vibración rápida del amor la que nos acerca más a El".

En otra ocasión un espíritu me dijo: "El Amor es el misterio de los misterios, es la fuerza de las fuerzas, es la sensibilidad de las sensibilidades: *es Dios*. El amor y la fuerza son un solo misterio. Dios por el amor se hizo hombre; el hombre, por el amor se hace Dios. El Amor es dar sin recibir. El Amor es la sed de dar. El Amor es la inmortalidad entre la vida y la muerte. El Amor absoluto es la misma eternidad sentida por el hombre." Mucho me habló aquel ser de Luz sobre el amor. Quiero amar pero no sé amar en Espíritu; tengo que aprender.

Nuevamente me quedé solo, solo. No sé adónde ir, porque aquí en el espacio no hay arriba ni hay abajo; todo es un mar de Luz.

Quiero volver a la tierra, quiero tener otra vez un cuerpo, pero me siento todavía atado a esta luz que me une al espacio.

Yo quiero amar porque siento que el infierno es la imposibilidad de amar (1) y el cielo es amor. Ahora sí vislumbro por qué los hombres no pueden sentir a Dios, porque no saben amar y "Dios es una vibración etérea rapidísima, porque es amor. Aquel que ama más, vibra más; es la vibración rápida del Amor la que nos acerca a él".

* * *

Quería, Jonás Guerrero, seguir su confesión, pero en este mo-

(1) Dostoievski: "LOS HERMANOS KARAMAZOV."

mento me llamaron y tuve que descender del mundo del alma, al del cuerpo físico.

Este sueño es raro, querido lector, pero es... un sueño... y no ha de interesarle mucho. Por eso le dije al principio: no vale la pena el llamar la atención, ni el ser leído...

HISTORIA DE "EL LIBRO SIN TITULO DE UN AUTOR SIN NOMBRE"

Tenia 21 años cuando naci por segunda vez y a mi segundo nacimiento se abrieron mis ojos a la deslumbradora luz.

Hasta entonces yo era un náufrago en el Océano de las impresiones naturales y de las inspiraciones de los libros y volúmenes. Mi vida se deslizaba serpenteando entre el amor y la duda; mi alma semejaba al desierto: lo tragaba todo y no producia nada. Buscaba en vano el objeto de la vida y procuraba, inútilmente, descifrar su porqué. Mi cabeza y la tienda en donde servia tenian un punto de semejanza: en mi cabeza habia reunido teóricamente muchas ciencias y todas las artes, y en la tienda, el dueño habia reunido toda clase de articulos, pero el dueño de mi tienda tenia un provecho, mientras que en mi cabeza no habia más que confusión que aleteaba sobre mi, semejante al Espiritu sobre las aguas, del Génesis.

Quisieron mis finados padres que yo aprendiera algún oficio, pero esta idea era para mi una blasfemia. ¿Yo, el joven intelectual, que escribo versos, que hablo bien, meterme de zapatero o carpintero? No y mil veces no; yo no puedo dividir mi inteligencia en dos, y el intelectual no puede ser un trabajador. ¿Por qué las revistas y periódicos negaban publicar mis escritos? Por varios motivos y el mayor de ellos es la ignorancia que no sabe apreciar las joyas literarias. Redactores y lectores son ignorantes. ¿Cuántos ejemplos tengo en los clásicos antiguos que no fueron apreciados durante la vida sino después de la muerte? El ambiente en donde vivo es retrógrado; yo no debi haber nacido en él, pero ¿qué quiere?, una fuerza, ciega y loca a la vez, obliga al

hombre a nacer en donde no conviene; hay que tener paciencia.

La mayor sabiduría es el conocimiento de sí mismo y yo me conozco perfectamente.

Nací en febrero y en este mes nacen solamente los reformadores de la humanidad, y yo he de ser uno de ellos; de padres pobres, no importa: los más ilustres sabios salen de los chiribitiles.

Me embriago algunas veces por semana. No importa; siempre a los poetas les gusta adormecer sus sentimientos. Soy algo libertino. ¿Y quién no lo es en nuestro tiempo? Hay que correr con la civilización y no contra ella.

En fin, yo me conozco y el lector también me conoce: un joven moderno intelectual, pobre y perezoso. Un zángano en la colmena de mi familia.

Pero aquella ley a que la llamé ciega y loca, siempre sale con la suya. En un solo año, murieron mis padres y me dejaron la orfandad por herencia. Mis mejores amigos se apartaron del olor insoportable de mi pobreza. Mis amigas huían de mi presencia como si tuviera en la frente la señal que puso Dios en la frente de Caín, y mi estómago, aquel peor enemigo, clamaba continuamente y no me dejaba un momento tranquilo.

Maldita patria que no sabe honrar a sus profetas y reformadores: tengo que abandonarte. Mi padre siempre repetía una máxima: Cuando te amenace la estrechez de un país, huye a otro.

Vendí el reloj que me obsequió mi finado padre en mi cumpleaños; vendí mi mejor ropa de antaño y los últimos muebles de la casa y en una noche oscura desaparecí de mi ciudad natal.

Dos meses anduve a pie en busca de trabajo, pero como no sabía hacer nada, no encontraba colocación. Las ciudades estaban llenas de desocupados y tuve que huir a los pueblos. ¿Cómo pude mantenerme durante esos tiempos? Esta pregunta no es esencial puesto que no estoy escribiendo mi biografía. Lo cierto es que llegué a un pueblo muy pintoresco, de clima muy benigno; pedí trabajo en la única tienda que había en aquel

pueblo y el dueño sólo me dirigió una pregunta: "¿Sabes hacer cálculos? ¿Sí?"

-Entonces, te quedas conmigo.

* * *

Nosotros, los que hemos vivido en las grandes ciudades, hemos olvidado o ignorado completamente la vida de los habitantes de los pueblos arrinconados en todos los países. La corriente de la civilización moderna nos arrastró al embravecido mar y nos hemos olvidado de la hermosa filosofía campestre, cuya vida sencilla está llena de pureza. Nosotros somos más ricos pero los campesinos son más nobles de espíritu. El campesino ríe como la primavera y llora como el invierno, ante su alegría y su tristeza. Sus labios nunca conocen la sonrisa hipócrita ni sus ojos las lágrimas de cocodrilo.

El labrador sale muy de mañana cargando su arado, arreando sus bueyes, oyendo el canto del mirlo y el canto de las ranas. Al mediodía se acerca a un riachuelo, almuerza con un apetito envidiable dejando las migajas a las aves y, de tarde, cuando el horizonte absorbe el disco solar, vuelve a su casita y se siente con alegría oyendo el gorjeo de sus pequeñuelos, disfrutando de sus abrazos.

En el invierno lo vemos sentado cerca del brasero, oyendo el silbido del viento y el clamor de los elementos.

La vida del pueblo en el cual encontré mi empleo me encantó y paulatinamente me adapté a ella, hasta que llegó a formar una parte de mí mismo.

Era un día de primavera. La lluvia había cesado y la naturaleza comenzó a despertarse de su letargo; las nieves habían desaparecido; mas prestaron su blancura las flores del manzano, peral y almendro. En el pueblo había adquirido la costumbre de despertarme temprano y hacía un paseo matutino. A veces iba hasta el río cercano y otras me introducía en el bosque contemplando aquel despertar encantador de la naturaleza.

En una de aquellas embriagadoras mañanas, tomé por rumbo el camino que conduce a la colina situada al sur del pueblo, desde donde se domina una vasta región de aquella provincia,

con algunos brillantes picos lejanos, cubiertos de nieve, únicos restos de un invierno extinguido. Era una mañana hermosísima y serena: el cielo estaba exento de toda mancha; mi alma semejaba un espejo que refleja la hermosura del panorama y mi corazón las grietas del valle que repite el eco del gorjeo de las aves. El sol iba a salir detrás de las montañas liberándose de las cadenas nocturnas como se liberan los pensamientos de la imaginación del poeta. Yo iba contemplando el rocío sobre las hierbas como brillantes incrustados en esmeraldas. A veces levantaba la vista hacia los picos cubiertos de nieve y veía aquel tinte dorado que arroja el sol sobre aquella blancura y me pareció que el Gran Joyero fundía en su crisol la plata con el oro.

Al fin, llegué a la cumbre de la colina; el disco solar asomaba, lentamente, detrás de la montaña, como si una mano invisible lo detuviera en su elevación o como si estuviera cansado, como yo, de subir la cuesta.

Por primera vez quise y pude contemplar la salida del sol; pero ¿qué pasa? No estoy solo en la cumbre, oigo una voz humana.

Me adelanto algunos pasos y veo a un hombre de pie, a sesenta metros de distancia, más o menos, en una postura muy extravagante. Su cara hacia el sol, sus brazos extendidos en forma tal como quien desea recibir o abrazar o rechazar a alguien o algo. Balbuceaba palabras extrañas e incomprensibles; a veces trazaba en el aire con la mano derecha unos signos y figuras extrañas, pronunciando varios sonidos articulados, de los cuales no pude retener ni uno solo.

¿Qué hace este hombre, con quién está hablando y qué significan sus ademanes?

Formulé estas tres preguntas interiormente y una sola contestación me di a mí mismo: "Loco."

La curiosidad y el temor se apoderaron de mí. El temor me impedía acercarme a él y la curiosidad me incitaba a contemplar hasta el menor movimiento; al fin, y después de largo rato, el miedo me venció y para justificarme dije: "Ya es hora de trabajar."

La curiosidad es a veces el verdugo del hombre. Atendía a los parroquianos y en mi mente flotaba la imagen de aquel ser extraño. Quise borrarla con mi ocupación pero mis esfuerzos resultaban inútiles. Cada vez que me quedaba solo en la tienda, se apoderaba de mí una inmovilidad y mis ojos se clavaban en un punto, que puedo decir imaginario, mientras que mi pensamiento flotaba alrededor de una sola idea.

-Buenos días, joven.

La voz del recién llegado me despertó de mi sueño pero de una manera brusca y, no lo niego, temblé como cuando un timorato desprevenido recibe un susto. Era el mismo hombre, el blanco de mi preocupación.

-¿Por qué se asusta? -continuó-. Esto demuestra que es uno de los tantos cuya atención nunca es sostenida en lo que hacen. Joven, tiene que reprimir esa mala costumbre y desarrollar esa facultad, porque sin ella no hará más que enredarse sin sentido y sin resultado y...

En ese momento entró mi patrón en la tienda y el desconocido prosiguió diciendo:

-Déme dos libras de azúcar y dos paquetes de jabón.

Atendí silencioso al cliente; pagó el valor de las compras y se despidió.

-¡Patrón! ¿Conoce a este señor?

El dueño me miró largamente y dijo:

-Ninguno en este pueblo puede contestar a esta pregunta. He conocido a este hombre hace dos años, cuando llegó. Compró una finca a un kilómetro del pueblo y allí vive con un sirviente mudo; digo mudo, porque nadie lo ha oído hablar.

Dicen que se llama Amenti; yo nunca se lo he preguntado. No visita ni es visitado por nadie. El es el ídolo de los muchachos del pueblo; todos lo quieren como a un padre. Muchas veces se reúne con ellos a la orilla del río y les narra cuentos fantásticos, pero moralizadores. Los pequeños vuelven alegres cada vez que se reúnen con él, aseados y respetuosos. Teníamos un jovenzuelo insoportable en el pueblo, cuyo único oficio era buscar querellas y boxear; tres veces fue expulsado de la escuela por su

mala conducta, y una vez fue hasta la orilla para maltratar a sus compañeros mientras estaban con el misterioso extranjero. Entonces éste lo llamó a su lado y no se sabe lo que le dijo al oído. Desde aquel día fue un modelo de rectitud y educación.

Dicen que es muy déspota con los mayores; un día el maestro de la escuela quiso entablar una conversación con él y, al encontrarlo examinando una roca, le dijo:

–Dicen que esta roca eruptiva fue lanzada por el volcán en el año 1330; ¿qué le parece a usted, señor?

El desconocido lo miró quedamente y le respondió:

–Puede preguntárselo a su abuela que es más anciana que yo.

Dijo esto y volvió a su detenido examen.

Aquí en el pueblo cuentan de él y de su aislamiento miles de historias. Unos dicen que es un filósofo que se alejó del mundo para escribir sus ideas, y otros dicen que es un misántropo; lo cierto es que hasta ahora nadie ha podido penetrar en su misteriosa vida.

En esos momentos entraron algunos clientes. El patrón tuvo que cortar la conversación y yo tuve que sufrir lo indecible, porque él no era siempre comunicativo.

Pasaron semanas y la vida misteriosa de aquel desconocido siempre excitaba mi imaginación y llenaba mis pensamientos. Varias noches soñé con él y me despertaba alegre del sueño. Recogí varios datos sobre nuestro hombre pero eran confusos y contradictorios. Todos los domingos y días de fiesta merodeaba, algunas horas, la finca en donde vivía, como sabueso. Varias ocasiones, mi tentación de tocar la puerta y entrar fue grande; pero ¿con qué pretexto? ¿Qué le diría para justificar mi visita?

El deseo es un poder ingente; hoy comprendo este secreto. El sabio que dijo: "Querer es poder", debe haber sido un superhombre. El hombre que sabe lo que quiere, obtiene infaliblemente lo que desea, pero la mayoría de la humanidad vive con anhelos fugaces y pensamientos quiméricos.

El pensamiento es la forma mental abstracta que posee en latencia todo poder; iguala al hombre dormido que no se da

cuenta de nada; pero cuando se despierta de su momentánea muerte, reanuda su actividad. Así es el pensamiento mientras flota en el cerebro; sin deseo es un cadáver inerte, pero cuando se satura con el deseo, se llena de vida y se convierte en un ser creado que se adhiere a su emanador, como su propia sombra, para recompensarlo o castigarlo según su índole y naturaleza.

En un día caluroso de junio, yo estaba sentado a la orilla del río; la naturaleza sonreía, alegre como una madre que dio a luz a su hijo; mientras yo contemplaba el agua que serpenteaba entre las enormes rocas, produciendo aquel ruido característico, como quien canta los himnos de su libertad, oí una voz que me decía: "Joven, el ruido del río hipnotiza. Otra vez no debes colocarte tan cerca del agua, cuando quieras contemplarla".

Era nada menos que el misterioso Amentí quien me dirigía la palabra. Traté de ponerme de pie y decirle algo, pero no pude articular más que la palabra: "Señor".

El me dijo con un tono algo suave y en su rostro se esfumaron los rasgos duros:

-Joven, hace tiempo que me persigues con el pensamiento y muchas veces has tratado de penetrar en mi casa. ¿Qué quieres de mí?

Traté de abrirle mi corazón y decirle muchas cosas, pero mi lengua no se movió. Sólo mi suplicante mirada interpretaba mis pensamientos y anhelos. El se sonrió. Se sentó a mi lado y colocó su mano derecha sobre mi hombro. No puedo explicar lo que sentí. Un temblor delicioso se apoderó de todo mi cuerpo, igual al que sentí cuando, en mi primer amor, oí estas palabras: "Sí, te quiero".

-Serénate, hijo mío, porque sin la serenidad no puedes llegar fácilmente al fin de la jornada. De tu contemplación al río debes obtener una enseñanza; estando sediento, no debes mirar el agua que va, sino la que viene hacia ti para saciar tu sed: de la misma manera la sed del saber no se apaga con la agitación y la curiosidad. Estoy leyendo tus pensamientos: tú me persigues día y noche, quieres conocerme y aprender de mí; no me disgusta tu deseo, pero sí tu curiosidad. Sé menos curioso y te educaré

gratuitamente. Has errado mucho en los pocos años que has vivido y es menester sufrir las consecuencias.

Aquel tono suave de su voz me animó un tanto y pude decir:

-Señor, efectivamente, estoy sediento y mi espíritu es un precipicio sin fondo; nada le satisface ni nada lo puede llenar. A veces me siento capaz de abarcar el Universo entero en mi corazón y otras me veo tan pequeño como el más mísero gusano de la tierra. Siento que hay en mí dos seres, dos entidades, dos personas que no sé cómo llamarlas: una busca el amor, la felicidad, la belleza, la luz y la eternidad, mientras que la otra se adhiere a la ambición, a la desgracia, a la oscuridad, a la ignorancia. Mi corazón se ha convertido en escenario de esas continuas luchas.

Ninguna quiere ceder y yo tengo que soportar a las dos. ¿Qué serán esos anhelos y esas ideas que vuelan y pasan como una bandada de palomas? ¿Qué serán estos resultados tristes y alegres que abrazan mi alma y mi corazón? ¿Qué serán estos ojos que me miran día y noche y esas voces que lloran por mis días y cantan por mi juventud?

¿Qué será esa vida que se burla de mis sentimientos y se alegra por mi insignificancia? ¿Qué será ese mundo que me conduce a lo desconocido? ¿Qué será esa tierra que abre sus mandíbulas para tragar los cuerpos y abre su pecho para sus ambiciones? ¿Y ese hombre satisfecho con amar a la felicidad sin poseerla, que pide el beso de la vida y la muerte la abofetea, que compra un minuto de placer por un año de arrepentimiento, que corre con los ríos de la ignorancia al golfo de las tinieblas? ¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios?

El señor Amenti escuchaba mi discurso con una sonrisa en los labios; no pude saber si era de burla, de compasión o de interés; su fisonomía era insondable. Su mirada era tan penetrante como la luz solar que ningún ojo puede sostener. Dos veces crucé mi vista con la suya y sentí un fuerte golpe en mi entrecejo. Yo hablaba mirando a veces al río y otras a las hierbas de la orilla.

-Joven, tu conversación trajo a mi memoria un recuerdo de mi niñez. Cuando tenía cinco años, dirigía a mi padre preguntas

de las que nunca podía comprender sus respuestas, como las siguientes:

¿Por qué las estrellas están siempre encima de nosotros? ¿Por qué se va el sol?... y mi padre, para satisfacer mis preguntas, me decía: "Porque nosotros vivimos bajo las estrellas y porque el sol va a dormir como nosotros, ya que tiene sueño". En este momento me encuentro en el mismo caso que mi padre y no sé qué contestación darte. Tú quieres ver el Universo y descifrar sus misterios con el ojo y la inteligencia humanos. ¡Pobre necio! Véte al campo y encontrarás a la abeja libando las flores y al león arrojándose sobre su víctima. Sé como la abeja y no gastes los días de la primavera contemplando al león.

"A ti, que pretendes saber los misterios del Universo, ¿se te ha ocurrido alguna vez estudiar, siquiera tu cuerpo físico? Tú eres como aquéllos que quieren reformar al mundo, siendo ellos los que más necesitan de reforma. Sé, hijo, como el niño, y alégrate con los juguetes mientras sirven, pero no debes llorar si los pierdes. Todo lo que ves ha sido y será para ti. Si no fueras dual, no podrías tener una existencia objetiva. Debes contemplar la lucha en ti porque es el emblema de la existencia. Tus ideas y pensamientos son tus instrumentos de creación. Los resultados tristes y alegres son la semilla que tu pasado ha sembrado en el campo del alma y tu futuro cosechará sus frutos. La juventud que juega con tus anhelos es la misma que abre tu corazón a la luz. Las mandíbulas de la tierra son las que liberan a tu alma de la esclavitud de tu cuerpo. No es el mundo el que te conduce a lo desconocido, sino que tú estás conduciendo a tu mundo en el seno del infinito. Dime, ¿por qué las aves del cielo y las flores del campo viven siempre felices? ¿Por qué ellos no temen a la Madre Naturaleza a pesar de su cólera y sus tempestades, mientras que los hombres la ven detrás de los vidrios? Véte, hijo mío, véte; deja que la lluvia te bese porque ella se desvive por ti. Estudia la Naturaleza en tu cuerpo y no tengas miedo por tu pellejo, que es muy duro y no se deslíe ni se funde fácilmente. Acércate a tu Madre y aprenderás de ella la lealtad, la fuerza y la magnificencia.

"Si tú estás en un buque a punto de ser tragado por las furiosas olas del mar, no debes perder tu tiempo en llorar y quejarte, porque el llanto y el quejido apartan tus sentidos de las bellezas naturales que se presentan a tu alrededor. Es la Madre Naturaleza con su terror y su poder. No digo que no debes orar a Dios para salvarte, pero también debes de agradecerle porque te deparó una ocasión de ver el mar en su furia y experimentar esas sensaciones emanadas de sus olas embravecidas. ¿No crees que esa vista es digna de tu contemplación? ¿Acaso todos los días podemos ver esas raras maravillas de la Naturaleza?

-¿Y si me tragan las olas? -dije sin darme cuenta de lo que había dicho.

Amenti me miró de reojo y me dijo con tono que no carecía de burla:

-¿Acaso tú mereces el honor de ser tragado por las olas enfurecidas? El cobarde muere cien veces al día y no merece morir una vez en el combate. Sin embargo, supongamos que te sorprende la muerte en el mar o en tu lecho. ¿Acaso puede disminuir algo de tu alma eterna? ¿Por qué temer? ¿Acaso el hombre puede temer a Dios? ¿No sería absurdo que el hijo de la naturaleza tema a su madre? ¿Puede el espíritu eterno y real tener miedo de algo irreal?... Con todo, no te reprocho por tu cobardía. Es una herencia de tus antepasados. Lo que debes hacer desde hoy es cambiar el ritmo de tus pensamientos y alejar de ti toda idea negativa. ¿Cómo? Pues pensar siempre bien, de ti y de los demás. Busca lo bello en lo feo, la luz en la sombra, la salud en la enfermedad y la felicidad en la desgracia.

* * *

Y pasaron meses sin saber nada de aquel ser incomprensible, porque después de mi encuentro con él desapareció repentinamente del pueblo.

Yo seguía en mi trabajo, silencioso y meditabundo. Aquellas palabras dichas por el desconocido se grabaron con letras de fuego en mi memoria y yo sentía que se fermentaban en mi ce-

rebro. Cada día y cada noche trataba de penetrar el sentido de una frase, valiéndome de la comparación para entenderla mejor.

Los días de fiesta y vacación, salía muy de mañana de mi cuarto y vagaba en aquel hermoso valle del río. Oía que la naturaleza me llamaba y yo aceptaba la invitación. Erraba entre las rocas y llegaba hasta el corazón del bosque.

Iba, no en busca del descanso, sino en busca de la inspiración. Iba como el leñador, pero mi hoz era el pensamiento y mi carga eran las ideas.

Un día, de aquellos que se detienen perplejos entre el otoño y el invierno, bajé al valle y escalé una enorme roca desde donde pude contemplar el río y ver los efectos de la tempestad en la noche anterior, noche en la cual se efectúa el matrimonio del Dios del invierno con su amada novia la Naturaleza. El agua del río era tan roja como la sangre, las piedras del río se entrechocaban con furia y me pareció oír el estampido de miles de cañones lejanos.

Contemplé extasiado aquel panorama y sentí que mi espíritu se separaba de mi cuerpo y volaba por encima de los árboles mojados y las rocas bermejas en el verano y negras en el invierno. Voló y volaron con él todos mis pensamientos, penas, deseos e ilusiones. Sentí que el espíritu del valle se apoderaba de mi cuerpo y creí que yo y el valle éramos un solo ser: en mi alma había, como en él, sombras, fantasmas y grutas; había rocas, árboles, ríos, aves, insectos y todo lo que puede tener la Naturaleza.

¿Qué diferencia hay entre mí y aquellos seres? Absolutamente ninguna. Me sentía ser el Todo en ellos y que ellos todos estaban en mí.

¿En qué estado me encontraba? ¿Soñando? Pero estaba en mi estado mental perfecto; veía, raciocinaba conmigo mismo, pero no me sentía como una persona sola, sino un conjunto de seres, unido y separado de ellos al mismo tiempo. Seguramente mi estado debía ser anormal.

¿Tendrán pensamientos y raciocinio las aves y las hierbas?

Yo leia sus pensamientos y ellas también leian los mios. Oi el canto de un pájaro y comprendi lo que decia; le contesté, no sé cómo, pero me comprendió y voló hacia mi y se posó a mi lado, gorjeando con alegria durante un momento; después vi que algunos otros, y de distintas especies, venian hacia mi y no me tenian miedo y yo creia que los acariciaba.

Cuando era niño, mi padre me contaba que el Sabio Salomón hablaba con las aves del cielo. ¿Me habia vuelto yo Salomón?

Me sentia bañado en una atmósfera desconocida, pero sentida por mi; experimentaba un gran bienestar que debe ser la obra de mi imaginación; pero habia algo en mi que se rebelaba contra este juicio de mi razón y es la primera vez en mi vida que asisto a un verdadero conflicto entre mi razón y mi sentimiento: la una afirma la realidad de los hechos, la otra critica las excursiones de mi fantasia.

Sea lo que fuese, estaba feliz en este estado. En estos momentos yo era un foco de amor y sentia que el Universo recibia su vida de mi Amor. Todo mi ser exhalaba algo que vivifica y esta sensación me era muy agradable; una profunda ternura se acrecentaba en mi pecho; hubiera deseado tomar entre mis brazos a todo el Universo con todos sus seres, colocarlo sobre mi corazón y mecerlo, como una cariñosa madre a su hijo adorado.

Hubiera deseado toda clase de sufrimientos con tal que el mundo fuera feliz y próspero. ¿De dónde venia tanto cariño? Sentia que mi corazón se dilataba para abarcar todo; el sentimiento era tan intenso y tan profundo que trascendia a la alegria y a la tristeza.

Comprendia entonces la dulzura del dolor, el encanto del sufrir y la amargura de la alegria. Muy dificil explicar esa sensación del estado en que me encontraba, en donde el dolor y el placer se mezclan y no se los puede separar.

Yo me hallaba en una calma dulce, una especie de calma eterna. Pero ¿quién quiere creer que la calma tiene una música que nunca puede ser comparada con la humana?, porque ésta ante aquélla es un ruido ensordecedor, es un ruido sin significa-

do, y ¿qué significado puede tener un sonido que no procede de la calma?

En estos momentos pensé en los morfinómanos, los espiritualistas y los budistas, en aquéllos que se embriagan por la fe o el opio y se elevan con sus ensueños al más allá de la naturaleza o descienden a lo más inferior de sus elementos.

Todo hablaba a mi alrededor, todo brillaba, todo despedía sonido y color distintos y armoniosos con los demás; me pareció que el sol era un inmenso órgano cuyas teclas eran tocadas por seres visibles e invisibles.

Pero ¿acaso yo veía u oía? Yo no sé qué contestar. Las palabras ver y oír son empleadas, aquí, para la comprensión; mas no era ver y oír lo que experimentaba. ¿Qué era entonces? No puedo explicarlo, aunque lo sentía. Si estaba soñando, es verdad, el sueño era extraordinario; sus detalles eran de una realidad notable; pero si era un sueño, ¿en dónde estaban los principales caracteres que lo distinguían, como, por ejemplo, el debilitamiento de la conciencia personal?

El análisis no afirmaba nada de lo dicho; mi atención se fijaba con facilidad sobre un punto determinado. Mi voluntad se guiaba sin alteración; mi juicio, intacto.

Traté de recordar y ver muchas cosas y pude ver y recordar y sentir la actividad de mi cónciencia personal.

Al fin se me ocurrió verme a mi mismo, a mi cuerpo. Aquí me convencí de que mi estado era anormal; mi cuerpo estaba tendido, transparente, acribillado por un sinnúmero de pequeños orificios. Todos los órganos interiores funcionaban, pero lentamente. Alrededor de esta masa transparente había otra mucho más sutil; era como aquella luz que rodea una bombilla eléctrica durante las noches de neblina.

Esto me sorprendió mucho, porque era una nueva sensación para mí. No tuve miedo, pero sí asombro y perplejidad a la vez. ¿Qué debo hacer?, me pregunté, y ¿qué me pasa? ¿Será ésta la muerte? No, no puede ser, porque me siento vivo.

Después de observar atentamente el cuerpo físico dormido, semimuerto, me vi o me sentí arrastrado a entrar en una extraña

atmósfera, como si alguien me halara hacia ella. Entré en ella con la creencia de haber viajado varias distancias, pero al tornar mi vista a mi otro cuerpo tendido, me encontré con que no me había movido ni un metro de mi puesto y mi cuerpo seguía dormido. Veía delante de mi fajas de fosforescente luz de matices y tonalidades diferentes.

Veía líneas azuladas que atravesaban el espacio; notaba aureolas en torno de cada objeto, como un estuche que le impedía fragmentarse. Contemplé y medité estos fenómenos.

¡Qué maravilla, qué ligero estaba en mis movimientos!

En este estado quise ver mi ciudad natal, a mis amigos, y, sin saber cómo fue, me encontré en mi ciudad y veía a quien se me antojaba ver. ¿Me trasladé a aquel distante lugar? No podía ser porque estaba al lado de mi cuerpo. ¿Aquél lugar vino hacia mí? Tampoco es factible. No puedo explicar el fenómeno pero era realidad.

Por encima de la ciudad flotaban en el espacio nubes de coloración extravagante, sin armonía y esas nubes coloreadas se devoraban entre sí y subsistía la más radiante, que al absorber a las otras aumentaba la intensidad de su brillo.

He visto a algunos de mis amigos y de mis enemigos también. ¡Qué desilusión! ¡Cada uno era rodeado de una atmósfera luminosa de varios colores; pero en cada uno predominaba un matiz determinado y todos eran sucios.

Uno de mis mejores amigos hablaba y le salían de la boca seres repugnantes de distintos colores.

No sé por qué sentí por él una compasión honda; quise acercarme a él e impedirle que hablase porque veía que sus palabras eran como reptiles que retornaban hacia él para devorarle el corazón, pero no fue posible manifestar mi intención.

Después pensé en una persona a quien la consideraba como una enemiga porque varias veces me había reprochado; la vi sentada en su escritorio meditando y alrededor de su cuerpo flotaba una nube amarilla de oro con matices azules. Quise arrodillarme ante aquel ser y pedirle perdón. Quise hasta besarle la mano. ¡Qué engañado estaba! A este ser a quien se debía amar

y respetar, yo lo tenia por enemigo y hasta llegué a odiarlo algunas veces.

En el estado en que me hallaba me olvidé de lo que se llama odio. Quise varias veces recordar aquella sensación, pero no me fue posible. Yo era un foco de amor, de cariño, y no cabía en mí otro sentimiento.

Puedo asegurar sin temor a equivocarme, que en este estado el poder del deseo es el todo. Me bastaba desear una cosa y la cosa venía hacia mí o yo iba hacia ella sin saber cómo, aunque yo no me movía de mi puesto, cerca de mi cuerpo inerte.

Mientras contemplaba mi ciudad, observaba que de cada casa salía una especie de humo o neblina de colores varios. Los hombres que transitaban en las calles estaban rodeados también de las mismas nubes de diversos colores y los matices de un mismo color eran distintos en cada individuo. Me bastaba ver un color para sentir amor o compasión por la persona que lo emanaba.

No puedo saber qué tiempo he empleado en aquel delicioso sueño. Por último me acordé de aquel ser extraño que había perdido hacía algún tiempo y no había vuelto a saber de él. ¿En dónde estaría? ¿Por qué no podía verle como había visto a mis amigos?

Antes de terminar de formular esa pregunta, vi al señor Amentí muy cerca de mí en estado especial. Clavaba su mirada en mi cuerpo tendido y de sus ojos salían unos rayos de luz intensísimos que envolvían todo mi físico. No tuve tiempo de averiguarle nada de lo que hacía, porque le oí decir:

-¿Cómo se te ocurre dormir en esta roca? Levántate.

Miré a mi interlocutor, que era el mismo Amentí, y le dije:

-¿He estado dormido, señor?

El sonrió y me dijo:

-Sígueme.

Me condujo a su casa.

Portón, jardín, puerta, corredor, sala y luego un cuarto grande que contenía su biblioteca.

Se acercó al escritorio, abrió un cajón y sacó de él un ma-

nuscrito bien envuelto y amarrado con un cordón de seda sellado con lacre.

Me lo entregó diciendo:

-Todo lo que te puedo enseñar lo encuentras en este libro. Llévatelo. Esta es la última vez que nos encontramos en este pequeño mundo. Pero escucha bien lo que te voy a decir: tú no puedes romper el sello de este libro sino cuando tengas doble edad de la que tienes ahora. ¡Ay de ti si desobedeces este mandamiento! Vête en paz y acuérdate de mi y de mis palabras. ¡Júramelo!

Le juré; salí temblando de la presencia de aquel ser raro, cargando el manuscrito con todo cuidado.

• • •

Hoy, después de 21 años y pocos meses más, se cumple el plazo de aquel juramento.

Con las manos temblorosas desello el cordón de seda. Desenvuelvo el papel que protegía el libro como quien tiene la intención de profanar una tumba para robar una prenda del muerto.

Un sudor frío me baña la frente.

Mi respiración se torna difícil.

Pero, al fin, descubro el libro; separo la portada con el dedo, levanto la primera hoja blanca y leo lo siguiente:

"EL LIBRO SIN TITULO DE UN AUTOR SIN NOMBRE."

Luego llego a la tercera hoja, en donde comienza el libro. No pretendo reproducir aquí toda la obra porque la estrechez del espacio no me lo permite, pero, para satisfacer la curiosidad del lector, copio los tres primeros capítulos.

I

LA LIBERACION

Cuatro días, nueve meses y cuarenta y dos años estuvo pre-

so un ser humano, cuyo nombre era desconocido para todos. Todos lo llamaban el Innominado y el Sin Nombre. En su oscura prisión, atado a las fuertes cadenas, yacia olvidado del mundo externo, sufria en el silencio del espiritu como en un huerto y su dolor era su único compañero en la soledad.

La oscuridad extendió un tupido velo sobre sus ojos, su mente experimentó un cambio y su corazón dejó de sangrar.

Su memoria perdió la noción del tiempo y del espacio y su sentir se convirtió en eje del **cuánto** y del **cuándo.**

Ya no vivia, pero sentia que era vida; no se movia, pero se imaginaba que era el centro de todo movimiento.

Y una mañana lo indultaron, lo desataron de sus cadenas y lo sacaron a la luz del sol.

Tenia ojos, pero no podia ver. Poseia órganos de los sentidos, pero no podia percibir; con todo, veia sin ojos y sentia sin sentidos.

El carcelero le dijo:

-Innominado: Recoge los pedazos de tu alma que has dejado en esta prisión para exponerlos a la luz del Sol. Véte, ya eres libre.

El Innominado clamó:

-¡Oh, tú, astro Rey! Yo ya soy libre, por eso tu luz para mi es oscura; en lo sucesivo has perdido la dicha porque yo no puedo verte; mi libertad hace que tu luz sea oscura, pero mi liberación hace que mi oscuridad sea luminosa.

Por tus rayos trepan las serpientes escapadas de los cavernosos ojos humanos y ante tus ojos bailan los alacranes de los cerebros.

En los sucesivos dias, tus rayos barrerán las conciencias para sepultar sus inmundicias, de noche, en mi sentir.

Mira, astro Rey, tú que puedes mirar: mi sentir es como el océano que tiene el poder de clarificar las conciencias turbias.

Mi sentir es salado y amargo, pero en los corazones sedientos y bocas amargas será como mis fuentes que manan dulzura y vida.

Mira, astro Rey, tú eres un ojo insensible y mi sentir es un ojo

animado; tú miras hacia abajo, hacia la inmensidad baja. Yo miro hacia arriba, hacia la inmensidad alta.

Tú quieres purificarlo todo; yo te purifico a ti.

De hoy en adelante no seré yo; estoy harto de la periferia. Yo seré el centro.

Cuando habló así el Innominado, el carcelero, convencido de su locura, lo miró tristemente y con una sonrisa compasiva le dijo:

-¿A dónde quieres que te conduzca?

El Sin Nombre le contestó:

-El águila tiene su camino en el aire, la sierpe, en la roca, y la hormiga en el suelo, pero yo soy el fin del viaje, así como del Océano sale el riachuelo y al Océano vuelve.

Ya no vuelvo a los hombres; que los hombres vengan a mí.

La gallina no teme perder a sus polluelos cuando corren alejándose de ella, porque siente que bajo sus alas se halla el centro.

Ya no daré más amor a los hombres, sino que les quitaré ignorancia.

Ya no les venderé más felicidad, pero les compraré desdicha.

Ya no les ofreceré más bienes, pero me cargaré con su ambición.

Porque los hombres no pueden apreciar los regalos de los dioses, aunque adoran a quien les quita sus cargas.

Para ellos el alivio del dolor es más apetecido que la misma salud; buscan la enfermedad para inventar el calmante.

Desde hoy no seré para ellos ni salud, ni calmante; desde hoy me convertiré en mar, devoraré sus dolores, beberé sus desgracias hasta que llegue el momento en que pueda arrastrarlos hasta mi Seno.

• • •

En toda la comarca se propagó la buena nueva de que en el centro se hallaba un ser Sin Nombre que quitaba los pecados de los hombres, devoraba sus dolores y bebía sus desdichas.

Y todos los hombres, cargados de sus desgracias, se arrastraban hasta él y cuando arrojaban sus cargas retornaban vacios y alegres.

Pero, ¡qué doloroso es llevar la tristeza y qué fácil es echarla sobre los hombros del prójimo, sin moverla con uno de nuestros dedos...!

Hombres y mujeres manaban deseos, como fuentes que se dirigian hasta el mar. Todos buscaban alivio bañándose en sus aguas.

Y no faltó quien dijera:

-Mucho te amamos porque te damos lo que tenemos.

II

DE LA ENFERMEDAD

Y llegaron a él muchos enfermos y le dijeron con voz lastimera:

-Señor: cargad con nuestras enfermedades.

Y él les contestó:

-¿Por qué relatáis vuestras desdichas con tanta tristeza? La enfermedad es un lujo, por cierto, costoso. Volved a la animalidad o escalad a la Divinidad, pero sin imitación, y seréis sanos. Vuestra imitación es la causa de vuestros dolores.

Me buscáis para cargar con vuestras enfermedades y habéis olvidado que la enfermedad es el mejor médico y el dolor es el mejor remedio.

Vosotros imitáis y vuestra imitación rompe vuestra semilla para la germinación y la fecundidad, pero siempre tenéis miedo a la rotura de la semilla y tornáis como aquel cuervo que quiso imitar el andar de la perdiz, a quien no pudo imitar; antes bien, olvidó su propio andar.

La rana quiso imitar a la vaca y estalló.

Sólo lo animal y lo divino pueden vivir sanos; pero vosotros habéis hecho de vuestra divinidad, una humanidad.

La animalidad acepta con placer las cuatro estaciones del año con la tristeza de sus cambios; sólo la humanidad no puede contemplarlas con serenidad.

Toda la salud está dada y el círculo no admite aumento; pero vuestra humanidad ha buscado las buenas cosas en mal origen.

Sed de ayer o de mañana; pero no debéis tener nada de hoy, porque el hoy es un pozo sin agua.

Sed animales o Divinos: comed y bebed como animales, aspirad como plantas y pensad como dioses e irradiaréis salud y fuerza.

No debéis tener piedad de vuestra humanidad, porque la piedad asfixia y os obliga a cometer el pecado de enfermaros.

Sed inocentes en vuestros deseos y bebed de la fuente de la vida. No debéis envenenar estas fuentes de goce con vuestras bocas y sed impuras.

Vuestras palabras son las aguas santas emanadas de la fuente de la vida. No debéis emponzoñaros con vuestros sueños impuros.

Lo humano es doblemente desvergonzado: enferma y relata con cariño la historia de su enfermedad.

Yo no puedo daros salud, porque toda la salud está dada; pero sí puedo quitaros enfermedades. Mas, para cargar con vuestras dolencias, debéis darme, con ellas, vuestra humanidad.

Cuando terminó de decir esto, todos los que oían se despojaron de su humanidad y regresaron sanos y contentos. Solamente uno permaneció tendido en el suelo y miraba ávidamente a aquel ser que quitaba los dolores, y éste le preguntó:

-¿Por qué no quieres seguir a tus compañeros?

Y el único enfermo contestó:

-Si eres un ladrón, tienes que compartir conmigo el fruto del robo y, si eres un salvador, me gusta cargar con tu cruz.

Yo no quiero ser un animal sano y seguiré humano enfermo hasta escalar vuestra Divinidad.

Yo no me separo de ti, ni quiero ser sepulturero de animales.

Iré directamente a mi objeto; saltaré por encima de los cráneos, si no encuentro el camino.

Cuando el Innominado oyó esto, habló a su corazón y dijo:

-¿Quién dice que Dios muere?

Y su corazón se dilató y absorbió a aquel hombre con su humanidad.

III

DE LA MUJER ENGAÑADA

Y vino a él una mujer y dijo:

-Señor, ¿qué puedo darte yo para recuperar el amor de mi hombre?

Y él le contestó:

-Mostradme vuestra flor.

La mujer palideció y él prosiguió:

-¿Quién os ha dicho que no tenéis una flor?

Vuestra flor debía adornar el corazón de vuestro hombre, mas no aromatizar su pie.

Vuestro cáliz debe desbordar y derramar el vino sanguíneo del corazón, mas no las orinas de los riñones.

¿Por qué derramáis el líquido cerebral de vuestro hombre para llenar vuestro sagrado vaso con el vino babilónico?

¿Por qué habéis comenzado por palpar el placer en busca del amor, en lugar de buscar el amor que conduce al placer?

Vos no pedís el amor de vuestro hombre, sino que ansiáis vuestro placer.

Todavía no sabéis uncir vuestro placer al amor y todo lo que hacéis es alimentar el amor con la astucia del instinto.

Quien pide a su astucia que camine al lado de su voluptuosidad, pide imposibles a la felicidad.

La mujer debe enseñar al hombre el sentido de la existencia y ser el rayo que alumbra la nube del cerebro y las brumas del corazón.

La mujer debe ser el intermediario entre la humanidad y la Divinidad.

Pero, ¡qué oscura está la mujer cuando se detiene en la humanidad!

El hambre impura de la mujer devora el corazón del hombre y la sed nefasta absorbe el liquido de su cerebro.

La mujer debe ser como planta que se sostiene por la luz del hombre sin necesidad de matarlo para alimentarse ni absorber su sangre para saciar su sed.

Pero desde el momento en que la mujer pide el sacrificio, es necesario que transforme su vientre en altar digno del sacrificio.

La ley que arroja al hombre sobre el altar de la mujer es la misma que hace descender el fuego del cielo para consumir el holocausto.

La ley quiere que la mujer atice siempre el fuego y maldita es aquella que trata de apagarlo.

¿Por qué habéis transformado el mar furioso del amor en pacífico lago?

Quien come su propio pan hasta el empacho y bebe del agua de su vida hasta el hartazgo, quedará sin pan y sin agua.

Cuando vuestro hombre se arrodilló ante vuestro altar, aletargando vuestro cuerpo, ¿por qué habéis conseguido que os adormezca la inteligencia? ¿No sabéis que la inteligencia no debe dormir para poder arrancar los recónditos arcanos de la Naturaleza?

Mientras él así hablaba, la mujer decía en su corazón:

-¿Será éste mi hombre para que pueda leer en mi cerebro?

Y él continuó:

-Dadme vuestro querer y adorad a vuestro hombre para que él vuelva a vos.

Las mujeres no saben distinguir entre "te adoro" y "te quiero".

"Te adoro" significa "te doy"; "te quiero" significa "dame".

La adoración engañada es la fortaleza del espíritu gigante que soporta muchas cargas y se alegra de su poder. No pide ni da limosna; no se arrodilla para no humillar a su orgullo; enor-

gullece para ensalzar a su humanidad; más bien se consume en fuego de dolor para dar brillo a la sabiduría.

El querer engañado es el fracaso en el momento de conseguir la victoria.

"Te adoro" es amar a los que nos desprecian y ayudar a los que escalan nuestro corazón; "te quiero" es explotar a los que nos desean y cuyos quereres tienden a arrastrarnos a sus pies.

El "te quiero" acecha en el camino del amor, como el dragón de siete cabezas, pero también sus siete fauces repiten: "Te quiero".

Dadme vuestro "TE QUIERO" y dejad que la semilla de vuestra adoración caiga en el silente espíritu de vuestro hombre y seréis uno y serán vuestros cuerpos un solo punto de la unidad del espíritu.

EL ENJUICIAMIENTO DEL BURRO

"-Hubo un tiempo en que los animales hablaban y los hombres entendían su lenguaje; hoy los animales hablan, pero los hombres no los entienden. Con todo existen, hasta hoy, algunos hombres, por cierto que son pocos, que todavía entienden el idioma Universal de la Naturaleza, que es el idioma del hombre y de los animales a la vez."

Esto me lo aseguraba un amigo -perdón, he empleado mal el término-; yo no tengo amigos ni puedo tenerlos, porque éstos ya no existen. Entonces repito: esto me lo aseguraba un hombre con quien tuve la relación de un compañero de viaje en el tren.

Juzgándolo por su aspecto y por sus modos, me convencí de que se trataba de un filósofo muy serio, porque su forma de expresarse me desconcertó.

Hablaba acerca de todo y con tal seguridad que llegué a imaginarme que aquel filósofo fuese una fuente inagotable de saber y de experiencia.

Aquel hombre conquistó mi respeto a pesar mío. Se sentó junto a mí, único puesto vacío, me saludó con toda cortesía y después me dijo:

-¡Compañero! Yo sé que es usted un hombre muy retraído, que vive en el mundo de sus pensamientos; pero me tomo la libertad de decirle que el viaje es largo y las alas de su mente, al no poder atravesar lo Infinito, tendrán que cansarse y volverán a este mundo.

Y así comenzamos la conversación; hablamos de muchas cosas y, sin darme cuenta de cómo ni porqué, llegamos a lo que fue objeto de este cuento.

Al oír yo aquella afirmación sobre el lenguaje común de los

animales y de los hombres, lo miré a los ojos, ventanas del alma, para cerciorarme de si estaba bromeando o burlándose de mí. Sus ojos estaban serenos como lagos encerrados entre montañas; reflejaban la seriedad y seguridad que nos hacen tambalear en nuestra firme convicción.

Incliné entonces la mirada y entre un movimiento de hombros acompañado de una mueca en los labios, que nos coloca a veces entre la duda y la fe, le dije:

-Puede ser.

-¿Puede ser? -preguntó él con énfasis-. Este puede ser huele a duda y a negación.

Después de un momento de silencio volvió a decirme con un tono suave, como si tuviera compasión de mi ignorancia, o como si se arrepintiera de su emoción.

-No lo culpo si usted no puede entender mi idioma dijo. Y guardó silencio.

Yo, por mi parte, quise leer en su silencio; me hirió profundamente su tono compasivo y luego pregunté:

-¿De qué idioma me habla usted? ¿Será del idioma Universal?

En el torbellino de aquellos pedazos de silencio, concentré mis oídos para escuchar las palabras que caían de sus labios.

El hombre extraordinario no contestó a mis preguntas, pero con toda serenidad comenzó a relatar el cuento que sigue:

-"Cuentan, y Dios lo sabrá mejor -como dicen los árabes-, pero debe usted parar mientes en que dije "cuentan".

Pues bien, cuentan que en cierta selva oriental un león hambriento salió de su guarida y lanzó un rugido; aterrador era para los oídos humanos, pero para los animales era una llamada del Rey de la Selva. Era como una convocatoria a una Asamblea General de todos los jefes de los animales.

-El rey ordena, ¡que viva el Rey! -se oyó decir por toda la selva.

• • •

Era de noche. Salió la luna y ésta clavó sus ojos en aquella abigarrada y extraordinaria asamblea de animales feroces; luego inclinó sus orejas para abarcar con el tubo auditivo todas las mociones y sugerencias de los presentes.

La luna es un ángel intermediario: ejecuta las órdenes del sol en la tierra y archiva los hechos de la tierra para comunicarlos al sol.

* * *

El secretario de la asamblea de animales era el papagayo, quien comenzó a nombrar uno por uno a todos los presentes para cerciorarse de que había quórum, requisito necesario para la apertura de la sesión. Todos estaban presentes. El león, el tigre, el leopardo, la hiena, el lobo, el zorro, el perro y muchos otros más, (aquí se puede repetir aquello de que "Dios los cría y ellos se juntan").

A eso de las diez de la noche, se levantó el león y pronunció su discurso de apertura:

-Ahaa Ahaááárrr Tháááárrrr.

Esto, traducido al lenguaje humano, significa:

-"Señores y jefes del reino animal. Os he convocado en esta noche para poner en vuestro conocimiento que el estado actual de las cosas es insoportable, calamitoso y desastroso. Nuestra selva ya está vacía y no hay alimentos; veo a todos escuálidos y muertos de hambre.

"Habéis de saber, hijos míos, que quien desee seguir, sin desviarse, la corriente de la vida, debe tener tres cosas: riqueza, poderes y previsión para el futuro. Nosotros actualmente somos poderosos pero nos falta la riqueza y yo, como rey vuestro, tengo por deber vigilar vuestros intereses para el futuro."

Al llegar aquí el rey orador, se oyó entre los animales el sonido de muchas vocales unidas a veces a algunas consonantes, como: Uúúúú, Iiii, Ababab, Nau Nau, etc., las cuales eran aplausos.

Satisfecho el rey por el efecto de su discurso, continuó:

-"Sí, señores, el rey que no vigila por sus súbditos es un rey egoista y malo. El rey que vive en la opulencia privando de ella a sus amigos y hermanos es un muerto que camina. No negamos que todos somos carniceros y feroces; pero, ¿de qué nos sirven las garras y las fuertes mandíbulas si no tenemos caza? Nosotros, señores, debemos aspirar a toda opulencia y poder.

-Siiiiii- gritaron los asistentes.

-¿No es ignominia que nosotros, reyes y príncipes de la selva, muramos de hambre y de debilidad, mientras los animales domésticos viven en la opulencia cargados de carne y grasa?

Al decir esto, el león tragó la baba que se le caía, mientras que el lobo se sostenía el vientre con sus dos patas, ya que su estómago chillaba de hambre. El oso cayó al suelo murmurando entre dientes: "¿A qué hablar de comida ante un hambriento?" Entre tanto, el tigre lamía su hocico con la lengua.

"-Mi consejero el zorro -continuó el león- me dijo una vez: el fuerte debe dominar a los débiles y el grande debe tragar al pequeño, porque ésta es la ley natural y aquél que se descuida de cumplirla será castigado, por la misma ley, trocando su fuerza en debilidad y...

En aquel momento las palabras del león fueron interrumpidas por un rebuzno sonoro que venía de un establo lejano de la selva. Aquel rebuzno produjo en el león una fuerte sacudida de cólera, una manifiesta nerviosidad, y entonces gritó:

-¿Quién es el atrevido que habla así sin mi permiso? Pues este insolente que se ríe de la desgracia ajena merece la muerte.

-¡Señor! -dijo el perro-, yo conozco esa voz; es de nuestro hermano el burro y, como su majestad sabe, es un ser muy necio, pero muy pacífico.

-Amigo perro, este animal necio, que sabe interrumpir a los reyes en su discurso, merece un castigo ejemplar. ¿No le has enseñado tú, acaso, que el rey no debe ser interrumpido cuando habla?

-Sí, señor, pero recuerdo que su Majestad había promulgado la libertad de palabra y de pensamiento.

Cuando oyó el león este argumento, sacudió su melena, se

puso de pie, dio unos pasos entre los asistentes; había despertado en él su cualidad de rey y león, de amo y señor de la selva. Luego bramó:

-Aháááááárrrrrr: (Eres también un traidor que defiende al enemigo de tu rey).

Los demás animales feroces contestaron con un grito más feroz y clavaron sus ardientes miradas en el perro, mostrándole sus cortantes colmillos.

El pobre perro, a pesar de la fidelidad a su amigo el burro, no se inmutó, pero al verse perdido, sacó fuerzas de su flaqueza y dijo:

-Perdón, majestad; vos sabéis que soy el ser más fiel entre los cuadrúpedos y ningún ser me ha llamado traidor; pero si yo he contestado a su majestad de esta manera, es porque, llevado por mi amor para con mi rey, tenía que defender la reputación de su majestad, porque me enseñaron, desde pequeño, que las palabras de los reyes son las reinas de las palabras.

Cuando el perro terminó de manifestar su autodefensa, se levantó el oso y dijo:

-La reputación del rey está por encima de toda calumnia, por tal motivo no necesita de tu defensa.

Su majestad tuvo razón al llamarte traidor, porque a pesar de tu origen carnicero te has dejado domesticar por el hombre, y tu amor al hombre, a sus bienes y a sus animales domésticos te obliga a atacar a tu propia raza, nación y patria; por tal motivo yo te llamo también traidor.

El perro esta vez se encolerizó y gritó: "¡Hab, Hab!", que se traduce por "-Protesto, Majestad, este oso sucio es el traidor, y tengo mis pruebas. Este oso nunca atdca de frente sino a los niños y pequeñuelos. Con los débiles es un héroe, pero ante los fuertes es tan taimado que no se atreve a detenerse en su huida. Hay más, cuando tiene hambre y no encuentra un ser débil que devorar, se acurruca en su cueva y chupa la sangre de sus propias patas para satisfacer su hambre. El también se deleita en hartarse con los cadáveres putrefactos, cosa que horroriza a su majestad y a todo animal que posee un átomo de dignidad."

El oso, al oir al perro develar su vida intima, aulló quedamente; luego calló meditando un plan de traición en el que debia atrapar al enemigo.

Mientras tanto se puso de pie el lobo, pidió el respectivo permiso para hablar y habló de esta manera:

-Majestad, Principes. Todos sabéis que soy el súbdito más fiel y más adicto a mi rey y a mi selva. Yo odio a muerte la traición y al traidor. Todos sabéis que hay un lazo de parentesco entre el perro y yo: otro, en mi lugar, respetaria el parentesco, pero yo, en mi calidad de un fiel súbdito, declaro a todo viento que mi ex pariente el perro es traidor porque ha defendido a un extranjero pernicioso. El burro es un constante agitador, irrespetuoso a nuestras sagradas leyes selváticas; el burro merece la muerte porque ha interrumpido la voz de nuestro señor, el rey, su Majestad el León, y el perro también merece la muerte, porque se convirtió en defensor de un traidor, pues el defensor de un traidor es igualmente traidor.

El discurso del lobo excitó el apetito de todos los presentes y muchos de ellos llegaron hasta a oler la carne fresca del burro.

El perro, indignado ante la hipocresia del lobo, ladró con más fuerza que antes y dijo:

-Este discurso del lobo me hace llorar de rabia. ¿El lobo, el más traidor de los animales, se vanagloria de ser súbdito fiel? El lobo, cuyo corazón está desprovisto de todo cariño, ataca y traiciona a su propio padre, a su propio hermano y a su propia madre. No niego, Majestad, el ex-parentesco que tenia yo con él, pero por su traición caracteristica tuve que romper definitivamente con él por mi carácter de fidelidad; porque me he dado cuenta de que el ser que traiciona a su propio padre, su hermano y hasta a su madre, nunca puede ser ni amigo, ni leal a su rey. Desearia que su majestad preguntara a este calumniador mio: ¿Por qué los lobos van siempre en filas y en parejas? Pues, Majestad, los lobos traidores no se fian entre ellos porque cuando se adelanta uno, el que va atrás lo ataca por la espalda o lo devora. Hay más, Señor: cuando por casualidad se hiere un lobo, ¿qué cree su majestad que hacen sus compañeros? ¿Se ayudarán

para curar su herida? No, señor, todos sus compañeros en menos de un segundo lo devoran sin compasión. Por tal motivo, Señor, me avergüenzo de haber tenido un parentesco con un ser tan desalmado como el lobo.

Una vez oí a mi amo, el hombre, que por cierto no todo hombre es bueno, que repetía estos versos:

Sólo, el lobo al dormir, un ojo cierra;
con el otro vigila y siempre acecha,
porque él es un traidor astuto y malo
y ¿qué traidor puede dormir tranquilo?

Al oir esto el león se sonrió de la elocuencia del perro, mientras que el tigre volteaba a un lado la cabeza para disimular su risa.

Entonces se puso de pie el zorro, quien odiaba, a muerte, al perro por motivos que no podemos enumerar aquí y aulló:

-Aááááúúúú -con lo que se dirigía a los asambleistas en esta forma:

-Señores: En mi calidad de consejero de su majestad, el rey, debo decir que este charlatán, el perro, es un sinvergüenza y mal cuadrúpedo. No le basta defender a un extranjero de raza, de patria y hasta de religión, sino que quiere denigrar nuestra reputación intachable. Todos vosotros sabéis que soy un devoto y cumplo con mis deberes religiosos y practico la caridad. Os manifiesto todo esto para que comprendáis que no miento, porque la mentira está prohibida para un ser devoto como yo. También yo soy un ser muy parco en mi vida; me conformo con una gallina diaria y en último caso me contento con uno o dos pollitos. Yo no soy ambicioso; mi única ambición es servir al rey con mis consejos para el mejoramiento de nuestro reino. Sentada esta exposición ahora os juro por todos los santos y por la salvación de mi alma que el burro es culpable de alta traición. ¡Cuántas veces le he oído rogar a su dios para que mueran todos los leones, los tigres y todos los animales feroces! En cuanto al perro, les diré que muchas veces ha frustrado mi intento de robar una mise-

rable gallinita pequeña que tal vez de nada sirve al dueño. Este es el perro, señores, que nos abandona para ir a vivir con el hombre. Señores, el perro ha defendido a nuestro común enemigo y extranjero, el burro, quien, abusando de nuestra hospitalidad, se llenó de grasa y carne y, no satisfecho con todo esto, llegó su osadía al grado de interrumpir a su majestad, el rey, en su patriótico y bondadoso discurso. Vuelvo a repetir, señores, que el perro merece la muerte porque ha defendido al agitador y al enemigo común, el burro, y no debemos olvidar lo que nos dijeron los sabios: "El amigo de nuestros enemigos, enemigo nuestro es." Y ahora, antes de terminar, invoco a todos los santos para que concedan una larga vida a nuestro padre bondadoso, el rey; pero ante todo debemos matar al burro y al perro para la paz de la patria y para el bienestar de todos los animales; he dicho.

Cuando terminó el zorro de hablar, el clamor de la aprobación era ensordecedor. Todos los asistentes mostraron sus dientes y estaban preparados para asaltar y acometer al perro.

El perro, por su lado, aparentó una tranquilidad muy lejos de sentirla y con disimulo miró a derecha e izquierda para calcular el salto. Mientras el aullido y el bramido iban en aumento, se dejó oír el rugido aterrador del león:

-(Aháááárrrrr:) Cuidado. No debéis olvidar que estáis en presencia del rey y juro por mi honor que el primero que me falte el respeto pagará su falta con su propia vida.

Aquel rugido produjo el efecto de un rayo mortal. Todos los animales volvieron a sus asientos, se echaron en el suelo y un silencio sepulcral reinó entre los presentes. Entonces el león dirigió la palabra al perro y le dijo:

-¿Qué tienes que decir a estas acusaciones? Tienes alguna defensa a tu favor y en favor del burro? Pues, te diré, yo tengo mucha fe en mi consejero, el zorro.

-Señor -dijo el perro-, no quería contestar ni defenderme de las acusaciones calumniosas del miserable e hipócrita zorro. A veces la dignidad, señor, nos obliga a callar para no rebajarnos al nivel del calumniador y compararnos con él, pero como

vuestra majestad me lo exige, lo hago por obediencia. Ante todo debo deciros que el zorro es un mal consejero vuestro, porque el que vive toda la vida mintiendo, nunca puede dar un consejo leal. El mentiroso, señor, no puede tener dignidad ni lealtad.

El zorro me tachó de sinvergüenza porque nunca he querido traicionar a mi amo y porque le he defendido sus bienes. Señor, mi amo depositó en mi su confianza y sería yo un mal perro si lo traicionara. Un ser leal debe serlo en la comodidad y en la adversidad, y un ser verdaderamente leal nunca puede traicionar a su patria ni a su raza. Tratándose de religión, yo no niego que no profeso la religión hipócrita del zorro, mi única religión es el amor desinteresado a mis amos, a mis compañeros y a todas las criaturas de Dios. Alegó el zorro que yo denigro su reputación; no lo niego, y lo hago porque no soy mentiroso; yo no puedo decir del negro que es blanco, ni puedo asegurar que el traidor es un santo ni que el santo es un réprobo.

Dice el zorro que él es un devoto, que cumple con sus deberes religiosos. Esto es una infamia, señor, porque él aparenta devoción para embaucar a los seres débiles, si no que nos cuente lo que él decía a un pobre gallo, en el nombre de su majestad, y si él no lo dijera, yo lo voy a relatar:

"Un día encontró a un pobre gallo que descansaba sobre la rama de un árbol. Llegó hasta él y le dijo:

"-Buenos días, hermano gallo.

"-Ja, ja, ja -rio el gallo-. ¿Tú eres mi hermano?, véte con tu música a otra parte.

"-¡Cómo! ¿No ha llegado hasta ti el nuevo edicto de nuestro rey que ordena paz y fraternidad entre todos los seres? Pues te juro por mi honor que yo no guardo para ti más que cariño profundo, porque yo debo obedecer la ley de nuestro Señor el Rey; así pues, te suplico que bajes para darte un abrazo fraternal antes de seguir mi camino anunciando la buena nueva.

"Mientras esto decía el zorro, yo le oí desde lejos y corrí en defensa del gallo, quien, al verme correr hacia él, dijo al embaucador:

"-Debe ser cierto lo que dices, porque veo llegar al hermano perro y ahora vamos a celebrar, los tres, la fausta noticia.

"Cuando el sinvergüenza oyó mi nombre, no supo cómo escapar, del susto, diciendo:

"-Ahora estoy ocupado, adiós, adiós; volveré otro dia."

Este es el zorro, señores, que dice que por principio religioso no le gusta mentir. ¿Y con las gallinas? A esas tontas las sabe engañar diciéndoles que se ha vuelto asceta y vegetariano y que juró no comer nunca más carne. Y asi, las tontas beatas confian y se entregan ciegamente a él.

Otra falsedad más del zorro, cuando dijo que se contentaba con una gallina diaria. Os voy a contar, señores, lo que sucedió hace poco. Un dia mi amo me llevó con él al pueblo. Por desgracia habia olvidado la puerta del gallinero abierta, que contenia doce gallinas, entre ellas tres cluecas empolladas con más de treinta pollos. Vino el señor zorro; éste que dice que se contenta diariamente con una sola gallina. ¿Qué creéis, señores, que habia hecho? Pues se habia cargado y enterrado a nueve gallinas, inclusive las empolladas y a veinticinco pollos, a los que descubri después de muchos esfuerzos, y los otros habitantes del gallinero Dios sabe adónde fueron a parar. Este es el zorro que dice de si, que no es ambicioso.

El ingenio del mal que posee este cuadrúpedo es sorprendente: Lo vi una vez acudir a esta arma secreta para cazar un ave: después de mojarse la piel en el rio, se frota con una greda colorada y se echa de espaldas fingiendo estar muerto para engañar a las aves de rapiña; y asi, cuando se acerca el ave para picotearlo, él la apresa con sus devotas garras y enseguida la devora santamente.

En aquel momento el perro fue interrumpido: "Ahak, Ahak".

Era un cuervo que desde un árbol cercano escuchaba la sesión y dijo:

-Esto es cierto y todavia conservo la señal de una herida en mi cuerpo como recuerdo de aquel acontecimiento.

Todos los animales se rieron, mientras que el perro continuaba su discurso:

-El zorro jura por todos los santos y por la salvación de su negra alma que el burro ha cometido una alta traición. ¿Puede decirnos este zorro embaucador cuáles son sus pruebas que demuestran evidentemente la culpabilidad del burro? El zorro aplicó sus propias culpas al pobre burro y pidió su condena. Señores, yo he oído decir varias veces: "El que tiene techo de vidrio no debe lanzar piedras a los vecinos." El burro no puede cometer traición alguna; él puede, por su estupidez, cometer una tontería y esto es debido a su ignorancia.

Dice el desleal zorro que el pobre burro es extranjero y enemigo común y ahora os voy a preguntar, señores: ¿Quién no es extranjero en este mundo? y ¿cuándo la ley natural trazó límites en la tierra? ¿Cuándo la tierra hizo distinción entre un animal y otro? ¿No somos todos hijos de la misma tierra? Pues yo no puedo creer que el zorro descendió solo del planeta Venus o de Marte, ni que él es el hijo predilecto de los dioses. Este término "extranjero", que emplea el zorro, es el término de unos desgraciados hombres, hijos de la ambición y de la maldición que inventaron esta palabra para sembrar la discordia entre los hombres en lugar de la fraternidad. Señores, los semejantes se atraen, por eso el zorro ya empleó las palabras de los hombres malditos por las generaciones para sembrar la cizaña entre los animales.

Por último, el hipócrita zorro invocó a todos los santos para que concedan una larga vida al rey. Estas son las mismas plegarias que dirigió antes, por nuestro difunto rey anterior y padre del actual, pero a mi me contó la alondra que, cuando agonizaba nuestro soberano anterior, estando solo en su guarida, llegó el zorro y comenzó a devorarle el vientre antes de que el pobre exhalara su último aliento.

* * *

Este es el zorro, señores, que siendo tan traidor como el lobo se vanagloria de su patriotismo y atribuye la traición a todo el mundo.

* * *

Cuando el perro terminó su discurso, todos los animales guardaron silencio esperando el fallo del león, quien, a pesar de su hambre, guardó también silencio largo tiempo para decir luego:

-Señores, pronto saldrá el sol; por esta noche clausuro la Asamblea. He de meditar durante el día y os comunicaré mi decisión. Pero antes de separarnos, ordeno al burro que asista a la Asamblea de esta noche para que él mismo se defienda y al mismo tiempo ordeno al consejero Zorro que comunique mi orden al burro.

* * *

Durante el día, el león celebró varias entrevistas secretas con el lobo, el oso y el zorro, cuyos resultados no llegaron a mis oídos, pero en atención a las consecuencias podemos conocerlas sin ser adivinos.

El cobarde que no se atreve a atacar frente a frente al enemigo, le tiende, en las sombras, una trampa.

* * *

En la mañana de aquel día, el perro dijo al burro:

-Oye, necio, tienes que escuchar y obedecer lo que te digo. Tú no debes alejarte hoy de la casa y, si te es posible, no salir de tu establo.

-¿Por qué? -preguntó el burro.

-El que pregunta ¿por qué? debe ser aspirante al saber, mientras que tú eres un necio; diriges las preguntas automáticamente. No querría perder las palabras contigo, pero para descargar mi conciencia te diré: la Asamblea de animales ha decretado tu muerte.

-¿Por qué? -volvió a preguntar el burro.

El perro lo miró con una mirada enigmática, llena de compasión y de dolor, de sarcasmo y de indignación, y cuando comprendió que era inútil seguir discutiendo con él le dijo, mientras se alejaba:

-No debes salir del establo, no debes alejarte de la casa y, sobre todo, no debes rebuznar para nada.

* * *

En la tarde del mismo día, mientras el perro cumplía las órdenes del amo en un pueblo vecino, salió el burro del establo y después de rebuznar con una voz chocante y desafinada, salió a pacer cerca de la casa.

Estaba el sol a la altura de un metro del horizonte, cuando se le acercó el zorro sonriente y le dijo:

-Salud y paz, hermano burro.

-Salud, salud -contestó precipitadamente el burro masticando con apetito, y, después de mirarle indiferentemente, tornó a comer las frescas hierbitas. El zorro volvió a entablar nuevamente la conversación, diciendo:

-Hermano burro, veo que te has vuelto goloso. ¿No te han enseñado que la gula es un pecado mortal?

El burro, que no podía abrir el hocico por lo lleno que estaba en aquel momento, balbuceó ciertas sílabas nasales que querían decir:

-En el comer está el vivir.

-¡Hola, hola!, te has vuelto últimamente un filósofo.

El burro, envanecido por aquel título, enderezó las orejas y dijo:

-Gracias, hermanito zorro, así soy yo; siempre he creído, aunque el perro me llama necio, que la mayor sabiduría consiste en tener buena dentadura y perfecto estómago. ¿Qué te parece mi idea?

-Esta gran idea debo aprenderla de memoria para transmitirla textualmente a mi soberano y rey que es el león -replicó el zorro.

-Pero, ¡cuidado con plagiarla!

-¿Por quién me has tomado, burro? Ahora hablaremos de otra cosa. ¿Qué tal el pasto por aquí?

-Humm, no está del todo mal, aunque ya comienza a ser duro y seco.

-¿Por qué no vienes conmigo? Yo tengo visto un lugar lleno de hierbitas bien frescas. Ven, que yo te conduciré a él de mil amores.

-No, ahora no puedo, porque el perro me dijo que no debía alejarme de la casa.

-¿Así te dijo el perro? ¿Y tú, el gran filósofo, recibes órdenes de ese charlatán que ladra día y noche? Ven, amigo, ven; nosotros los filósofos no debemos tener relaciones con seres estúpidos y habladores.

Meditó un momento el burro, dudando de su propia filosofía y del consejo del zorro, quien leía en sus pensamientos y preparaba el lazo final. Después de un momento reanudó el zorro la conversación, mientras que el sol se ocultaba tras las montañas.

Me olvidé de decirte que en aquel lugar encontré una burrita más hermosa que una yegua; pero la pobre está bien triste, porque, según he observado... (hizo un guiño al burro), estaba sola y anhelaba un compañero.

Cuando oyó esto, el burro comenzó a temblar de pasión; dejó de comer, levantó el labio superior hasta topar la nariz, aspiró fuertemente el aire y luego lanzó un rebuzno ensordecedor.

-Ahááá-ih-áááá-in-ah-ahá-iá-iá...

Y todo ese largo discurso decía lo siguiente: "Hermano zorro, te conjuro a que me lleves a ella, ¡pronto, vamos, corre más ligero, vuela, más rápido!"

Todos los animales son como los hombres, muy lujuriosos; sólo la razón en el hombre es un freno, mas, cuando el ser está privado de la razón, verbigracia, el burro..., se identifica con su propia pasión y se deja llevar por ésta hasta su perdición.

Los dos seguían corriendo; a cada momento el burro lo conjuraba a su compañero para que aligerase el paso.

Ya era muy de noche y habían penetrado mucho en la selva; entonces el zorro clamó:

-Aúúúúhóóóóóóooouuuu.

Y antes de terminar su llamada salieron de entre los árboles cuatro lobos a quienes les dijo el zorro:

-Conducidle ante su majestad el león.

Cuando llegaron todos a la guarida del león rey, éste ordenó:

-Queda el burro preso entre los cuatro lobos hasta obtener el fallo de la Asamblea.

• • •

Eran las nueve de la noche; todos los asambleístas estaban reunidos. El perro llegó tarde, muy contrariado, meditando en la manera de salvar a aquel estúpido animal que desoyó sus consejos.

-Es imposible -decía-; la ignorancia y la estupidez son tan pecados como el asesinato y el robo. El burro no puede tener salvación esta vez.

Todos estaban presentes. Ordenó el león que el tigre, en su calidad de jefe supremo de la fuerza, presidiera la reunión.

Reunidos todos, abrió el juez la sesión, hallándose el burro encarcelado y ausente. El oso se adelantó al medio de la sala y en voz alta dijo:

-Señores animales, bestias y alimañas, carnívoros y herbívoros, grandes y chicos, oid: Nuestro rey y señor, amo de las selvas y de todo lo que hay a la redonda, se encuentra muy enojado porque su paternal discurso fue interrumpido por el degradante rebuzno del burro. Ahora que estamos en presencia del Tribunal Superior, cada uno de vosotros debe decir la verdad y todo cuanto sepa, pues el reo será juzgado conforme al testimonio de vosotros. El tribunal quiere acumular pruebas por cuanto dice su señoría que no hay error más grande que condenar sin pruebas.

Pausa. Luego el juez dijo:

-Señores del jurado: os transmito las palabras de nuestro señor el rey que os advierte que no ocultéis la verdad; declarad sin temor todo cuanto sepáis; cuidado con encubrir al falso, pues quien esto hiciere, será tratado como cómplice del criminal y será castigado fuertemente. Decid, pues, cuanto sepáis y prestad oídos a lo que dice el primer artículo del Código Penal:

"Quien se niega a ser testigo de un crimen cuyo autor conoce, a su boca le será puesto un freno de fuego". Hablad, señores.

Entonces se levantó el zorro y gritó:

-¡Señores del Jurado! ¿Qué más pruebas debemos acumular? ¿Acaso no rebuznó el burro mientras el rey pronunciaba su discurso? ¿Duda alguno de vosotros de que el burro es un agitador y perturbador público? ¿No es suficiente su rebuzno para acarrear su condena?

Nadie se atrevió a decir "Esta boca es mía". El más profundo silencio dominaba a la Asamblea. Al verlos a todos callados, el juez dijo:

-La defensa del burro es permitida y nombramos al perro como defensor legal del ausente.

El perro quiso excusarse, pero el rey dijo:

-Tú tienes que defender a tu amigo y te doy mi palabra de que serás respetado y nadie se atreverá a tocarte.

Al oir esto, el perro se levantó y, después de agradecer al rey, se dirigió hacia la Asamblea y dijo:

-Señores, las pruebas del zorro no tienen ningún valor por dos motivos:

1°) Cuando el burro rebuznó, estaba muy lejos y no había oído la voz del rey, y 2°) hace tiempo que su majestad el rey había promulgado y permitido la libertad de palabra.

Entonces se levantó el Cerdo y dijo:

-¡Honorable Tribunal!, parad mientes en lo que voy a deciros: El burro es un animal muy sucio y asqueroso; orina y duerme sobre su estiércol; a veces roba los bienes ajenos, paciendo hasta en los trigales verdes y tiernos.

El perro le contestó:

-¡Tú, el gran cochino, el más sucio e inmundo de los animales, ¿te atreves a hablar de suciedad? ¿Cuántas veces te perseguí en la casa del amo robando el pan y ensuciando los muebles con tus patas y cuerpo repugnantes? Todos pueden hablar de aseo, menos tú.

Se levantó el lobo y dijo:

-El burro es un conspirador, porque según informes recibidos

sé que una vez dijo: "Deseo la muerte de los animales carniceros para tener la selva como propiedad particular."

-¿Puede presentar estos informes, lobo?

-¿Dudas de mi palabra?

-No sólo dudo de tu palabra, sino que te declaro mentiroso ante la Asamblea.

Cuando dijo esto el perro, un gran silencio reinó en la Asamblea y nadie se atrevió a lanzar otra acusación, porque les pareció que el perro adivinaba hasta sus más íntimos pensamientos.

Y mientras todos callaban, el juez preguntó:

-¿Ya no hay más pruebas contra el burro?

Pausa.

-Pues, señores, yo no encuentro causa suficiente para castigar al reo.

-El burro es culpable y exigimos su muerte -aullaron algunos.

El juez protestó diciendo:

-Sin pruebas no puedo condenarlo.

-Exigimos que el burro venga y confiese sus pecados ante el rey, quien únicamente tiene derecho de absolverlo, rebajar la pena o darle un castigo leve.

-En este caso -dijo el juez- dimito de mi cargo.

El zorro aulló:

-Protesto, no acepto su dimisión; en este caso pido a su majestad el rey que todos confiesen sus pecados para juzgar quién es el más culpable.

Al oír esto, el león dijo:

-Aceptada la sugerencia. Que traigan al burro.

El burro fue conducido a la Asamblea y, cuando los carnívoros contemplaron aquella gordura, la encontraron provocativa al paladar, y todos aullaron de desesperación. Muchos de entre ellos meditaron la sublevación contra la autoridad del rey si éste no les regalaba la provocativa carne del animal de largas orejas.

• • •

Transcurrido un corto tiempo desde la entrada del burro en el seno de la Asamblea, volvió nuevamente a reinar el silencio. Entonces el león tomó la palabra y dijo:

-Señores. Nos, el león, rey de la selva y de todos los animales, ordenamos a todos los presentes que confiesen sus culpas y pecados ante nos, porque hoy es el día de la justicia. Nos, como padre del pueblo, debemos depurar nuestra patria, la selva, de todos los traidores y agitadores contra el orden y la autoridad.

Y después de una pausa para recordar los consejos que el zorro, el oso y el lobo le dieran durante el día, continuó:

-Nuestro reino debe ser de paz y justicia, y, para que así lo sea, exigimos una confesión general y pública para poder juzgar, con toda la imparcialidad, a todos, según nuestra omnímoda autoridad. Acércate, tigre, y confiesa tus pecados públicamente y, como eres el más poderoso después de mí, debes dar un buen ejemplo a nuestro pueblo.

Pausa.

Se levantó el tigre, dio algunos pasos, se detuvo en medio de los asambleístas y dijo:

-Mea Culpa... Confieso Señor, que maté y devoré a diez hombres, veinte caballos, cincuenta toros, mil carneros y ovejas, fuera de otros animales pequeños cuyo número es incalculable. El hambre, señor león, el hambre es un mal consejero.

-Bueno -contestó el león-, yo te absuelvo porque el hambre nos obliga a veces a olvidar los mandamientos. Que se acerque otro penitente.

Así todos desfilaron, uno por uno, ante el confesor, y todos habían matado, robado, traicionado por hambre, y fueron absueltos.

Al fin, le llegó el turno al burro. El pobre tartamudeaba de miedo, pero pudo decir:

-Yo, señor león, nunca he matado, nunca he robado nada a nadie, porque como su majestad sabe, yo soy vegetariano y herbívoro; por tal motivo, no recuerdo haber cometido un pecado, fuera de unas coces que he dado a unos perros que me molestaban, pero no llegué a matar a ninguno. También lancé una

coz a uno de mis amos que era cruel conmigo, pero no le hice gran daño porque estaba lejos de mi alcance y apenas le rocé el muslo.

-Hummm -dijo el león-, tú estás aquí para confesar tus culpas y no para justificarlas. La intención en estos casos es la que vale. Tú has dado la patada a tu amo con la intención de matarlo, pero como estaba fuera de tu alcance no lo has conseguido. Este es un delito grave, una tentativa de asesinato, señor de orejas largas.

-Yo me arrepiento, señor, y no volverá a suceder.

-¿Y, qué más?

Calló el burro, como examinando su conciencia, y después de un rato continuó:

-Señor, nunca he estudiado leyes ni teología, y no sé si lo que voy a confesar es un pecado. Un día iba cargado y casi desfalleciente de hambre. Al pasar cerca de un trigal tierno todavía, eché el ojo sobre una plantita tierna de trigo y de un belfazo, seguido de un mordisco, la arranqué de raíces; lo más grave del caso es que el trigal pertenecía al convento de San Pedro.

Cuando dijo esto el burro, un "Haaaaaaaa..." muy largo se dejó oír en la Asamblea.

Todos los animales aullaban a la vez como si la ley de la gravitación hubiera desaparecido y el mundo tocara a su fin en una inmensa disgregación.

El lobo aulló:

-¡Anatema!

-¡Anatema! -repitieron todos.

El león se levantó enfurecido y rugió:

-Animal de orejas largas: nunca en mi vida he oído tamaña profanación. Muchas veces he cavilado y averiguado el motivo que enojó a Dios contra nosotros y no pude, ni siquiera, imaginarlo. Ahora ya comprendo el porqué y la causa de todas nuestras desgracias. Todo delito puede ser perdonado, pero el robar al convento de San Pedro, y ¡una planta de trigo tierno!... ¡Esto no tiene perdón! Por el contrario, merece pena de muerte.

Y antes de terminar su discurso, se oyó un crak en toda la selva. El león, de un zarpazo, trituró el cráneo del burro ladrón."

• • •

Pausa...

Luego, el narrador continuó:

-Me contó el ruiseñor que todos los vecinos de la selva huyeron y actualmente los carniceros se devoran entre ellos.

• • •

Contemplé a mi compañero en su puesto para dirigirle una pregunta y lo encontré, con los ojos cerrados, meditando...

Entonces yo me tragué la pregunta y también medité...

EL MEDICO DE LOS MUERTOS

El se llamaba doctor Siraj. Nunca pude retener su nombre de pila. Tampoco recuerdo cuál fue la primera persona que me lo recomendó; lo cierto es que hace un par de años fue llamado por casualidad para curar a un hijo mio, gravemente enfermo.

Como padre, yo me desesperaba y no sabia qué hacer. Los médicos todos estaban de acuerdo en el diagnóstico de la enfermedad del pedazo de mi ser y en los remedios, pero mi hijo seguia grave y los facultativos en sus juntas de mañana y tarde movian sus cabezas de uno a otro lado.

Aquel movimiento de cabeza me exasperaba. Se necesita ser padre, padre amoroso, para sentir su efecto, para vivir aquel momento más duro que la desesperación y más doloroso que la separación de los seres queridos.

En un arranque de mi desesperación, salí de mi casa, sin rumbo fijo. Los transeúntes me contemplaban de un modo distinto. Tal vez porque ellos sentian mi dolor o porque habia algo extraño en mi manera de andar.

Mientras yo seguia inconsciente de mi mismo, oí una voz que me decia:

-¡Hola, hombre! ¿Qué pasa?

Me detuve, descendí del mundo del pensamiento, luego levanté la mirada a mi interlocutor y le dije:

-Juan, ¿cómo estás?

-¿Qué tienes, hombre? ¿Sigue mal el chico?

No pude contestar; sentí una especie de nudo en mi garganta. Mi compañero oyó mi pensamiento, calló un momento y luego me dijo con precipitación, como quien se acuerda de algo:

-Oye, ¿por qué no consultas el caso al doctor Siraj? Allí va. ¿Quieres que lo llame?

Tampoco contesté, pero mi amigo vio en mis ojos el consuelo de un náufrago que encuentra una tabla en el mar.

No me doy cuenta de lo que sucedió; sólo me desperté delante de un hombre desconocido que me saludaba.

Mi amigo había llamado por un carro; los tres nos embarcamos en el vehículo y antes de diez minutos llegamos a casa.

* * *

Yo encontré en el doctor Siraj a un hombre muy simpático con aquella talla alta, ojos grandes, negros, y un rostro muy bien formado; los demás dicen que es imponente. Contemplando bien su fisonomía, nadie podía calcularle más de treinta y ocho años, pero oyéndolo hablar, tuve la sensación de que me hallaba delante de uno de esos patriarcas descritos por la Biblia. Las comisuras de su boca revelaban, hasta en la sonrisa, una melancolía muy profunda. Hablaba muy poco; sus frases eran las de un ser muy convencido de lo que decía. Sus palabras salían como rayos de luz que van directamente a la razón o como flechas que se dirigen al corazón.

Durante nuestra trayectoria hacia la casa, él pensaba; su silencio producía en mí cierta cosquilla interna, sentida y experimentada por aquéllos que quieren conversar para agradar al compañero, pero no hallan un motivo de conversación. Yo quise decir algo, romper aquella monotonía y pregunté:

-¿El doctor es extranjero?

-Sí, señor, extranjero en todas partes.

Aquella contestación me anudó la lengua.

Al fin llegamos a la casa, abrí la puerta, y lo hice entrar... Ahí estaban los médicos en junta... Aquella reunión de facultativos cerca de mi hijito enfermo, de la que yo me había olvidado y que el doctor Siraj no esperaba encontrar, nos impresionó a todos y el lector no necesita explicación del porqué. Mi amigo me reprochó con la mirada. Yo quise hablar pero no me vino a la

mente ninguna palabra. Los médicos contemplaron con sorpresa y disgusto al intruso, quien, después de mirarme de reojo, saludó con serenidad, inclinando levemente su cabeza, y dijo:

-Buenos días, señores.

Dos de los facultativos quedaron callados y uno solo contestó con mal modo muy mal disimulado:

-Buenos días.

Yo tuve que remediar la situación para no disgustar a ninguno de los presentes y dije:

-Señores, les presento al doctor Siraj. Tuve, por mi desesperación, que suplicarle para que viniera a ver a mi hijo. Ustedes comprenden el sufrimiento de un padre cuando siente que un hijo se le escapa de entre las manos.

Los que no contestaron el saludo sonrieron de una manera tan hiriente que era capaz de aniquilar a un toro. El tercero habló:

-Puede acercarse a examinar al enfermo.

-No hay necesidad -contestó el doctor Siraj.

-¿Cómo no hay necesidad?

El doctor Siraj, adelantando dos pasos, se detuvo a la distancia de dos metros de mi agonizante hijo; lo contempló detenidamente con los ojos entornados, durante un minuto. Durante este lapso, mi rostro cambió de color varias veces, entre la vergüenza y el temor: Vergüenza ante aquellos famosos facultativos que pudieron creer que he acudido a un charlatán y temor de que ellos abandonaran la curación de mi hijito por haber dudado de su saber.

No quisiera recordar aquellos segundos que transcurrieron tan lentamente como las noches para un enfermo dolorido.

Al fin, y a Dios gracias, habló el doctor Siraj con una naturalidad asombrosa:

-Sí, bronconeumonía aguda en el pulmón izquierdo; luego el mal ha invadido el derecho. El estado es grave. La disnea aumenta. Numerosos glóbulos blancos degenerados; gran cantidad de pneumucosas con asociaciones microbiales. El caso es extremadamente grave.

Después de decir todo esto, se alejó de la cama del enfermito y tomó asiento sobre una silleta, meditando.

Los médicos, a cada frase pronunciada por el doctor extranjero, se miraban entre ellos de una manera asombrosa que podía causar risa al más triste; luego dirigieron la mirada al doctor Siraj, tan asustados como reos que confiaban en la salvación, y escucharon su sentencia de muerte, sin ninguna apelación. Aquel diagnóstico a distancia, tan acertado, destrozó y aniquiló por completo su orgullo. Y yo, desgraciado de mi, a pesar de aquel fallo contra mi tierno hijito, me sentí, por mi vanidad, algo contento porque el médico nuevo que llamé para curar a mi hijo no era charlatán, como lo trataron sus colegas ante mi vista.

El silencio era absoluto: el doctor Siraj, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, meditaba, meditaba, Dios sabe en qué. Mi hijo se ahogaba en su estertor y yo me volvía loco por aquel silencio sepulcral. No sabía qué hacer ni qué decir; la esperanza y la duda se apoderaban de mí, simultáneamente, varias veces, a cada segundo.

Entró mi mujer al aposento; había oído todo. Con mi desesperación quise remediar la de ella, pero fue un remedio equivocado. Los facultativos la contemplaron, esta vez sí, con compasión. Ella, sin mirar a nadie, se dirigió al doctor Siraj, se arrodilló delante de él, abrazó sus piernas, como María Magdalena al Nazareno, y, con una voz que removió la sangre de todos los presentes, aquella sangre que se eleva directamente a los ojos, por donde brota sin color, en lugar de roja, dijo:

-Doctor, salve a mi hijo.

El doctor Siraj la miró con una dulzura indefinida e indescriptible, sonrió bondadosamente y luego dijo con la seguridad de "Fiat":

-El lo salvará.

Mi mujer tomó la mano del médico y la colmó de besos. Yo me quedé clavado en mi puesto. Los médicos no se atrevían a moverse ni a respirar.

-¿Quién sería El?...

Por fin terminó la escena.

El doctor Siraj se levantó, paseó su dulce mirada sobre los presentes y, con un tono que no era posible definir si era de súplica o de mando, expresó:

-Señores, se puede salvar al niño, pero es necesaria la ayuda de todos ustedes.

-¿En qué podemos ayudarle, doctor? -dijeron dos de los médicos, mientras que el tercero tenía la mirada más elocuente que un discurso.

-Yo atiendo solo al enfermo. Ustedes han de entrar en este cuarto vecino. Después de cerrar la puerta y tomar asiento, cada uno de ustedes debe concentrarse en las siguientes frases: "Los hombres son mis hermanos; todos los hombres son buenos. Desde hoy amaré, serviré y mi sacrificaré por mi enemigo." Debéis prometerme, por vuestro honor de caballeros y médicos, que cumpliréis y practicaréis estas instrucciones. ¿Me lo juráis?

Silencio.

-¿Qué les pasa? ¿Por qué no contestan?

-¿Este es el remedio? ¿Nada más? -preguntó uno.

-¡Nada más! Ustedes creen que es algo fácil. Aquí no se trata de decir solamente con palabras; es necesario sentir lo dicho, vivirlo, durante dos horas.

Silencio...

Uno de los médicos se adelantó hacia aquel hombre extraño y le dijo:

-Para ver la realización de este milagro soy capaz de perder diez años de mi vida. Seremos francos. Doctor, sus instrucciones no son tan fáciles porque vivir lo que no podemos sentir es algo imposible; pero en mi nombre, y en el de mis colegas, me atrevo a decir que haremos lo que está al alcance de nuestro poder para obedecerle, siempre que nos asegure que usted puede salvar al niño y...

El doctor Siraj frunció el ceño y, con una mirada fulminante, hizo tragar a su colega el resto del discurso para decirle:

-Doctor, ¿por qué tergiversa usted mis palabras? Yo no he dicho que puedo salvar al niño. Yo dije que El lo salvará. ¿Por qué ha dudado?

Después de decir esto se calló, pensativo; luego suavizó su tono, volvió la dulzura a su mirada cautivadora y continuó:

-Perdóneme, her... doctor; yo lo que le pido es su ayuda y nadie está aquí exigiendo lo imposible. Os ruego a todos que me ayudéis buenamente en lo que podáis. ¿Estamos?

-Estamos -dijeron todos.

Luego nos encaminamos al aposento vecino y el doctor Siraj condenó la puerta con sus propias manos.

* * *

No puedo saber cómo han hecho su concentración mis compañeros. Yo tampoco puedo describir cómo he pasado las dos horas, ni cuántos miles de ideas golpearon mi cerebro.

Después de colocarme en un cómodo sofá, apoyé la cabeza sobre mis dos manos y comencé a repetir: Todos los hombres son mis hermanos... ¿qué más?... Ya... todos los hombres son buenos... yo amo... yo sirvo y me sacrifico por mis enemigos.

Hasta aquí pude seguir con mi concentración y mi mente, como un mono en la selva, saltó a estas cavilaciones y preguntas:

-¿Será éste un remedio eficaz? ¿Será cierto?

-Si con esto se cura mi hijo, sería un milagro.

-¿Qué le estará haciendo en este momento? Es algo increíble.

-¿Tendría algún remedio en el bolsillo?

-No es factible, porque él fue llamado sin ser prevenido.

-¿Podrá él sanar a mi hijo? El lo asegura, pero yo lo dudo. Mi hijo está grave.

-Si llega a curar a mi hijo, yo le levanto un monumento.

-Los médicos deben convertirse en discípulos de él.

-El gobierno debe condecorarle.

-Debo publicar su nombre en la primera plana de los periódicos y estampar en ella su retrato.

-"El lo sanará". ¿Qué quiere decir esto y quién es El? Esto es un misterio.

-¿Será posible, se curará? Este hombre debe ser profeta, o santo.

-¡Qué simpático y qué dulzura! ¿Y su mirada? Parece que tiene luz y fuego.

-¡Caramba! Debo concentrarme y, ¿por qué tanta distracción? Sí, todos los hombres son buenos.

-Ha sido una feliz casualidad esto de salir de mi casa y encontrarme con este amigo y luego con el doctor Siraj. ¿No será esto una providencia?

-¡Pobre madre! ¡Pobre mujercita mía! ¡Cómo le abrazaba los pies y le besaba las manos!

-A decir verdad, los médicos la trataron muy mal. Pero, ¡qué susto recibieron los pobres cuando dio su diagnóstico!

-Todos los hombres somos fatuos, sabemos todo y no sabemos nada.

-Nuevamente estoy distraído: "Todos los hombres son mis hermanos, son buenos".

-Que todos los hombres son hermanos, es verdad; pero que todos son buenos, je, je, je; eso es muy dudoso, doctor Siraj.

-¿Por qué no? Deben ser buenos. El mal en los hombres es la ignorancia.

-Ya estoy filosofando nuevamente. Yo, yo que debo ayudar más que nadie a la curación de mi hijo, soy el que menos coopera.

Todos los hombres son hermanos... Todos los hombres son buenos... Desde hoy amaré, me sacrificaré y serviré a mi enemigo.

-Sí, sí, aunque no tengo ningún enemigo. Hummm, ¡quién sabe! Mi disgusto con Pancho ya lleva un año y ¿por qué motivo?, por una tontería... ¡Qué hombre tan ignorante y orgulloso soy! ¡Mañana mismo voy a pedirle perdón!

-¿Y Juan? Lo insulté, lo herí porque no quiso pagarme aquella insignificante deuda. Tal vez el pobre necesitaba y yo lo traté de ladrón. ¡¡Ay Dios mío, qué malo soy!! Mañana tengo que enviarle por correo un billete de valor sin mencionar mi nombre... Sí, sí, de-

bo hacer eso. Quizás así pueda borrar algo de la culpa y así mi hijo se cura.

-Y a Teófilo, pero... ¿y la concentración? No me es posible concentrarme.

-"Todos los hombres son hermanos..."

-Si mi hijo muere morirá también su madre. ¡Pobre madre! ¡Tantas noches sin dormir!

-Bendita mente la mía que no puedo concentrarme ni cinco segundos seguidos.

-Todos los hombres son hermanos. Todos los hombres son buenos... Sí, sí, yo soy el único malo entre ellos; yo soy el vanidoso, el orgulloso, el ignorante...

* * *

No vaya a creer el lector que éstas son las únicas ideas que he tenido durante las dos horas. Yo le aseguro que ascienden a miles, pero ya no las recuerdo. Pensé en mis acreedores y deudores y en otros detalles vergonzosos. Mi mente era como un film de cine que conduce mi atención de un pasaje a otro. ¡Qué difícil es la concentración! Varias veces me esforcé en volver al punto de partida y siempre me perdía en aquel laberinto de mi cerebro. Se apoderaban de mí la furia y la indignación, me reprochaba a mí mismo, vituperaba mi debilidad, mas todo fue inútil.

¿Mi hijo va a morir y no puedo ayudar a su curación con un momento de concentración? ¡Qué vergüenza y qué desesperación!

¿Y después me vanaglorio de ser un padre amoroso?

Tuve sed, tuve deseos de fumar, tuve comezón en el cuerpo como si todos los bichos del mundo se hubieran apoderado de mí. A veces me rascaba sin emplear las manos, por medio del automovimiento y el roce contra la ropa.

Miraba de vez en cuando a mis compañeros en la tarea y aseguro que todos ellos estaban en peores condiciones que yo. Unicamente mi mujer estaba como una estatua.

Es madre. Tal vez su desesperación le condujo directamente hasta la Fuente de la Salud. Tal vez su mente estaba conectada con la Gran Mente. Quizás ella pudo más que todos nosotros.

Mientras mi mente saltaba de una idea a otra, oímos una voz.

Todos -menos mi mujer-, como movidos por un resorte, nos pusimos de pie.

La madre seguía inconsciente o en estado extático. Tal vez su alma estaba en comunicación con la de su hijo.

Nuevamente oímos la misma voz que llamaba:

-Mamá, mamita.

Y todos, de un salto, quisimos ganar la puerta como cuando el pánico del peligro se apodera de un grupo de personas que se encuentran en un aposento o en un teatro y oyen la voz de "incendio".

El doctor Siraj abrió la puerta.

Mi hijo abrazaba el cuello de su médico.

La frente del doctor Siraj estaba bañada por el sudor. Su rostro estaba mucho más pálido que el de mi hijo.

Nosotros nos detuvimos ante aquella aparición, petrificados.

La madre, que recién se despertaba de su éxtasis, tendió las manos, tembló, no podía levantarse de su puesto.

Sus ojos despedían ansia.

Sus labios temblaban.

En su rostro se reflejaba la tercera persona de la palidez.

El doctor Siraj se adelantó hacia la madre, la miró con toda la bondad de su alma, colocó al niño en sus brazos y le dijo:

-Señora, a quien ama mucho, mucho le será dado. Sea feliz y dé gracias a El, el Unico Médico que le devuelve a su hijo sano.

Dicho esto, se inclinó suavemente a ambos lados, ante los presentes que formaban, inmóviles, sus guardias de honor y salió como entró, triste, humilde...

* * *

Pasaron dos años desde de la milagrosa curación. Hasta hoy

nadie sabe cómo fue realizada. Los médicos nada dijeron. Mandaron sus planillas y cobraron.

El doctor Siraj olvidó enviar su planilla y yo me olvidé de ir a pagarle: después de todo, mi hijo ya estaba sano y fuerte.

Muchas veces me encontré en la calle con el salvador de mi hijo y yo huía de él.

Yo no le he levantado ningún monumento.

Los médicos nunca podrían convertirse en discípulos de un charlatán; al contrario, deben combatirlo.

El gobierno no tenía porqué condecorarlo.

Tampoco su nombre ni su retrato fueron publicados en los diarios.

Hasta yo, interiormente, le tenía cierta aversión.

¿Será tal vez que por su superioridad le tengo envidia?, o quizá sea porque sus curaciones llegaron a tener fama. ¿Será porque no se rebajó a enviarme la planilla?, ¿o será porque no quiero pagarle y lo odio como a un acreedor?

Averiguando disimuladamente, llegué a saber que:

1°) El doctor Siraj es pobre.

2°) Nunca pide nada por sus curaciones.

3°) Hubo gente de bien que le preguntaba: "¿Cuánto le debemos, doctor?". El, entonces, contestaba a los ricos: "Lo que ustedes gusten", y a los pobres: "Nada".

4°) Cuando alguien le pagaba algo, con toda indiferencia y sin mirar la cantidad, guardaba el dinero hasta con cierta repugnancia.

5°) También he notado que muchas personas a quienes él ha curado no lo estiman, aunque no se atreven a decir nada malo contra él.

Lo cierto es que el doctor Siraj se convirtió en el hombre de moda; pero todos sabemos que la moda, así como puede agradar a unos, puede también repugnar a otros. Así pasaron dos años, hasta que un día...

(Perdón, querido lector, voy a encender un cigarrillo).

* * *

Un día, nuevamente, enfermó mi hijo: fiebre alta, tos seca, fuerte dolor de cabeza.

En la casa, después de dos años, volvía a reinar el miedo. Mi mujer iba y venía en el cuarto del enfermo y miraba de un lado a otro como quien busca a alguien. Yo leía sus pensamientos: "Que venga el doctor Siraj".

Para aquella madre, el doctor Siraj era un dios en la tierra y ¿quién se atrevía a nombrar siquiera a otro?

Por una parte, ella tenía razón, pero por otra yo tuve la mía. ¿Cómo podía yo ir a solicitar los servicios de aquel facultativo contra quien tenía, y sin motivo justo, cierta aversión? ¿Con qué valor iba a llamarlo para que curara a mi hijo si todavía, por mi olvido voluntario, no le había pagado por la curación anterior?

Mi mujer me preguntó varias veces:

-¿Has pagado al doctor?

Y yo, simulando siempre la verdad. Unas veces le decía que no lo había encontrado, otras, que estaba ausente, y así varias veces.

La pobre mujer leía la mentira en mi cara, callaba, pero sufría. Como madre encontraba siempre que su propia vida era insignificante al lado de la de su hijo, y nunca podía comprender cómo un padre no pagaba, con algunos sucios billetes de banco, a quien había arrebatado de las garras de la muerte al ser de su ser.

No sé cómo pasó ella aquella noche al lado del hijo enfermo. Yo, aunque preocupado, dormí.

A las ocho de la mañana se acercó ella a mi cama, me despertó y me lanzó esta pregunta:

-¿Vas tú a llamar al doctor Siraj, o voy yo? Nuestro hijo sigue igual.

-Ya me levanto -contesté-; voy a llamarlo.

Mientras me vestía, buscaba en mi inventiva una salida. Al fin acudí a la mentira.

Eran las nueve y media cuando toqué la puerta del consultorio del doctor Siraj.

-Adelante -oí decir a una voz.

Entré, saludé y vi que el doctor Siraj estaba escribiendo. Estaba rodeado de muchos libros. En su escritorio habia algunos abiertos, unos esparcidos al azar y otros colocados simétricamente.

El doctor acomodó su pluma sobre uno de los tinteros que se hallaban delante de él, luego me ofreció un asiento muy cerca del escritorio y me dijo con aquella bondad que lo caracterizaba y siempre cautivaba:

-¿En qué puedo servirle?

-Sabe, doctor, que hace dos años estoy esperando su cuenta y, como parece que usted no piensa mandármela, yo vengo ahora a pagarle.

El doctor me miró a los ojos. No pude resistir aquella mirada escudriñadora y comencé a leer los títulos de los libros que se hallaban cerca de mí. Luego me dijo:

-¿Por qué miente, amigo? Usted es como los demás; ninguno piensa en cumplir con su deber, pero todos exigen derechos.

Aquellas frases fueron como el agua helada vertida sobre mi columna vertebral. No acerté a pronunciar más que estas palabras:

-Tiene usted razón.

Después de unos instantes, el doctor Siraj me dijo con bondad:

-Menos mal. Culpa confesada, culpa perdonada. Ahora dígame la verdad. ¿A qué ha venido? En todo puedo servirle, menos como médico.

-Y yo vengo justamente a eso. Mi hijo está enfermo.

-Yo ya no soy médico de los vivos, soy médico de los muertos.

Al oír aquella contestación, perplejo entre la sorpresa y el susto, murmuré:

-No le entiendo.

-Los muertos me necesitan más que los vivos -contestó.

-Sigo sin comprender, porque su explicación es más ininteligible que su exposición.

-Seguramente, puesto que explicar lo claro es más difícil que aclarar lo incomprensible.

-Sí, efectivamente, porque lo que es claro para usted, es oscuro para mí.

El calló para mirar por la ventana al cielo claro, por un momento; luego dijo:

-Tal vez me he vuelto incomprensible.

-¿No será mejor decir que nosotros no hemos podido llegar a su altura en el saber?

El doctor Siraj me miró tristemente y contestó:

-No, amigo, yo nada sé; pero felizmente yo sé que nada sé, mientras que otros no saben y dicen que todo lo saben.

Silencio...

Meditó el médico un rato; luego se dirigió a mí como quien está resuelto a hablar y efectivamente dijo:

-"Eran las nueve de la noche cuando tocaron la puerta de mi casa. Aquella noche estaba bien cansado y pensaba dormir temprano. Abrí la puerta y entró un hombre rubio, a quien, después de saludarme, lo conduje a la sala y lo invité a tomar asiento".

"No me era desconocida su fisonomía, pero no recordaba en dónde lo conocí, ni cómo. Con todo, lo saludé con la afabilidad que se emplea entre amigos diciéndole:

"-¿Cómo está usted y en qué puedo servirle?

"-Yo, bien, gracias, doctor; desde que usted me curó hace dos años, yo me siento perfectamente y sigo siempre sus instrucciones.

"Mientras él hablaba, yo me esforzaba y buscaba en mi memoria los archivos antiguos, pero como éstos eran muy numerosos, no pude descubrir el nombre de mi visitante. Con todo, yo tuve que sonreír como quien se siente satisfecho de su obra y dejé que continuara la conversación.

"-No vengo ahora por mí; vengo por mi hermana, que está bien grave. Hace seis meses tuvo un parto mal atendido, luego una bronconeumonía y hoy los médicos dicen que tiene tuber-

culosis. Tiene fiebre continua, asfixia, tos, y no puede dormir durante cinco minutos ni de día ni de noche.

"Hace un mes le hablé a mi hermana de usted y de sus curaciones maravillosas y desde aquel día no pide más que al doctor Siraj. A cada instante repite su nombre. Varias veces hemos preguntado por usted y siempre nos decían que estaba ausente. Hoy tarde, por casualidad, leí su nombre en la lista de pasajeros que vienen a la ciudad y aquí me tiene usted. En cuanto a mí, doctor, yo tengo la seguridad de que usted puede curar a mi hermana.

"Al oír estas últimas palabras, sentí como que una flecha candente me atravesaba el corazón. ¿Quién soy yo para que pueda detener la marcha de la naturaleza?

"Después de meditar un momento le dije:

"-Poco a poco, amigo, y usted debe comprender que yo no soy más que un simple médico que apenas ha estudiado las nociones de la medicina.

"-No, doctor, usted es un superhombre y tengo la convicción de que usted puede hacer por mi hermana lo que no han podido hacer los otros.

"Aquella fe ciega en mi poder y en mi saber hería mi egoísmo y mi orgullo. Nunca hubiera querido presentar una batalla de la cual debía huir derrotado, pero la fe ciega de aquel hombre en mí me arrastraba a pesar mío a la derrota; varias veces he luchado contra la muerte y he triunfado, mas esta vez sentía, de antemano, que aquella tremenda enemiga iba a vengarse, con crueldad de mí.

"El temor a la derrota me infundía pánico, pero la voz del deber me aguijoneaba. Supe que antes había luchado con el fantasma, mas ahora sentía que iba a encontrarme con la realidad".

"-Sabe, señor, que estoy convencido de que esta vez no puedo hacer nada por su hermana.

"-Todo puede ser, doctor, pero lo cierto es que si usted no acude a la llamada de mi hermana, ella morirá de desesperación antes que por la enfermedad.

"Al oír esto, no pude soportar más, me puse de pie y le dije:

"-Vamos.

• • •

"Un cuarto oscuro, tétrico, que huele a muerte. Muebles viejos que atestiguan los diversos estilos de muchos carpinteros. Parientes tristes sentados alrededor de la cama de la mujer enferma, cansados y fastidiados a la vez, porque se vuelve insoportable el enfermo que ha molestado durante seis meses consecutivos.

"Una joven, que, según dice, no tiene más que veinticinco años, es la paciente, pero los días de la enfermedad duplicaron los años.

"Debió ser muy hermosa, porque la tisis no se atrevió o no pudo borrar toda su hermosura. Estaba sentada, pero sostenida por almohadones.

"Cada aspiración de ella era un fuerte suspiro y cada exhalación era un esputo y cada esputo, una descarga de sangre y pus. La joven arrojaba sus pulmones.

"Los ejércitos de bacilos, después de consumir los alvéolos, se precipitaban por millones hacia afuera, en busca de nuevas presas.

"Ella me miró y, sin que nadie le dijera, me conoció y me dijo con toda familiaridad:

"-¡Malo!... ¿Por qué no vino?

"Tos, esputo, suspiro.

"-No hable, por favor, le ruego. Déjeme calmarle la tos y después reprócheme.

"Con una seña de mi cabeza salieron todos del cuarto.

"Coloqué la palma de la mano derecha sobre el pecho y la izquierda sobre la espalda.

"Un minuto... dos... tres... cinco...

"Ella me miraba con aquellos ojos negros que derramaban cariño y gratitud y me dijo:

"-Ya estoy mejor, gracias, gra... cias.

"Yo le sonreía con gratitud y cariño también.

"-Ahora le pido un favor. Hace más de diez días que no duermo. Yo quiero dormir un rato... ¡Estoy tan fatigada!, doctor...

"-A sus órdenes, señora -contesté.

"-Espere. Antes de dormirme debe usted jurarme que ha de estar a mi lado cuando me despierte.

"Medité antes de replicar, pero ella, asustada por mi vacilación, dijo en seguida:

"-Júreme, doctor, júreme por mi muerte.

"Aquella extraña fórmula de juramento me impresionó profundamente y le dije:

"-Lo juro.

"-Ahora sí puedo dormir tranquila... Pero, ¿será sueño la muerte?

"-Ahora yo no puedo explicarle lo que es la muerte, pero usted misma durante este sueño ha de conocerla y sentirla.

"-Gracias, doctor, que venga, entonces, el sueño, preludio de la muerte.

"Y antes de terminar la frase, cerró sus ojos para abrirlos en el mundo del sueño."

* * *

"Eran las diez del día cuando me dirigí nuevamente a casa de la moribunda. La familia, engañada por aquella mejora, me esperaba con una sonrisa en los labios y una esperanza en los ojos. Isabel seguía durmiendo.

"Yo no dije ni una palabra a más del saludo; luego me acerqué a la cama de la enferma.

"Ella abrió los ojos y un acceso de tos acudió al encuentro del despertar, ofreciéndole a éste un coágulo de sangre.

"Fue necesaria mi intervención para detener aquella invasión mortífera.

"Hubo nuevamente un armisticio entre la muerte y la vida.

"Ella dijo con mucha fatiga:

"-Gracias, doctor, ahora sé lo que es la muerte; usted ha sido

mi guía. Gracias de todo corazón. Pero yo no quería volver. ¿Por qué me obligó a regresar?

"-Es la ley, hijita; no debemos obrar contra la Ley.

"-Doctor, le voy a pedir otros favores; los moribundos se vuelven pedigüeños.

"-Pero tampoco a los moribundos se les niega nada -le dije.

"-Es cierto...

"Pausa.

"-El primer favor es el de seguir atendiéndome hasta...

"Silencio... Yo comprendí y le dije:

"-Concedido.

"-Desearía que en aquel momento...

"-Estaré... ¿Qué más?

"-El tercer favor se lo pediré después."

* * *

"Dos días después fui llamado para asistir a un caso urgente fuera de la ciudad.

"En la tarde de aquel día mi enferma, Isabel, se agravó. A cada momento me llamaba. A veces me recriminaba por haber faltado a mi promesa.

"-No puedo morir -decía- si no está presente. El me prometió y tiene que cumplir. No he de morir hasta que venga."

* * *

"El teléfono había sonado más de veinte veces, según supe cuando regresé de noche.

"Subí a un automóvil y cinco minutos después estuve al lado de la agonizante.

"Ella abrió sus ojos; me sonrió; luego pudo decir estas palabras con la dulzura de la mujer amante:

"-Ahora sí.

"Y nada más; cerró sus ojos y se quedó dormida..."

* * *

"Aquel acontecimiento turbó mi espíritu. Volvía a pie, cavilando y preguntándome: ¿Qué quería pedirme? Seguí caminando extasiado. De repente me detuve delante del edificio donde está mi consultorio. Un deseo de entrar, invencible, se apoderó de mí; quise subir un momento; estuve impresionado. Después iría a dormir. Sí, es lo mejor. Abrí la puerta de calle; subí las escaleras; abrí la puerta del consultorio, entré, di la vuelta al interruptor de la luz y... vi una hermosísima mujer con un cuerpo vaporoso o constituido por algo transparente como el cristal, sentada sobre la silla de mi escritorio. ¿Era Isabel? ¿Era una visión?

"Me limité sólo a mirarla. Ella me sonrió; de su sonrisa manaba dicha y satisfacción.

"Ella me dijo:

"-El tercer favor que le pido es éste: 'Los vivos tienen muchos médicos, los muertos ninguno; sea usted el médico de los muertos.'"

LA TRAGEDIA HEROICA

La victoria tiene mucho de alcohol y embriaga rápidamente.

El efecto de la bebida alcohólica desaparece al día siguiente, pero la borrachera de la victoria no tiene remedio sino en la derrota.

* * *

Ibrahim Pachá, hijo de Mohamed Alí, Virrey de Egipto, un hábil guerrero, buen administrador, pero cruel con sus enemigos. El se distinguió en la lucha contra Grecia, luego derrotó a los turcos y hoy piensa conquistar la Siria. Reunió a su equipado ejército y se dirigió, como la langosta, a Palestina. Conquistó la parte sur y siguió devastando hacia el norte, y llegó al Karak, pueblo y provincia que se halla en la Transjordania...

El Karak de aquel tiempo ya no era el refugio de los cruzados, aquel punto invulnerable para el enemigo, en donde se refugiaban los francos después de la derrota en Palestina, para preparar un nuevo plan de ataque.

El Karak seguia siendo un pueblo no muy grande, construido sobre la cima de una montaña, rodeada al sur, oeste y norte por hondos valles que infunden miedo en el corazón más valiente, mientras que por el este semeja la jiba de un dromedario, la que a pesar de su elevación se inclina gradualmente para unirse con el resto del cuerpo que es Hurán.

El Karak, contemplado desde el mar Muerto semeja un duende de "Las Mil y una Noches" que se elevaba del suelo hasta el cielo...

Ibrahim Pachá, embriagado por el vino de la victoria, llega a la provincia pero no llegó todavía al Karak.

El crepúsculo vierte su oscuridad sobre la tierra; los pastores en los valles del Karak excitaban sus rebaños, para que volvieran a sus rediles; los perros, amigos fieles de los pastores y de los rebaños, ladraban a la derecha y a la izquierda para asustar a un carnero o una vaca golosos que se habían entretenido en arrancar una hierba fresca, como postre después de la comida. La luna levantaba la cabeza detrás de la montaña como un ladrón que acecha el sueño de sus víctimas.

Allá por el este se levanta también, sobre una colina y cerca del camino, una carpa, del jefe de la tribu -Ibrahim el Gassani-, un auténtico descendiente y de línea directa de los Gassánides, antiguos reyes de Hurán.

Delante de aquella carpa brillaba el fuego que atraía a los transeúntes fatigados, para reposar en la tienda del jefe y gozar de la generosidad de los árabes.

Aquel fuego era una invitación permanente a todos los viajeros.

El mozo golpeaba el café, aromatizado con el cardamomo, en la urna, de una manera rítmica y hábil, que invitaba a todos a saborear aquella deliciosa bebida.

Todo el pueblo acude y en sus ojos brilla la admiración por la generosidad de su jefe y sus corazones claman obediencia y amor por él.

Todos se sientan silenciosos.

La guzla rompe el silencio.

La voz del artista ciego canta el recuerdo de los héroes pasados; elogia su heroicidad, sus combates, sus triunfos y su gloriosa muerte.

Luego el cantor tomó un sorbo de café para reanudar su ejecución, pero esta vez rememora el amor puro de los árabes que dignificaba a la juventud. El artista es ciego, como Homero, pero es un inteligente poeta que sobre las alas de su imaginación elevaba todas las mentes de los presentes al supremo ideal.

Nuevamente reina el silencio.

Es el momento de la comida.

La generosidad de los árabes toma caracteres de propor-

ción a la hora de la comida. Para cada huésped se degüella un carnero. Los carneros son cocinados en un recipiente grande y en el caldo echan una cantidad de arroz suficiente para la comida de todos los presentes y para los sirvientes después.

Cuando todo se ha cocinado, lo vacian en el "mensef", un recipiente enorme de metal y sobre el arroz colocan el carnero en pedazos pero siempre con la cabeza completa y por último sobre la comida vierten la mantequilla derretida.

Cerca de las ocho de la noche, entraron seis lacayos que cargaban el mensef y lo colocaron en la mitad del aposento.

Eran seis las cabezas de carnero colocadas en la cima del montón de arroz.

El fuego, afuera, aumentaba la llama de la invitación.

El jefe, adentro, invita a los huéspedes a comer, con esta frase:

-¡Dios sea con vosotros; es nuestra posibilidad!

Ellos se levantan diciendo:

-Abundante posibilidad.

En cuclillas se reúnen alrededor del recipiente que contiene el alimento, primero los huéspedes, luego los ancianos de la aldea y después los demás por categorías. En estas comidas, no interviene ninguno de los instrumentos usados en Occidente, tal como cucharas, tenedores, ni cuchillos. La comida la toman con los dedos, pero con tal maestría que nunca manchan los vestidos.

Los huéspedes comen con placer y satisfacción. Llega un jinete montado en una camella. Corren los sirvientes para atar el animal y decirle:

-Dios sea contigo. Bienvenido sea el huésped. Bendita sea la hora de los huéspedes.

Entra él y saluda con una sola palabra que significa:

-¿Quién soy yo ante ellos?

Ellos le contestan con otra palabra que significa:

-Uno de ellos.

Luego se levanta uno, pretextando estar satisfecho, para cederle el puesto al nuevo huésped. El come con los demás:

ellos, aunque satisfechos, simulan que comen hasta que él haya terminado.

Se vuelven todos silenciosos a sus puestos; el café está servido y, mientras lo saborean, el nuevo huésped lanza la novedad.

-Ejército, señores, ejército. Una potencia se dirige a nuestro país. Una potencia que quiere privarnos de todos nuestros bienes y de nuestras mujeres y familias.

La noticia cae como una bomba destructora de varias toneladas de peso.

Nerviosidad.

Rostros pálidos.

Cuchicheos.

Labios apretados.

Ojos clavados en un objeto.

-¡Potencia! ¡Ejércitos! ¡Malditos sean las potencias y los ejércitos y maldito sea Ibrahim Pachá!

-¡Silencio! -ordena Ibrahim el Gassani.

La voz del jefe era como un trueno o como una tempestad. Ibrahim el Gassani, como hemos dicho, descendía de los reyes Gassánides: hombre alto, calvo, de ojos grandes y negros, silencioso; en su rostro están pintados el valor, el mando y la nobleza, herencia de sus antepasados, los reyes del Hurán.

Tenía la barba negra y espesa, bigotes tupidos, nariz árabe, frente ancha, cejijunto. Sus labios casi siempre apretados demuestran el más fuerte de los caracteres. Era prudente, callado; rara vez se enojaba. Siempre había en sus labios una sonrisa cortada que demostraba en él la sencillez de los niños y la profundidad de los grandes hombres. Odiaba la lujuria y la molicie.

Es ahora él el que habla:

-¿Qué os pasa, hombres? ¿Potencia? ¿Ejército? ¿Tenéis miedo? Dios es para todo. Dejad que el cantor toque la guzla.

Vuelve el silencio, pero un silencio saturado de miedo, de ira, de indignación.

Un anciano se mordía los labios con los dientes que le quedaban; sus ojos titilaban. Era un anciano envuelto en una capa vieja; su silencio hablaba más elocuentemente que sus frases.

No pudo soportar más y, como era el tío de Ibrahim, se atrevió a decir:

-¡Ibrahim, Ibrahim! Dios es tuyo y es del ejército también. Muy bien, bendito sea Dios, pero el honor de nuestras mujeres, ¡Ibrahim!, necesita armas que lo defiendan; no necesita oraciones. Sí, Dios es bueno, pero es bueno con todo el mundo. Debemos equipar a los hombres con las armas y después confiar en Dios. ¡Ibrahim!, mañana o pasado será tarde; el honor de nuestras mujeres no admite disculpas, ni se conserva con la negligencia.

Los ojos de Ibrahim se encendían de ira.

Las palabras del tío huelen a miedo, ante los extraños.

No podía descargar su cólera, porque respetaba la vejez de su tío; luego traga saliva y habla con dulzura y calma. que estaba muy lejos de sentir.

-Tío, que Dios te ilumine; ten confianza en Dios, que siempre impone su voluntad. ¿De qué sirven las armas sin la ayuda de Dios? El fuerte, sin Dios, es débil, porque de Dios viene el triunfo.

El anciano traga su cólera muy disgustado. Calla a pesar suyo. La guzla se deja oír nuevamente y el cantor ciego vuelve a cantar:

Es nuestra esta región; somos sus dueños;
nadie nos la arrebata por la fuerza;
aquí el jefe merienda, aquí almuerza;
nadie perturba aquí, jamás, sus sueños.

La guzla aumenta su sonido. Los asistentes gritan con toda la fuerza de sus pulmones, repitiendo el último verso:

"Nadie perturba aquí, jamás, sus sueños".

Pero después de aquel enfurecido grito, reina nuevamente el silencio y entonces se oye una lechuza que chista.

Los perros aúllan, una gallina canta como un gallo, los caballos de los huéspedes golpean el suelo con los cascos, la tete-

ra del café se vuelca y apaga la candela, la luna se oculta tras una nube densa y negra, los asistentes se hallan poseídos por un miedo aterrador.

Ibrahim grita:

-¡Callad a los perros golpeándolos!

Pero en el mismo instante entró un lacayo y anuncia:

-La yegua "Kohaila" ha muerto.

Los presentes se encaminan a sus lechos. Los huéspedes duermen tranquilos, mientras que Ibrahim seguía sentado pensativo. Tomaba, de vez en cuando, café y el ardor de la desesperación le consumía las entrañas y le ofuscaba la mente:

-La guerra, los ejércitos, los egipcios. ¿Qué vienen a buscar en mi casa? Malditos ambiciosos quienes por la fama y la gloria degüellan a sus propios hermanos, enlodan el honor de las mujeres, asesinan a los niños inocentes y saquean todos los bienes. ¡Ilumíname, Dios mío, para evitar esta undécima plaga de Egipto!

Se levanta, da algunos pasos, luego sale de la tienda, vuelve a entrar, toma nuevamente café y vuelve a salir y a entrar. Es como un loco que no se da cuenta del tiempo ni de sus actos.

-La guerra -vuelve a decir-, maldita sea la guerra y maldita sea la ambición desmedida del hombre. Ibrahim Pachá el cruel, el asesino. Yo te entrego todos mis bienes y hasta mi propia vida; pero respeta la vida de los niños, de los ancianos y el honor de las mujeres. Pero tú, Pachá, eres duro de corazón y sin entrañas. Tú eres como la langosta que no respeta ni a su madre.

Al fin, cansado de pensar y de andar, se acuesta en el suelo, cerca del fuego y de la cafetera.

Sus párpados se vuelven muy pesados, los cierra para meditar mejor y duerme, nada más que un minuto; pero durante este lapso soñó. ¡Qué horror! Ibrahim Pachá entraba a la tienda en donde estaba él, le arrancaba el corazón del pecho, lo dividía en dos, luego vertía sobre los dos pedazos una cantidad de alquitrán y lo arrojaba al fuego.

Ibrahim el Gassani saltó de su sueño despavorido, temblando y murmurando:

-¡Que Dios me libre! ¡Que Dios nos libre!

Sale de su tienda y con voz aterradora grita:

-¡Oh árabes! ¡Vamos al Karak!

Y antes de un minuto todos estaban de pie cargando las tiendas sobre el lomo de las camellas.

Ibrahim los mira a todos y grita:

-Id adelante, que yo os seguiré.

Luego tornó a sus dos únicos hijos y dijo:

-Cid, véte a avisar a los pastores en el valle norte que vuelvan pronto, y tú, Alí, a los del oeste. Pronto, sin tardanza.

La aürora venía saltando sobre las montañas. Los huéspedes se levantaron, se despidieron agradecidos. Ibrahim se despidió de ellos sonriendo. Toda la tribu desfila en dirección del pueblo y, antes de salir el sol, el único ser que quedaba en aquel lugar era Ibrahim el Gassani.

Siguió en aquel paraje, inclinado sobre su espalda, silencioso, fruncido el ceño y meditabundo.

Esperaba la vuelta de sus dos hijos, Cid y Alí, con los pastores para conducir a todos al Karak.

Seguía ensimismado en su puesto burlándose de los rayos penetrantes del gran Arquero, el Sol. Las horas se despedían del reloj eterno. Mediodía, tarde, ocaso.

Siente opresión en el alma; siente nostalgia.

Distingue un pastor que viene corriendo y casi desfallecido por la fatiga y el calor. Llega. Ibrahim corre a su encuentro para sostenerlo. El pastor dice:

-El rebaño cayó en manos del Pachá. Cid y Alí también. El conquistador le manda a decir que él y su ejército quieren entrar en el Karak. El rebaño ha sido su botín. Cid y Alí son rehenes. Ese es un ejército insaciable. Esta carta es del Pachá para usted.

Ibrahim abre la carta que contenía solamente dos líneas que dicen así:

"Al jefe del Karak: Ibrahim el Gassani:

"Tienes que entregar el Karak. Me obedecerás con tus hombres; si no, quemaré a tus dos hijos.

(Firmado:) IBRAHIM".

Un temblor interno se apodera del Gassani; con los labios apretados ahoga un quejido. Los ojos despiden rayos; eleva la cabeza hacia el cielo como quien toma por testigo al firmamento por la barbarie de los hombres.

Después de aspirar fuertemente dice al pastor con voz entrecortada:

-Tú... descansa aquí... esta noche... Mañana irás al pueblo.

Ahora se dirige hacia su yegua y de un salto se coloca sobre la montura. Parece que el noble animal comprendió el deseo de su jinete y salió disparado como una flecha...

El jefe clavó sus ojos en el horizonte, perdió la noción del espacio y del tiempo. Su mente hablaba consigo misma.

-Entregar el Karak. Obediencia con tus hombres. Si no, quemaré a tus hijos. Luego con el Karak, el honor de las mujeres. La libertad de los míos y la dignidad están en un platillo de la balanza y la vida de Cid y Alí en otro.

¿Qué debo hacer? Comprar a mis hijos por la maldición eterna y la deshonra, o verlos achicharrados.

¡Dios mío! ¿Serán tan desnaturalizados los hombres? No puedo, Dios mío, no puedo. Yo amo al Karak, amo el honor y prefiero la muerte a la deshonra...; pero mis hijos Cid y Alī...

Luego su mente comienza a repetir el poema de Assamauhal:

Si no enloda su honor el ser humano
todo vestido es digno y es hermoso
quien no soporta su dolor del alma
no es digno de alabanza ni de elogio.
Elia se burla y dice: sois pocos
y yo le contesté, pocos son buenos,
pocos y defendemos al vecino
y muchos le abandonan a su suerte.
Nuestro fuerte refugia al perseguido;
porque ante ella se inclina la mirada.
Morir por el honor no es la deshonra,
por eso nos morimos y otros viven.

Por dignidad buscamos muerte digna
y otros viven indignos larga vida.
De muerte natural nunca morimos
y siempre nuestra sangre fue vengada.

Sobre espadas vertimos nuestras almas,
valor y honor nos legan padre y madre.
De las dignas espinas vertebrales
descendemos buscando vientres nobles.
En generosidad somos la lluvia,
ninguno de nosotros es avaro.
Negamos si queremos lo que dicen.
Nadie intenta negar lo que decimos.

Mientras la yegua de Ibrahim el Gassani seguia su desenfrenada carrera, él rememóraba aquella poesia.

El repetia cada verso cuatro o cinco veces y cada vez encontraba en él nuevos significados y nuevas ideas.

Desde pequeño él habia aprendido de memoria aquel poema, pero ahora lo encontró muy distinto.

Assamauhal habia visto desde su fortaleza la muerte de su hijo por no entregar las corazas de su amigo, el poeta Imru el Kais, a los enèmigos de éste; y ahora él, Ibrahim el Gassani, contempla también la muerte de sus dos hijos, de su corazón dividido en dos, por no entregar el Karak a Ibrahim Pachá.

Assamauhal sufrió la muerte de un solo hijo; él sufria la muerte de sus dos únicos hijos.

Assamauhal no entregó el depósito de un amigo, y él no puede entregar el honor y los bienes de un pueblo.

Seguramente el sacrificio éste es doble, pero la responsabilidad es mucho mayor.

El, padre, puede soportar aquel terrible golpe; pero, ¿y la madre?

• • •

Medianoche.

La yegua, bañada en sudor, entró con su jinete en el Karak; parece que aquella yegua de pura raza árabe sentía el ardor de la desesperación de su dueño y despedía una parte de aquel ardor con los centellos que producían sus cascos.

Llega Ibrahim a su casa; de un salto desmonta. Corre a la puerta, la abre y grita:

-Alia, Alia.

Acude Alia, su esposa; una mujer alta; en sus ojos poseía todo el significado de la femineidad. Todos la respetaban por su pureza y nobleza de alma. Siempre estaba sonriente, pero nadie la había oído alguna vez reír a carcajadas. Era madre para los pobres y una hermana para los enfermos y necesitados. Nunca durmió antes que su marido y nunca se quejó ante él de nada. Era una mujer altiva y paciente; sus consejos siempre fueron certeros para su esposo y él a menudo la consultaba.

Entra Alia en el aposento y al momento siente la desesperación de su marido y le dice:

-Ibrahim, tú cargas sobre ti todas las desgracias del mundo; por Dios, dime, ¿qué pasa?

-Alia -contesta Ibrahim-. Me casé contigo porque eres la más noble de las mujeres. Me casé contigo y nunca te traicioné, con la esperanza de engendrar hijos que defiendan mi honor y hoy Dios quiso probarnos. Este Pachá exige: o entregar el Karak (tú sabes lo que significa esto: entregar tu honor y el de todas las mujeres del Karak al ejército de Ibrahim Pachá), o él sacrifica en la pira a nuestros dos hijos.

Los hombres viven para defender el honor y este cruel Pachá nos pide lo que es más caro que la vida. ¿Cuál es tu parecer, Alia, en este asunto?

Alia contesta:

-Ibrahim, tú lo sabes mejor que yo. Por Dios... ¿qué significa la vida después de la pérdida del honor? Hay que sacrificar el dinero para conservar la vida, pero también hay que sacrificar la vida para conservar el honor. Mi honor (que es por lo tanto tuyo) y el honor de las mujeres del Karak, valen mucho más que la vida

de nuestros hijos Cid y Ali. Y en toda forma, nuestros mismos hijos no aceptarian la vida con el precio de entregar el Karak. Di al Pachá que mate si no quiere recibir el rescate.

* *.*

En la mañana de aquel nefasto día, se reunieron todos los guerreros del Karak, equipados con armas hasta los dientes, alrededor de la casa del jefe.

Los capitanes piden una entrevista con Ibrahim. Ibrahim los recibe con toda la calma del ser que ha decretado una sentencia con la que ha resuelto un problema.

Los capitanes le dicen:

-Ibrahim: debemos entregar la ciudad para salvar a tus dos hijos.

El jefe endereza con toda majestad su cuerpo, clava su mirada de fuego y con voz segura y penetrante exclama:

-No. Juro por Dios. El jefe del Karak beberá la dulzura y la amargura en la misma copa. El jefe del Karak cargará con todo el peso. El jefe del Karak saboreará el bien y el mal, solo, sin compañía. Ibrahim el Gassani no es menos que Assamauhal. No perdáis tiempo en tratar de convencerme. No entregaré el Karak aunque quemen el cielo encima de Cid y Ali...

Id y preparaos para morir. Todos debemos morir. ¿Familias?, ¿vida?, no tienen ningún valor para mi. El honor es ante todo. Id a defender vuestro honor si no queréis que me suicide con esta espada. Cid y Ali serán holocausto por nuestro honor. El fuego del Pachá es preferible a la deshonra.

Id a preparar a los hombres; que todos se hallen armados; hay que armar hasta a las mujeres. Id a cantar y bailar, como hacian nuestros antepasados antes del combate; hoy es día de alegria y fiesta.

* * *

El grito llega hasta el cielo. Cantos, bailes, detonaciones en el

aire. Todos los habitantes del Karak se vuelven histéricos y locos.

Un mensajero del Gassani va al Pachá con estas palabras:

"-Mata, quema, pero no entrarás en el Karak".

Ancianos y jóvenes, hombres y mujeres se preparan para defender la ciudad.

* * *

El ejército de Ibrahim Pachá, como una ola de un mar furioso, se lanza a la conquista.

La voz del Gassani retumba como un trueno:

-¡Fuego!

Luego se dirige a las mujeres:

-Lanzad las rocas.

Sus órdenes fueron cumplidas sistemáticamente. Su gente, con un valor inaudito y con una serenidad asombrosa, descarga sus carabinas; las mujeres, con la rabia de la indignación, empujaron las enormes rocas que se desprendían de sus puestos como una maldición sobre los soldados y los barrían igual que escobas.

El ruido era ensordecedor; el eco de los valles repetía el grito de dolor, las mujeres del Karak cantaban, y su canto semejaba, por la rabia, a un aullido. La neblina del humo y el polvo ocultaron durante cinco minutos los valles y las montañas. Y al fin aquellos ejércitos que infundieron el miedo en Estambul (Constantinopla) e inquietaron a Europa, retrocedieron despavoridos y derrotados ante la dignidad de una pequeña tribu de árabes, cuyos cuerpos se encontraban desnudos o semidesnudos.

El Karak era la maldición que se precipitaba sobre Ibrahim Pachá, quien, lleno de cólera, reúne nuevamente a su gente y ordena el ataque.

Otra vez se dejó oír la voz del árabe.

-¡Fuego! ¡Lanzad las rocas!

Y esta vez no se salvó de aquella descarga sino aquel a quien no había llegado la hora. Luego reinó un silencio sepulcral.

Después se oyó una voz en el ejército del conquistador que gritaba:

-Ibrahim el Gassani: observa el fuego que devora a tus dos hijos.

Nadie pronunció una sílaba. Todos tragaban sus dolores. Ibrahim el Gassani lanzó una carcajada mientras sus ojos derramaban un torrente de lágrimas.

Este caso ocurrió por primera vez en la Historia de la Psicología. Cierto que el hombre puede llorar en la tristeza y en la alegría; pero nunca se ha visto a ningún ser llorar y reírse al mismo tiempo.

Con el dorso de la mano limpiaba sus ojos velados por las lágrimas para ver mejor y su carcajada era repetida por el eco de los valles.

-Ja, ja, ja, ja. Ibrahim Pachá: el fuego en tu corazón es mucho más ardiente que en el mío. Ibrahim el cruel, tu derrota es el castigo para tu crueldad. Ibrahim el sanguinario, yo te hice despertar de tu embriaguez por la victoria. Ibrahim, yo te hice morder la tierra y te obligué a oler el estiércol.

Limpia nuevamente las lágrimas al oír el grito de sus dos hijos:

-Papá, no entregues el Karak.

La voz del padre tronó:

-Nooo. Juro por Alá, juro por Cid y Alí. Ibrahim el inhumano no entrará en el Karak. ¡Alia! es nuestro día; es día de fiesta. ¿Por qué no cantas?

Alia se levanta y como una leona grita con la voz de la alegría que usaban las mujeres árabes en sus matrimonios y en las fiestas.

-I i, li, li. Liiiiiii.

Y todas las mujeres del Karak repitieron la misma sílaba de alegría.

* * *

Después de una hora, el resto del ejército de Ibrahim Pachá tomaba el camino del Oeste, diezmado, dolorido y derrotado como un perro, después de ver frustrado su intento, mete la cola entre sus patas y huye.

Derrotado el enemigo, Ibrahim el Gassani dejó de reirse, pero también dejó de llorar y volvió a su estado normal de antes.

Alia seguia cantando; las mujeres repetian sus estrofas. Los hombres contemplaban al jefe y esperaban sus órdenes.

* * *

Durante el otoño de 1919 tuve que permanecer veinte días en el Karak.

La mayoría de los hombres de la nueva generación se llamaba Ibrahim, o Alí, o Cid, o Alia.

Al preguntar el porqué de este fenómeno, un anciano me relató la historia que precede...

INDICE

La roca de la venganza 13

Un relámpago en la noche 35

Historia de
"El libro sin título de un autor sin nombre" 63

El enjuiciamiento del burro 87

El médico de los muertos 107

La tragedia heroica 125

HORUS

Este es un ejemplo de meditación serena y profunda sobre el hombre, visto desde distintos ángulos. No es una obra más, porque sigue privilegiada y lúcidamente un rumbo indesviable hacia la luz. Tiene el valor de ilustrarnos acerca del contenido de una humanidad que muchas veces consideramos a la ligera. Pone su acento sobre potentísimas fuerzas morales que vibran en los corazones de todos nosotros, aun sin saberlo. Estimula una conciencia creadora y ayuda a comprender cómo, de nuestros propios yerros, podemos extraer la materia esencial para nuestra reconstrucción integral. *Revivir lo Vivido* es el testimonio más conmovedor de un ser espiritualmente gigantesco, que jamás retaceó un solo fragmento de su vida, entregándolo todo para la regeneración de los demás. Su estilo es ameno, directo, fresco y cordial. Cada capítulo es un relato impregnado de humanidad, ternura, coraje, abnegación y amor. . . Puede afirmarse, sin temor a equivocarse, que a través de estas páginas el lector irá recogiendo enseñanzas sublimes y cruzará escenarios novedosos (imaginarios, históricos y autobiográficos), hasta que, al final, descubrirá conceptos que entrañan la superación ética del hombre. ¡Y ése, precisamente, es el máximo acierto de estos relatos magistrales!